carlismo.es

MELCHOR FERRER - DOMINGO TEJERA - JOSE F. ACEDO

HISTORIA DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL

TOMO VII

EDITORIAL CATOLICA ESPAÑOLA, S. A.

carlismo.es

HISTORIA DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL

TOMO VII

carlismo.es

HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL

POR
MELCHOR FERRER, DOMINGO TEJERA
Y
JOSE F. ACEDO

TOMO VII

Muerte de Zumalacarregui y primer sitio de Bilbao

(La Guerra Civil durante el primer semestre de 1836)

COLECCIONES TRAJANO
APARTADO DE CORREOS 141
SEVILLA 1945

carlismo.es

ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito que marca la ley

TALLERES TIPOGRAFICOS DE LA EDITORIAL CATOLICA ESPAÑOLA, S. A. SAN JACINTO, 106. SEVILLA

DP
203
.F9
7-B

841312

carlismo.es

CAPITULO PRIMERO

ANTE BILBAO

carlismo.es

carlismo.es

CAPITULO PRIMERO

ANTE BILBAO

Divagaciones sobre el liberalismo y el carlismo.—Tomás. y I Baldomero I.—El por qué el sitio de Bilbao.—También colaboran con la leyenda escritores carlistas.—No hay contradicción entre el sitio de Bilbao y la marcha sobre Castilla.—Vitoria sí, Bilbao no; Vitoria no, Bilbao sí.—Más mitras que diócesis.—Un juicio de Don Javier de Burgos sobre los empréstitos carlistas.—Zumalacarregui en Begoña.

Divagaciones sobre el liberalismo y el carlismo

No envolvería paradoja el dicho de que la Historia carlista da margen para escribir de ella una historia. ¡Historia de una Historia! Nadie vea tampoco en esto petulancia, porque una cosa son los hechos y otra la desfiguración intencionada de esos hechos, y si al juicio sobre los hechos que informan la vida de la Comunión carlista nos atenemos, cada enjuiciador merecería ser enjuiciado para conocer su posición moral, sus pasiones, su interés, sus ideas religiosas y políticas, y hasta el desescrúpulo o la frivolidad de entrarse algunos a espigar con displicencia, despreocupadamente, en campos que a todos nos cumpliría mucho andarlos con respeto, porque sobre ellos y "ad perpetuam", tiene dominio la posteridad. En los de la historia carlista se ha detenido casi permanentemente la niebla de la leyenda, y no como fenómeno natural, sino provocada y acosada y empujada desde diversas zonas por artificios que no hicieron de común acuerdo los autores, pero que cada cual y todos juntos, aún discrepando entre sí, resultan coincidentes en el empeño de mantener desvanecida la verdad.

Que ha venido existiendo—y aún queda lastre—un odio recóndito

carlismo.es

o un prejuicio latente contra el carlismo, es indudable. Desentrañar los motivos o las causas de esa actitud, sería larga tarea; pero fijando un común denominador, se facilitará el análisis de los factores, no del todo heterogéneos, en esa especie de sorda conciliación o conjuración.

El denominador es un siglo de liberalismo, levadura que ha servido para todos los amasijos, opuestos al ácimo pan carlista. Varias son las clases y las modelaciones; más arrebatado o más suave el temple de los hornos, pero todas las variedades formentaron con la misma levadura.

La tradición de la fiesta de los panes ácimos conservábala el pueblo de Dios en recuerdo de las penalidades sufridas en el éxodo a través del desierto. Era un sacrificio. La tradición española es también sacrificio constante por la gloria de Dios y por el bien común. Nuestra nacionalidad se forjó en el fuego de largos siglos de guerra, con todos los sinsabores, los padecimientos, las privaciones prodigados para librarnos del cautiverio bajo los infieles. Así se hizo la conciencia del deber colectivo, y contra esa conciencia están todas las formas del liberalismo de suyo disonante, en esencia y en los modos.

El religioso y filosófico, que declaró libre el pensamiento igual para el bien que para el mal, sin frenos morales, sin el temor de Dios, contra quien principalmente se proclamaba la libertad de usar de la razón humana, limitada y falible, hasta para negarle y maldecirle, relegándolo, en último caso, al culto privado, que no tardaría en ser perseguido por los gobiernos, y por las turbas descreídas, instrumento de las sectas.

El liberalismo económico, al destruir las organizaciones gremiales, inmolándolas en la pira de la concepción individualista, instituyó la libre competencia mercantil, la cual dió origen a la protesta de las masas, no ciertamente creadoras ellas de la lucha de clases, sino de una contralucha, a que se fueron llevadas por el egoísmo liberal, que había hecho del trabajador una mercancía, cotizable, a costa de ruines salarios, para rebajar el precio de la producción y obtener ganancias fabulosas; contralucha social que, con los recursos políticos proclamados por el régimen liberal y fiando en la fuerza del número, aspiraba a la dominación absoluta y tiránica para realizar la brutalidad terriblemente justiciera de sacudirse las vejaciones sufridas.

El liberalismo político, por su parte, además de dar las fórmulas legales de la ordenación de tanto desorden, invadió el fuero de la Iglesia con imposiciones de viejo regalismo, para atribuirse el Estado supuestos derechos en el nombramiento del personal eclesiástico, con lo que pretendía designar prelados propicios a la blandura, y allo

carlismo.es

clero de cabildos y parroquias y capellanías, los cuales debiendo a la potestad laical el favor de las prebendas, paliasen las severidades canónicas con distingos que han sembrado funestas confusiones entre tesis e hipótesis, para llevar a grupos de fieles a transigencias muchas veces imposibles, bajo la amenaza de supuestos peores males.

Llegamos así al llamado liberalismo católico de España, el cual desconociendo que el vínculo supremo español es la unidad religiosa, se refugia más de lo conveniente en la tolerancia, admisible en países donde son varias las religiones, pero no en el nuestro, donde todos hemos pasado por la pila bautismal, a excepción de unas docenas de embrutecidos, para los cuales, según los propios principios mayoritarios de los regímenes constitucionales, no es lícito legislar, con perjuicio y agravio de la inmensa mayoría.

Perjuicio y agravio de trascendencia máxima, porque la unidad de España, acabamos de decirlo, es su religión. Todo lo demás invita a la diferenciación. Hay más de una raza, más de un idioma, diversas, muchas de sus costumbres, varios los particularismos históricos. Sólo una fe, la verdadera, nos hermana espiritualmente, sin distingos. Malbaratar ese vínculo sagrado por congraciarse con unos grupos desamorados de lo propio y seguidores de exóticas ideas, es pecado contra el españolismo más esencial. Esos grupos que a sí mismos se llaman intelectuales, no lo son ciertamente, porque, está bien que se conozca el pensamiento extranjero, mas para refutarlo cuando sea equivocado, y no para seguirlo servilmente, pues esto no tiene mérito, ni es signo de intelectualidad el pensar por cuenta ajena sin aportar las ideas propias. Balmes y Menéndez Pelayo eran dueños de una gran cultura universal; dueños decimos, y no prestatarios, porque al examen de sistemas y escuelas filosóficas y teológicas extranjeras supieron oponer el propio criterio, deshaciendo ajenos errores antiguos y modernos y exaltando aciertos de pensadores españoles, que son muchos y de suprema calidad, reconocidos en todo el mundo, a veces más que en España.

El liberalismo católico o catolicismo liberal es, sin duda, el peor entre todos los matices de la secta, y el que mayor prejuicio guarda respecto del carlismo, porque es cuña de la misma madera, la que más aprieta. El carlismo es intransigente, y el lema de los católicos liberales consiste en transigir: de ahí la repelencia. Son éstos católicos, pero sin el espíritu de la Quanta cura y el Syllabus de Pío IX, aunque hacen balancines sobre la letra para justificar su participación dentro del juego de los partidos liberales. En ese juego se cotizaba la influencia, la merced, el amparo de la fuerza oficial, el

carlismo.es

gaje, o la vanagloria del cargo, el mando, el escamoteo del tributo catastral, la benignidad de la cuota en el reparto municipal, el aumento de la clientela del bufete, el beneficio de la carretera o la línea ferroviaria que pasen por la finca, el endoso del pago de servicios o favores de índole doméstico a cuenta de la Diputación o el Ayuntamiento, las dietas del consejero de empresas industriales más o menos protegidas o agraciadas con el favor del Estado... y amplíe el lector la lista según lo que haya observado en su localidad. No entramos en la conciencia de esos católicos liberales. Creen en Dios y asisten su grandeza y bondad infinitas porque en esa creencia y prácticas religiosas se educaron: confiesan, comulgan, hacen a veces obras de caridad, pero hay que vivir y triunfar.

Son católicos, pero sin el espíritu de la Rerum Novarum y la Quadragésimo Anno, porque no conviene a los intereses creados a la sombra del régimen liberal cumplir las rígidas obligaciones sociales que ambas Encíclicas señalan sobre la institución de la propiedad y los imperativos de orden divino que prescriben el servicio indeclinable al bien común. Porque es cierto que la propiedad individual es de derecho natural, como inherente a la naturaleza del hombre caído, pero antes del pecado original Dios dió la tierra a todos los hombres, y si al incurrir el hombre en flaqueza, lo que con el trabajo se agencia, suyo es, no ha de olvidar que de los bienes de la tierra nadie ha de quedar del todo desposeído, por aquella merced que, en bien de todos, hizo el Señor.

Saben los católicos liberales, como los liberales de toda ralea, que si el carlismo viniera al poder, aplicaría la ley de Dios al gobierno secular, y de ahí el recelo, de ahí el veto, por temor del quebranto de aquellos privilegios.

Por la posición de los católicos liberales en la órbita de las clases directoras, tienen gran parte de culpa en la revolución sangrienta que venimos padeciendo, porque mantuvieron el régimen que a estos trances nos condujo, en vez de colocarse frente a él, sirviendo a sus altas creencias, y junto a las masas que el liberalismo y sus hijos naturales el socialismo y el sindicalismo anárquico iban corrompiendo—, para apoyarse en ellas y catolizarlas más, no en los modos, muchas veces rutinarios, del rezo sin atención, las genuflexiones y los golpes de pecho, que todo eso es forma necesaria cuando corresponde a un fervor íntimo, sino en la sabiduría y verdad de la doctrina, en la cual tiene su lugar eminente el derecho de los pobres a no vivir en la miseria, cuando tanto abusan los ricos de superfluidades a veces escandalosas.

Son culpables de la revolución social esos católicos, porque no

carlismo.es

quisieron anticiparse a ella, desarmándola con sólo dar a las masas lo que en la ley de Dios y en el de la justicia conmutativa les pertenece. La Tradición teológica sobre la propiedad tiene en España riquísimo venero, y si se hubiese adoctrinado al pueblo, hubiera sabido ésta sus derechos para conquistarlos sin blasfemias, y sin incendios de las casas de Dios, porque no es de éste la culpa de los males sociales, sino de los directores de la sociedad que no supieron o no quisieron, por reservadas mentales interesadas, instruir al pueblo en los preceptos divinos.

Otro prejuicio de los liberales católicos contra el carlismo, es el de creer que si el carlismo triunfara, se repartiría el margen de sinecuras que da el Estado entre los partidarios de la Comunión tradicionalista, exclusivamente, y tanto significaría esto como desahuciar perpetuamente a los demás del Poder, porque no habiendo partidos no habría turno. Todo liberalismo, aún el de los santurrones o él afiliados, es materialista y cuenta con los dedos. Pero son harto galanas sus cuentas en este caso, porque como el carlismo no es un partido y los repugna todos, ha de entenderse que no habría excepción de ninguna persona capacitada para ocupar funciones en las que sea competente, hubiese ya militado en cualquiera de los antiguos partidos: ese derecho, en este caso deber, porque se trata de servir al bien público, corresponde a todos los españoles, y se estaría en régimen de puerta abierta. Claro es que la orientación y política la tendrían los fieles a la causa, pues lo contrario sería insensatez, por no ser competentes en esto sino los que amaron y siguieron la doctrina, a costa de sacrificios, en homenaje a su propia convicción y lealtad, entre los que no son de descontar aquellas hostilidades sistemáticas, odios, calumnias, desprecios, dicterios contra los "hombres raros", intransigentes, incambiables, insobornables, aferrados siempre a sus ideas, sin cuenta del tiempo, como si el tiempo tuviera modos de destruir la eternidad, y eternos son los principios de la Comunión carlista.

Tomás I y Baldomero I

A esta altura en las presentes divagaciones, no faltará lector que, atento al título del capítulo, pregunte qué tiene que ver lo dicho con el primer sitio de Bilbao. Tiene que ver, por dos razones, y es la primera, que Bilbao ha sido conocida por Meca del liberalismo en el Norte, lugar de anuales peregrinaciones o concentraciones laicas, con su procesión cívica y su panegírico a cargo de santones liberales, los de mayor nombradía, que predicaban las excelencias de aquella doctrina y de aquel régimen. Curiosa sería hoy, como documentación para

carlismo.es

la crítica histórica una compilación de tales discursos, que querían ser trágalas para el país vasco-navarro, siempre fiel al tradicionalismo.

De todas las campañas de Zumalacarregui, que desde el tomo IV nos vienen ocupando, la única victoria liberal fué aquélla, y no prevista, sino fortuita, porque allí fué fortuitamente herido, y, a consecuencia de la nefasta intervención de un curandero, fortuitamente falleció el vencedor constante de todos los generales cristinos Don Tomás I como con ironía se le llamó al calumniarle, una vez más, diciendo de él que pretendía proclamarse Rey. Bien es verdad que, como pecado de lengua no va al purgatorio, sino que en la tierra se paga, del fortuito vencedor en la ciudad del Nervión también se dijo que intentaba coronarse con el nombre de Baldomero I, aunque éste expulsó de España a Doña Cristina, para ganar el título de Príncipe y ejercer como Regente los poderes soberanos. Solían ser denominados nuestros Reyes con sobrenombres recordatorios de hechos con que se distinguieron: Alfonso el de las Navas, Enrique el de las Mercedes... Malas lenguas motejaban a Espartero con el título de Baldomero el de los Convoyes.

La segunda razón de las divagaciones preliminares de este capítulo está en que, siendo la hora de la muerte la de los máximos elogios sobre el cadáver del fallecido, al gran general español del siglo XIX, prestigio militar universal, por el hecho de haber destacado en las filas carlistas, ni siquiera le tuvieron por digno de merecer alabanzas, porque, o fueron condicionales, para tomarle de mingo y servirse de su nombre en un juego de carambolas contra el carlismo, o formaron en torno a su figura leyendas de las que él hubiera protestado. "Jefe de salteadores y bandidos"—le llamó Quesada, en su impotencia, por no haber podido nunca derrotarle; eco inconsciente de las injurias que contra él se prodigaban en el campo liberal fué aquél herido que en Los Arcos preguntaba por "el feroz Zumalacárregui", precisamente cuando éste y Don Carlos, dueños de la plaza, atendían con humanidad compasiva a los soldados enemigos que curaban en el hospital. Galdós cierra el tomo de sus Episodios Nacionales dedicado al caudillo carlista con una frase dura, puesta en boca de una "liberala": "Bien muerto está... Mandó fusilar a mi padre..."

Por lo que antecede, es visto que la historia carlista ha venido siendo envuelta constantemente por velos de la leyenda negra, y sería curioso y altamente aleccionador ver cómo se ha venido escribiendo la historia "ad usum Delphini", siendo los delfines la usurpa-

carlismo.es

ción y el liberalismo, en una selección de textos que rivalizarían con la famosa obra de Juderías.

Escribieron contra el carlismo, como era natural, los autores liberales; trataron de justificarse los que después le traicionaron; hallaron dificultades para expresar su pensamiento los coetáneos que se mantuvieron leales a la legitimidad y a su juramento: después no fué la investigación la que guió a los autores, sino el copiarse unos a otros con sus errores, sus prejuicios y sus maniobras justificadoras o pretendidas de tales. Así como en la decadencia del gusto artístico en España se cotizaba más la rapidez en el pintar y la cantidad de obras realizadas por Lucas Jordán, al que llamaban los italianos "Lucas fa presto", que el valor positivo de un Claudio Coello, en la historia del carlismo español más se ha tendido a recopilar lo que se ha escrito que a analizar lo que se escribió y lo que sucedió.

Los últimos tiempos de Zumalacarregui, lo ocurrido antes del sitio de Bilbao, la muerte del héroe, se han tratado siempre con la sola finalidad de arrojar todo el lodo posible sobre la Causa de la Legitimidad. Mientras vivía Zumalacarregui, no era conveniente exaltar demasiado su figura, pero después de muerto importaba a los fines del liberalismo español oponerla a la del Rey, y así se tenía un medio de atacar la sustancia del carlismo, que era siempre la de la tradición española. Todos los medios fueron usados, incluso el de publicar Pirala una carta atribuyendo propósitos separatistas a Zumalacarregui que estuvieron siempre lejanos de la mente y del corazón de aquel español cien por cien; carta sin firma alguna; documentalmente, lo que se llama un papel mojado y del que Gebhardt hizo justicia de una manera definitiva (1).

El por qué el sitio de Bilbao

Zumalacarregui había comunicado hacía tiempo al Conde de Casa Eguía que cuando llegara el momento decisivo correspondería al que fué su antiguo jefe en Galicia tomar el mando del ejército real. No estaba Eguía para los ajetreos de una guerra de montañas en la que debía improvisarse todo, desde el elemento hombre al elemento material de guerra. La herida de que había sido objeto Eguía cuando atentaron contra su vida en Galicia y que le había costado la amputación de la mano, el Cuerpo a que pertenecía dicho jefe—Ingenieros—y sus achaques de edad, no eran los más a propósitos para la guerra que se venía haciendo. La modestia de Zumalacarregui, su falta de ambición se reflejaban en el propósito de que cuando el ins-

(1) Victor Gebhardt.-«Historia general de España y de sus Indias».Tomo VII.

carlismo.es

trumento estuviera apto lo utilizara en su última campaña el general Eguía.

Hemos dicho, además, que la campaña había maltratado a Zumalacarregui. Aquellos meses de agitación constante, de improvisación continua y de ininterrumpida vigilancia sobre el enemigo, para esperar la ocasión oportuna de arrojarse sobre él y destrozarlo, le incitaban al reposo. Además había una antipatía recíproca entre el gran general carlista y Cruz Mayor, el secretario de Carlos V. De aquí sus representaciones al Rey contra el ministro de Estado. De aquí, su petición al Rey de que se pusiera él, con su soberano prestigio, al frente del ejército y le presente al efecto su dimisión, escena que recoge Risco al hacer la reseña de la entrevista de Vergara. De aquí, aquella conversación con el Rey después de la rendición de Villafranca. Los consejeros de Don Carlos creen que Zumalacarregui se ha excedido en sus condiciones benevolentes para la rendición de los urbanos de Villafranca. En lo sucesivo se atendrá a las instrucciones que reciba del Cuartel Real. De aquí también, aquellos momentos de tristeza que lo hacen buscar en el general Eraso al sucesor que le descarga de tantas fatigas, permitiéndole darle a su cuerpo el reposo que ansía y que Eraso no aceptará porque, enfermo de tuberculosis, se considera también incapaz de aceptar el mando de un ejército, pues no sabe si podrá siquiera continuar al frente de la división de Vizcaya, que tiene específicamente bajo su mando.

Pero Zumalacarregui es, ante todo, soldado y hombre leal. El Rey le habla y le convence, y se resigna. Se necesita un gran puerto, no para que los cortesanos tengan comodidades, como dicen estúpidamente los comentaristas liberales, ni tampoco porque las apetezca el Rey, como cuenta, con baocia sandez, la leyenda. Es que del extranjero aseguran que cuando el puerto sea tomado, entonces los empréstitos dejarán de ser problemáticos y pasarán a ser realidades. ¿Quién podía suponer, no siendo uno de los traidores de Vergara, los Lassala, los Arizaga, los Maroto, todos cuantos vendieron la causa de la lealtad y de la España tradicional, para poder conservar sus empleos y condecoraciones y una participación en el presupuesto nacional; quién iba a suponer—repetimos—que aquel Rey que había conservado la majestad Real desde antes de serlo, no doblegándose a las imposiciones de Napoleón, y en Portugal, en los pequeños villorrios, cuando su esposa sufría hambre y sus hijos andaban descalzos por las carreteras portuguesas, y en Inglaterra, despreciando la fortuna, negándose a vender su conciencia por una pensión que le hubiera

carlismo.es

asegurado la comodidad y el bienestar material, deja su hogar para unirse a unas fuerzas montaraces que todavía no pueden llamarse propiamente un ejército; quién va a suponer—repetimos de nuevo—que este hombre sacrificara su corona a la vanidad de tomar Bilbao?

Carlos V conoce cuanto le dicen sus representantes en el extranjero; en el Norte de Europa hay unas potencias que dicen que cuando llegue la ocasión oportuna le reconocerán como Rey, y se espera que una plaza fuerte con puerto sea la garantía para este reconocimiento. Sabe que existen en Europa banqueros que le abrirán sus arcas una vez que se tenga garantía tan importante como Bilbao. Sabe también que todo lo que necesita su ejército, aquello que reclamaba el propio Zumalacarregui al día siguiente de la toma de Irurzun, se tendrá cuando los estandartes reales se hayan desplegado en la villa de Bilbao. El Rey lo sabe, lo saben sus consejeros, y al decírselo a Zumalacarregui, éste también comprende la razón de tal deseo y por esto exclama: "¡A Bilbao!"

Se había llegado a un momento importante y decisivo. Había que decidirse sobre las operaciones futuras. La serie de victorias carlistas eran mazasos que habían caído sobre la causa cristina. Los liberales no piensan más que en ver llegar regimientos extranjeros y andan mendigando de Corte en Corte, de las Tullerías, al palacio de Saint James, la limosna de unas tropas que vengan a combatir contra los españoles de D. Carlos, para arrebatar la corona al legítimo sucesor de Fernando VII.

El brigadier Villarreal proponía aprovecharse de la desmoralización del ejército cristino e irrumpir por Castilla y arrojarse sobre Madrid. Quizá Zumalacarregui sonriera al oírlo y pensara en la loca aventura en que había soñado Espoz cuando entraba en Durango. Zumalacarregui considera que, por de pronto, debía tomarse Vitoria para emprender luego la conquista de Bilbao. Había sin embargo, otra opinión: la de que Bilbao debía ser tomada antes que ninguna otra ciudad. Y el Rey era de esta opinión, sin duda por el apremio agobiante de los recursos financieros, porque ya en sus cofres no había onzas.

La guerra no es sólo una sucesión de batallas ni el desfile de batallones: es un conjunto de necesidades y de hechos que van entre sí íntimamente entrelazadas. Una victoria repercutía en las cancillerías extranjeras, una plaza tomada tenía una importancia económica, una lucha bien sostenida era el azar de facilidades para los mismos

carlismo.es

que luchaban, alientos para los amigos, desconciertos para los adversarios. Bilbao, tomado, era, probablemente, el reconocimiento de Carlos V por Prusia, por Austria, por Rusia y, de consiguiente, por Cerdeña, por Nápoles, por Toscana, por Holanda. Era facilitar la labor pro-carlista de los t o r y s ingleses que acaban de pasar, como fugaz meteoro, por el horizonte de la política inglesa. Eran los legitimistas portugueses, que sentían renacer esperanzas, y eran los legitimistas franceses que oían otra vez los gritos de los vendeanos, aclamando a la legitimidad, si en España el Rey dejaba de ser el caudillo de un ejército para ser un Rey reconocido por las potencias. Y era al mismo tiempo la masonería en sus antros, temblando de miedo, sabiendo que ahora no se agazaparía en el Palacio Real, mientras pasara la tormenta, como en el período de 1823 a 1833. Era la usurpación en Francia y era la usurpación en Portugal, que quedaban en mísera postura; ern los w h i g s ingleses preconizadores del liberalismo los que quedaban confundidos; era la religión triunfante en España y el corazón del Pontífice, dolorido por los crímenes de los liberales cristinos, que iba a recibir un consuelo. Todo esto era la toma de Bilbao, y no se ha de buscar en las páginas de Arizaga ni en las vindicaciones de Maroto, como hace el P. Risco, ni tampoco en las hojas de un periódico liberal de Pamplona las acusaciones contra el Rey, porque quería ir a Bilbao cuando estimaba que la hora de esta villa había llegado.

También colaboran con la leyenda escritores carlistas

Mucho se ha hablado de la operación que circunstancias imponderables imposibilitaron. Siguiendo un procedimiento muy corriente en los liberales, táctica perfectamente masónica, se han tergiversado los hechos, para oponer la figura de Zumalacarregui, grande y heroica, a la de Carlos V, austera y digna. Se ha tratado de exaltar al caudillo militar carlista, denigrando al Soberano. Maniobra claramente indicada para conseguir el fin de desunir a los carlistas y rebajar la figura del Rey. Desgraciadamente, son muchos los autores carlistas que ha caído en el engaño, aceptando como bueno todo cuanto los liberales han inventado para empequeñecer la persona de Don Carlos, que no era ciertamente un genio, ni hacía falta, pero que poseía un claro buen sentido y una firmeza moral y un tesón a prueba de infortunios y una prudencia bondadosa inapreciable, para unir disparidades entre los suyos. En su trabajo sobre Zumalacarregui, también el P. Riosco acepta las especies propaladas por los liberales y recoge en apoyo de sus argumentos y acepta como buenas las calumnias de Arizaga, sin pensar que en las páginas que escribió este

carlismo.es

autor, empapadas de sangre de los generales carlistas fusilados en Estella, tintinea el oro que le valió su traición y desborda el odio a la Causa que había traicionado. De escritor como el P. Risco, teníamos el derecho de esperar que no se hubiera entretenido en recoger los comadreos de un traidor ansioso de justificar su felonía. Más recientemente, otro escritor contemporáneo, Don Román Oyarzun, encuentra el libro de un liberal inglés al servicio de Doña Isabel, uno de aquellos mercenarios que vinieron a España con la hez del populacho lonlinense a combatir a los carlistas y que en sus páginas insinúa o acusa de ser asesinato la muerte de Zumalacarregui, y sin otra crítica, sin ninguna garantía histórica, sin vindicar siquiera la injuria que eso supone contra el sentido común de las gentes que no pueden creer semejante enormidad, este otro escritor carlista lo recoje en una "Historia del Carlismo".

Nadie podía prever la bala que alcanzaría a Zumalacarregui al asomarse al balcón de una casa de Begoña para inspeccionar las fortificaciones enemigas, ni menos que la herida, que no parecía de tal gravedad, pudiera ocasionar la muerte del caudillo guipuzcoano. Si a Zumalacarrrgui no le ocurre tal desgracia y entra en Bilbao triunfante, como probablemente hubiera acontecido, todas las recriminaciones que se han acumulado contra Don Carlos y los que le rodeaban, no se hubieran hecho, y quizá no hubiera faltado quien asegurara que fué Zumalacarregui quien propuso la toma de la villa, y hasta no faltaría probablemente quien nos dijera que lo hizo con la oposición de Carlos V, de Villemur y de Cruz Mayor. O quizás, y es muy probable, todos los historiadores o escritores de aquella época, triunfante Carlos V, hubieran rebajado el papel de su Generalísimo, para hacer función de cortesano y buscar el calor del Trono del Rey o la comodidad de asiento en los estribos de su carroza.

Lástima, pues, que estemos en un intrincado laberinto en el que la pasión, el interés y la falta de examen en la investigación y sereno discernimiento para interpretarla se traduzcan en apologías "pro domo", es decir, justificar siempre lo injustificable. Y se llega a la aberración de dar plaza a insidias que pretenden acusar a Carlos V de haber asesinado a Zumalacarregui, especie que, si hallaba sitio adecuado en los libelos de Ayguals de Izco y de Nakens, desentona en un historiador no ya carlista, sino que se precie de haberlo sido un momento. No se aportan testigos imparciales, y no lo son Arizaga ni el mayor Duncan, que era anticarlista furioso, ni merecen

carlismo.es

patente limpia las emponzoñadas insinuaciones del coronel inglés Wylde, tan adicto a la causa de la usurpación y uno de los que contribuyeron mayormente al Convenio de Vergara.

Por encima de esos falsos testimonios, que al juicio de cualquiera persona sensata no pueden ser admitidos como criterios de autoridad, está la historia misma documentada, donde se aprecia la cordialidad, estimación y admiración de Don Carlos a su gran general y el respeto y lealtad acrisolados de éste para con su Rey, pese a las discrepancias y a las quejas de Zumalacarregui que francamente iba exponiendo a Don Carlos cuando entendía que sus ministros no estaban a la altura de las circunstancia castrenses. Si en otros pasajes de la vida de Don Carlos se le acusaba por sus adversarios de ser demasiado bueno, al límite de la tontería, ¿cómo casar aquella bondad con estos improvisados instintos de asesino a última hora? Y si como consecuencia de discrepancias airadas, que no las hubo, y menos con extremos de irrespetuosidad por parte de Zumalacarregui, que jamás incurrió en tal exceso, Don Carlos llegó a odiar a su generalísimo, ¿cómo es que al presentarle éste su dimisión reiteradamente no sólo no le fué admitida, sino reiterada la regia confianza? ¿Y qué insensatez, injustificación, locura no hubiera de premiar con una muerte vil al que acababa de obtener rotundas y decisivas victorias para la causa carlista? Se ha dicho también que Zumalacarregui tenía propósito de rebelarse, proclamándose Rey. ¿Cómo es que no lo hizo, siquiera para desbaratar de un espadazo el tinglado político cortesano? Y si esto se temía en la Corte de Don Carlos, ¿cómo es que los políticos no procuraban congraciarse con el airado general? Por donde quiera que se pretenda anudar tantos despropósitos, no hay atadero posible.

No hay contradición entre el sitio de Bilbao y la marcha sobre Castilla

Aparte todo esto, queda siempre por dilucidar si en realidad Zumalacarregui era tan opuesto a la operación de Bilbao. Nos parece que aceptó demasiado pronto la opinión del Rey, si la hubiera considerado como desdichada. Refiriéndose a otro aspecto de la vida militar, pero que tiene aplicación en este caso, un escritor contemporáneo extranjero (1) afirma que un jefe responsable al que se le ordena una operación o batalla que considera imposible de realizar u obtener éxito, debe dimitir de su mando y arrostrar el consejo de guerra antes que sacrificar a los hombres que le están confiados, opinión que apoya a las enseñanzas documentales de Na-

(2) H. W. Wilson.-Les Flottes de guerre au combat.-Tomo I.-Paris.

carlismo.es

poleón I. Y vemos aquí que Zumalacarregui, que viene de presentar su dimisión, no solamente la retira, sino que acepta la dirección del sitio de Bilbao. Todo lo que tenemos al examen son apreciaciones basadas, a lo más, en un "se dice" sin consistencia en la crítica. Zumalacarregui aceptó el criterio del Rey, que, dígase lo que se quiera, no era descabellado (1).

Si aceptó Zumalacarregui, no entremos en la pretensión de enmendarle la plana al general, que harto demostró saber por dónde iba en sus rutas guerreras. Cuando él aceptó ponerle sitio a Bilbao, es que, en cuanto jefe de Estado Mayor, sabía que, por razones que llamaremos políticas—y en todo plan estratégico hay casi siempre más de una razón política—, era conveniente apoderarse de dicha plaza, por su propia importancia marítima y comercial, para retenerla y para que no la retuviese el enemigo; y en el orden militar estricto, para el caso de descender a la meseta ibérica no era prudente desentenderse de una capital que hubiera quedado de centro de operaciones en manos liberales, para extenderse a todo el país vasco-navarro. Porque se trata de una ciudad con puerto marítimo, y mediante desembarcos, el ejército enemigo que allí se dejara podía ser reforzado con nuevas y muy numerosas tropas, españolas y extranjeras, pues no hay que olvidar que en aquel tiempo, precisamente, era ya cosa decidida el auxilio de levas de voluntarios en Inglaterra, Francia, Portugal y otros países, con el apoyo semioficial de sus gobiernos.

En cuanto a la idea de Zumalacarregui de avanzar sobre Madrid, no se tiene ningún dato en prueba, y se debe advertir que Zaratiegui es un autor parcial por su mismo cariño a Zumalacarregui y con agravios evidentes contra Don Carlos. Oigamos una epreciación de un contemporáneo. Se podrá discutir a Henningsen por su vida aventurera, pero no se le negarán conocimientos militares: "El ejército de Don Carlos—dice—, por falta de caballería suficiente, no podrá nunca (si las tropas de la Reina continúan en su estado actual) cruzar el Ebro y avanzar a lo largo de las llanu-

(1) También es de esta opinión González de Echevarri en su estudio sobre «Zumalacarregui-Vivanco», Valladolid 1934. Dice así el docto catedrático de la Universidad de Valladolid «La seguridad que Zumalacarregui tenía en el éxito del ataque a Bilbao lo dan a entender las últimas líneas todas ellas escritas dos días antes del asalto» refiriéndose a una comunicación de Zumalacarregui al general Vivanco que termina diciendo «por ahora no es posible atender a la falta de vestuario, mas espero que dentro de breves días se podrá verificar» (Ver Documento n.° 1 en el Apéndice Documental).

carlismo.es

ras de Castilla" (1). Zumalacarregui también lo sabía y con mayor razón que Henningsen. Por cierto que éste, que escribía en 1836, se anticipaba a 1837 al decir: "El avance sobre Madrid, por consiguiente, se hará, con toda probabilidad, desde las provincias del Este, Cataluña y Valencia".

Demos por auténticas las versiones sobre el deseo y aun el propósito de Zumalacarregui de avanzar sobre Madrid. No hay en ello inconveniente. Y decimos más: decimos que si de ese deseo no había testimonios, necesario era buscarlos, para honor del talento guerrero del general carlista. Hubiera sido insensato encastillarse en las breñas del Norte sin meta positiva. La de no dejarse vencer, tenía caracteres negativos. Era muy hombre Zumalacarregui para entretenerse en un juego propio de chicos. Luchábase en aquella guerra por restaurar en España la monarquía legítima en todos sus principios. Apenas estaba dominada la vigésima parte del territorio español. ¿Iba a conformarse el general carlista con tan pequeña porción? Natural era que pensara cruzar ampliamente el Ebro no solamente por las rutas que siguió más tarde la expedición Real, que lo atravesó por Tarragona, sino bajando por la meseta de Castilla la Vieja; mas para esto no era obstáculo expugnar antes Bilbao, sino que el obstáculo radicaba en dejarlo en manos del enemigo. Burgos, Logroño y Soria, y Zamora y Salamanca, en parte, eran provincias tanteadas por las infatigables andanzas de Merino, por la expedición de Cuevillas, por los más esporádicos intentos de otros querrilleros. Había en Castilla buena cepa carlista. El ejército de Zumalacarregui hubiera hecho una honda arada moral en la conciencia castellana, católica y monárquica. Los graneros, las fábricas, la ganadería hubieran proporcionado elementos de manutención y vestido a las tropas carlistas. Soria es la doble llave para penetrar en Castilla la Nueva y en el Maestrazgo, por el Henares y alto Tajo alcazareño. La caballería que Henningsen pone en cuenta, no era un imposible, porque en las llanuras castellanas y en sus valles, de buenos pastos, hay suficientes caballos, y en cuanto a los jinetes, Viana y Alegría dieron solera para capacitar a muchos en la equitación más intrépida. Pero no hay razón, repetimos, que justifique para esta empresa el prescindir del intento de tomar Bilbao, porque había una realidad proverbial y era la tradición mercantil inglesa, y en aquellas esferas ya se tenía, por los informes directos de

(1) Henningsen.-«Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacarregui».

carlismo.es

Lord Eliot, la certidumbre de que los voluntarios de Zumalacarregui constituían una tropa temible e invencible, y lo pregonaban las victorias de Las Amézcoas—obtenida cuando Eliot llegaba al campo carlista—y las de Descarga y el Baztán y, en suma, la imposición del dominio de Zumalacarregui en todo el país vasco-navarro. El hecho de esquivar Inglaterra sus compromisos derivados de la Cuádruple Alianza, negándose a enviar oficialmente tropas de ayuda al ejército cristino, significaba la confirmación de su criterio, ya formado, sobre la importancia de las fuerzas de Don Carlos, y si éstas hubieran ocupado la plaza de Bilbao, parecía seguro que la Gran Bretaña—"bussines arc bussines"; los negocios son los negocios—hubiera continuado ejerciendo su comercio con el nuevo poseedor de aquel importante puerto; y como era difícil a las menguadas naves cristinas interrumpir la navegación de los barcos de la Reina de los mares, más de un cargamento no deseable para el interés liberal y apetecible para los carlistas hubiera entrado en Bilbao.

No hay, pues, repelencia entre lo que Zaratiegui y el P. Risco afirman de Zumalacarregui, que no era ningún despropósito, en el entendimiento y en la voluntad ya le bullía desde la batalla de Mendoza o del Ega, según declaran esos autores. No lo puso en práctica porque, aunque en definitiva los carlistas vencieron, no fué la victoria tan rotunda que aniquilara al ejército enemigo, y esto le hubiera permitido franquear decididamente el Ebro. Lo mismo ocurría en la ocasión que estamos examinando. Después de las victorias en el Baztán y en Guipúzcoa, quedaba por extirpar el quiste de Bilbao, y limpio ya y en pleno dominio carlista el territorio del Norte, sería llegada la ocasión de ir a Madrid por todo. ¿Que no pudo ser porque, con ocasión de iniciarse el sitio, Zumalacarregui perdió la vida? Esa es la guerra, y demasiado había vivido el insigne guerrero, que tantas y tantas veces se arriesgó, poniéndose delante de sus tropas como un alférez imberbe, todo irreflexión y acometiva, sin experiencia y sin miedo al peligro.

La verdad es que el sitio de Bilbao se emprendió de común acuerdo entre Zumalacarregui y los Estados Mayores y que, contra lo que se ha dicho, que era empresa descabellada, la realidad nos asegura que, dominando Vizcaya y Guipúzcoa, la toma de Bilbao daba la posesión de un puerto que tanta falta hacía a los carlistas, y era esto lo que estaba indicado entonces. Si acogiéramos la versión de que Zumalacarregui pretendía tomar Vitoria antes de Bil-

carlismo.es

bao, como la capital alavesa, al parecer, no presentaba mayores dificultades, inmediatamente—se ha dicho—el caudillo guipuzcoano hubiera debida emprender la operación ante los muros de la capital de Vizcaya. Pero en realidad, la relación de ésta la imponían las circunstancias. Dueños los carlistas de Bilbao, tenían la casi seguridad de que Vitoria y San Sebastián no podrían mantener la bandera cristina largo tiempo. Y así como por el rudo golpe inferido a los liberales en Descarga se había producido el derrumbamiento del sistema defensivo de los cristinos en Vizcaya y Guipúzcoa y la victoria de Artaza dió fin a las líneas cristinas en Navarra, la caída de Bilbao representaba el dominio absoluto de los carlistas en el Norte.

En cuanto a que Zumalacarregui hubiera intentado después de tomar Vitoria lanzarse sobre Castilla, no hemos tenido la ocasión de hallar nada que nos lo demuestre. No sabemos con qué fundamento cree Casariego que "Zumalacarregui, desde el momento que tuvo regularmente reorganizado su ejército, tuvo la absesión de salir a operar por la meseta, para poder clavar la bandera de su Causa sobre el Real Alcázar de Madrid. Estos proyectos, además de dificutades por falta de recursos, encontraban siempre la de que sin caballería abundante y bien preparada era arriesgado operar por las llanuras de Castilla. No obstante, Zumalacarregui insistió siempre en su opinión. Como dice un ilustre crítico militar extranjero, hubiese sido muy interesante ver cómo se hubiese movido en una clase de guerra tan distinta a la que venía desarrollando en las montañas vasco-navarras. No cabe duda que el genio de Zumalacarregui había leído sobre la altiplanicie nuevas posibilidades para obtener la victoria definitiva de sus tropas" (1). Sin embargo, sabemos que era opuesto a lanzar expediciones alejadas.

Es de creer que Zumalacarregui pensó lanzarse sobre Madrid. Sabía que la victoria no se conseguiría, quedando siempre confinados en las provincias vasco-navarras, pero dada su prudencia, no es de crer que tal empresa la hiciera a tontas y a locas. En el momento que estamos nosotros comentando, Valdés le cerraba el paso de Castilla en Miranda de Ebro. Si hubiera intentado un avance hacia el Sur, las fuerzas de los cristinos dependientes de la Capitanía General de Burgos se habrían unido a las de Valdés y en terreno difícil para las tropas carlistas, que habrían debido combatir con escasa caballería... No aceptamos la idea de un Zumalacarregui al que suponen proponiendo le-

(1) Casariego.-Nota a la «Historia militar y política de Zumalacarregui por Francisco de P. Madrazo.-Valladolid 1941.

carlismo.es

ventar el sitio de Bilbao por hallar una resistencia superior a la calculada, y en cambio, se hubiera lanzado, sin medios suficientes, en el centro de un país rodeado de enemigos.

La versión liberal, con toda crudeza, la vamos a recoger de autores que, aunque anónimos, reflejan perfectamente el pensamiento de los enemigos del carlismo: "La falta de dinero se hacía sentir, y cada día más, en el campo de Don Carlos, entorpeciendo considerablemente las operaciones que más conduncentes se juzgaban para el rápido progreso de su causa. Altamente sentía Zumalacarregui esta falta de metálico; pero comprendiendo que esto no le había de estorbar el grande golpe que proyectaba y deseaba ejecutar cuanto antes sobre la capital de Alava, dispuso toda su gente para dar a los generales de la Reina, junto a los muros de dicha ciudad, una batalla campal y decisiva. Esta batalla era tanto más ansiada por el caudillo guipuzcoano, cuanto que se prometía el triunfo, y con él, la fácil toma de Bilbao, cuyas riquezas estaban destinadas a proporcionar a Don Carlos los fondos que para sus empresas necesitaba. Desgraciadamente para la causa carlista, los que rodeaban al pretendiente no pensaban con tanto acierto como Zumalacarregui: éste tenía sed de batallas; aquéllos, de dinero; el jefe de la fuerza armada necesitaba apoderarse de Vitoria; los palaciegos no tenían más sueño que Bilbao. Trabóse por lo mismo una lucha fatal entre los mismos servidores de Don Carlos, opinando los unos que el asedio y asalto en esta opulenta ciudad de Vizcaya les sacaría de apuros, mejorando su posición bajo todos los aspectos, al paso que los otros, escarmentados de lo infructuosos que habían sido los ataques contra Bilbao, opinaban con su jefe que era todavía prematura hacer tentativa alguna sobre esta ciudad. Don Carlos estaba fluctuando, pero se inclinaba mucho más al parecer de su Corte, compuesta de empleados vagabundos que habían acudido al Real para hacerse conceder buenos empleos y chupar pingües sueldos, sin arrostrar más peligro que echar a huir con el pretendiente, de población en población, matar horas en cafés, introducir chismes, enredos y desconfianzas entre los suyos y dar, en una palabra, a la causa de Don Carlos el mismo aspecto que por los mismos vicios presentaba la causa de la Reina. A los apuros que, intrigado por sus consejeros, abultaba el pretendiente, para hacerle sitiar a Bilbao, le contestaba Zumalacarregui que también pensaba atacar esta villa y esperaba apoderarse de ella, pero que se necesitaba para el efecto algunos días y que era más conveniente tomar antes Vitoria y pasar después el Ebro, aprovechándose

Vitoria sí, Bilbao no; Vitoria no, Bilbao sí

carlismo.es

del abatimiento y terror en que habían caído los soldados y partidarios de Isabel. Tan acertado pensamiento fué desestimado por Don Carlos, cuyos consejeros, hambrientos de dinero, no querían aguardar que se obtuviesen unos cuantos triunfos importantes para lanzarse a las Castillas y buscar en ellas los recursos que tanta falta les hacían, insistiendo tenazmente en que era necesaria la toma de Bilbao. Resuelto al fin el pretendiente, se encara con Zumalacarregui y le pregunta si Bilbao puede tomarse. Puede—le contestó el caudillo—, pero es operación que nos ha de causar la pérdida de muchísimos valientes y, sobre todo, la de un tiempo preciosísimo. Sin atender a tan juiciosa y grave respuesta, Don Carlos ordena que se emprenda el sitio de Bilbao. Indignado de esta cosducta Zumalacarregui, hace dimisión de su mando. el pretendiente no la acepta, y el jefe de los carlistas, llorando en su corazón el grande error militar que se le obligaba a cometer, se resigna, hace abnegación de sus sentimientos e inteligencia y lo dispone todo para el asedio de Bilbao" (1).

Más mitras que diócesis

En el relato anterior tenemos nosotros recogido todo cuanto la mala fe y el espíritu de partido urdió sobre lo que ocurría en el campo carlista. Llama la atención cómo aquellos liberales parecen lamentarse de que Zumalacarregui no hubiese sido escuchado, como si hicieran votos secretos por el triunfo de la causa carlista. No era esto lo que interesaba, sino oponerse a Don Carlos y considerarlo autor de la muerte de Zumalacarregui.

La falta de recursos, que haría fracasar a cualquiera en otra empresa, era la que imponía, como hemos dicho, el ataque a Bilbao: "Otro interés—dice Flórez—media en tan ardua empresa. Don Carlos había encontrado un empréstito en Holanda, en cuya garantía no tuvo escrúpulo de ofrecer la toma de aquella plaza: y la adquisición de este empréstito no podía ser en manera alguna indiferente a las apuradísimas huestes del Príncipe rebelde. Ganosas éstas de prez, y más ganosas todavía, los numerosos buitres que, fiados ya en la empresa, la cual contaban ya por segura, habían atravesado el Pirineo, olfateando el botín y el empréstico (que no la pólvora) y esperaban, ansiosos, el desenlace en lugares cercanos, si bien no tanto, que corriesen peligro, tales como Salvatierra, en cuyo punto hacían votos por la rendición de Bilbao, con muchos emigrados que aspiraban a empleo, más de 300 entre curas y frailes, que sólo querían mitrarse,

(1) «Panorama español. Crónica contemporánea».-Madrid 1845. Tomo III.

carlismo.es

habían hecho ya de la toma de tan importante plaza una condición necesaria de subsistencia y de su porvenir" (1).

El historiador de Espartero da como seguro el empréstito en Holanda, lo que no nos atreveríamos a afirmar, pues es más probable que la facilidad para el mismo se diera en Londres y no en los Países Bajos. Hoy es risible leer lo de los buitres acechando la presa; en todo caso, uno de los que acababan de pasar los Pirineos era el teniente general Maroto, que más tarde fué teniente general de los ejércitos de Isabel II, cuando llevaba sobre su apellido el estigma indeleble de traidor. Y más risible todavía es lo de los 300 curas y frailes que esperaban una mitra no sabemos dónde, porque se hubiera necesitado proveer todas las diócesis del mundo civilizado para facilitar el cumplimiento de tantas ambiciones. Pero en el campo progresista no estaba de más hablar de los curas y frailes que abundasen en el campo carlista, pues se excitaba a las masas contra los religiosos, aunque de rechazo se hiciera el gran honor a los carlistas de verlos tan íntimamente unidos a los sacerdotes del verdadero Dios.

Un juicio de Don Javier de Burgos sobre los empréstitos carlistas

Frente a esas cábalas de orden financiero, es lo cierto que Zaratiegui pone en duda que existiera el tal empréstito: "Don Carlos mismo, conducido por unos principios y deseos los más austeros, hijos de una probidad que, desgraciadamente, no pertenece a este siglo, escuchaba con satisfacción todo proyecto que tendiese a evitar los empréstitos, dirigiéndose todas sus miras a alcanzar el triunfo, sin sobrecargar con un solo real la inmensa deuda del Estado. Los aduladores (que nunca faltan), sabiendo esta disposición del Príncipe para asegurar mejor su confianza llamaron su antención hacia la necesidad de tomar Bilbao, para salir de la penuria en que a la sazón se hallaban, pues, una vez dueños de esta villa comercial, podrían exigirla un empréstito forzoso; y siendo esta toma un hecho tan importante en el mundo político, no faltaría después quien les ofreciese recursos en abundancia" (2).

El pie forzado de la penuria también la recoge Henningsen, con las siguientes palabras: "Esta falta de medios pecuniarios fué la razón de que se cometiera el gran error de atacar a Bilbao, en vez de cruzar el Ebro y aprovecharse del pánico del enemigo. El Rey declaró que no sólo estaba sin dinero para pagar los atrasos a sus hombres, sino que ni siquiera tenía la esperanza de recibir nada

(1) Florez.-«Espartero. Historia de su vida militar y política».-Madrid 1844.-Tomo I.
(2) Zaratiegui.-«Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacarregui».

carlismo.es

en fecha próxima y que, por lo tanto, Bilbao, la rica y comercial ciudad, que podía ofrecer una ayuda, por lo menos, temporal, debía ser sitiada y tomada" (1).

La mejor visión de lo ocurrido y de la situación del ejército carlista, así como de la importancia que tenía la toma de Bilbao en aquel momento, nos la expresa un ministro que fué de Doña Isabel, Don Javier de Burgos: "Convencido este Príncipe, como lo estaba Zumalacarregui, de la necesidad de proporcionarse medios para atender, sin vejar el país, a las exigencias de la guerra, había consultado a sus consejeros y dado, por medio de éstos, algunos pasos para contratar fuera de España un empréstito. Onerosísimas, por lo precario de la situación y lo imposible de su triunfo definitivo, debían ser, y fueron en efecto, las condiciones que, para facilitarle sumas respectivamente pequeñas, imponían a los agentes de Don Carlos los negociadores de préstamos. Alguno hubo, sin embargo, que llegó a hacer proposiciones aceptables en cuanto al tipo del empréstito, pero subordinaba su realización a la ocupación de un punto importante y a la instalación en él de Don Carlos y su Corte. Por el Cuartel General de este Príncipe corría también válida la voz de que las potencias absolutistas, que oculta e indirectamente protegían a Don Carlos y anhelaban su triunfo, habían declarado que lo reconocerían por Rey de España el día en que estuviese en posesión de una ciudad a donde fuese posible mandar agentes diplomáticos. Estas consideraciones, reforzadas por algunas de interés propio, hacían a los consejeros de Don Carlos completamente inexpertos, los más, en las cosas de la guerra, fijar la vista en Bilbao, que más que Vitoria, ofrecía apariencias de Corte y que, por la doble circunstancia de ser población muy rica y puerto muy concurrido, brindaba a los carlistas con la perspectiva de recursos más considerables, de mayores comodidades y de más y mejores medios de defensa, como una vez llegasen a verse ellos en su posesión" (2).

De todo cuanto se ha escrito sobre el sitio de Bilbao, creemos no haber hallado, ni en los autores carlistas, mayor ponderación que en el ex ministro cristino, pues aun cuando deja subsistente lo humano de buscar algunos consejeros mayores comodidades para proseguir la guerra, el interés diplomático y económico de la plaza

(1) Henningsen.-«Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacarregui».

(2) Javier de Burgos.-«Anales del reinado de Doña Isabel II.-Madrid 1850. Tomo II.

carlismo.es

queda evidente, y es el único que considera que, una vez establecidos los carlistas en ella, sería de mayor facilidad en la defensa, caso que no se podía dar, tratándose de Vitoria.

Así, no es de extrañar que las razones invocadas por el Rey convencieran a Zumalacarregui, y es de rechazar lo que dice Zaratiegui que éste cedió fácilmente, "creyendo, sin duda, que habiendo presentado su dimisión no debía ser responsable de los sucesos que en adelante tuviesen lugar, puesto que no se le contestaba cosa alguna" (1). Sinceramente hablando, juzgamos que se adelanta en sus apreciaciones el secretario de Zumalacarregui. Puesto que no sólo había presentado la dimisión, sino que también se la había rechazado el Rey, y, por lo tanto, no podía estar indiferente a los acontecimientos que se realizaran bajo su mando. Pudo hablar con desconfianza de la nueva operación, pero lo cierto es que él la aceptó y que en ruta fué estudiándola, para llevarla a feliz término.

En cuanto a la enfermedad que motivó su dimisión y que consideramos no era inventada con el propósito de ser relevado de su mando, se tiene el testimonio de Zaratiegui: "En los dos o tres días que Zumalacarregui permaneció en Vergara, su salud se alteró de tal modo, que envió a Don Carlos su dimisión" (2). Otro historiador del gran capitán carlista nos relata: "Las fatigas del sitio y el dolor que le causó la muerte de su amigo—se refiere al sitio de Ochandiano y a la muerte del coronel Alzaa—contribuyeron a agravar el mal estado del general y a revelar en su fisonomía señales inequívocas de su padecimiento interior" (3). Y añade un poco más lejos: "En vano se esforzaba el médico para infundir tranquilidad en su espíritu y exigirla imperiosamente por su cuerpo. Su carácter original y activo no permitía gozarla ni a uno ni a otro... vanos eran los esfuerzos que, animado de los mejores deseos, empleaba su médico para conseguir de él quietud y descanso".

Zumalacarregui en Begoña

Casi encorvado por su dolencia, triste como le hemos visto en Ochandiano, pero sin doblegarse aquel espíritu que fué siempre esclavo de la rectitud del deber, Zumalacarregui se encaminaba a Bilbao, y es un símbolo de toda su vida su derrumbamiento mortal junto al Santuario de Begoña. La sangre del caballero defensor de la Religión se vierte como en último sacrificio junto al lugar sagra-

(1) Zaratiegui.-«Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacarregui».
(2) Zaratiegui.-«Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacarregui».
(3) Madrazo.-«Historia militar y política de Zumalacarregui».

carlismo.es

do. Abajo tiembla la ciudad, entre las tropas de la secta liberal, desconociendo la marcha del que iba a ser su libertador, transportado a hombros de los granaderos carlistas a su tierra guipuzcoana. Pero estas escenas pertenecen al capítulo siguiente.

carlismo.es

CAPITULO II

HERIDA Y MUERTE DE ZUMALACARREGUI

(Junio de 1835)

Comienzo del sitio de Bilbao.—Es herido Don Tomás Zumalacarregui.—Se plantea una dificultad.—¿Cómo es que la bala que hirió a Zumalacarregui le penetró de arriba a abajo, si iba dirigida de abajo a arriba?.—Opinión de los autores de la «Galería Militar».—De Bilbao a Durango: entrevista con el Rey.—Cortejo bélico y campesino.—La muerte vence al que nadie había vencido.—Los altos juicios de Dios y los juicios mezquinos de Maroto.—Refutación de otras especies inmeditadas o calumniosas.—La herida de Zumalacarregui ante la terapéutica quirúrgica moderna.—Zumalacarregui murió de septisemia.—Después de la muerte del Caudillo.—El sepulcro de Zumalacarregui, perenne puesto de mando.

Comienza el sitio de Bilbao

Después de la entrada de los carlistas en Durango, los cristinos evacuaron Salvatierra de Alava, y, libre de los enemigos de Eibar, el general Eraso estrechó el bloqueo de Bilbao, que comienza el 10 de Junio. Si es verdad, como dice Risco, que Zumalacarregui no llegó ante la villa del Nervión hasta el 13, puede comprenderse la confusión, habida cuenta de que el 10, Eraso, por el oriente y Andéchaga por el occidente, con sus batallones de Encartados, cerraban las salidas. En cuanto a Espartero, después de entrar el 4 de Junio en Bilbao, había partido el 8 hacia las Encartaciones, que era precisamente el camino más opuesto para enfrentarse con Zumalacarregui. Su marcha no impidió que Andéchaga se dirigiera a cerrar la línea de circunvalación de Bilbao. Esta circunvalación era, hasta

carlismo.es

cierto punto ilusoria. Estaban anclados entonces en Olaveaga, cerca del Monasterio de San Mamés—nos dice Henningsen—, cuatro o cinco barcos mercantes franceses e ingleses; el vapor del Gobierno francés "Le Metèore", una goleta francesa y el buque de Su Majestad Británica "Saracen". Los oficiales que mandaban estos barcos tuvieron una entrevista con Zumalacarregui, quien, según la referencia del capitán que mandaba en la ría, procedió con mucha cortesía y dió un pase para el cónsul británico que le sirviera para comunicarse con toda libertad con el "Saracen" (1). Había tomado el mando de la plaza el 7 de aquel mismo mes el conde de Mirasol, quien se había aprestado para la defensa, convencido de que el peligro era inminente. Organizó las fuerzas de Bilbao, poniéndolas a las órdenes del Coronel del Regimiento Provincial de Compostela Don José Ozores; hizo trasladar las municiones a la Iglesia de San Nicolás, como lugar más seguro; pidió a la Marina cristina algunas piezas de artillería y una batería de cohetes. Del comodoro inglés Lord John Hay solicitó veinte quintales de pólvora de cañón, estopines y municiones de a 18. En orden a la defensa mandó fueran derribadas algunas casas que, situadas a tiro de fusil de las baterías, podían ser aprovechadas por los carlistas para atacar a las mismas. Conviniéndole que estuviese libre el paso de la ría, se puso de acuerdo con el comodoro Lord J. Hay, jefe de la estación inglesa en Vizcaya, y merced a su ayuda recibió víveres de Santander, municiones de San Sebastián y mandó refuerzos a la guarnición cristina de Bermeo.

Desde el 12, los cuatro batallones del General Eraso cerraban todas las salidas de Bilbao. Comenzaba en realidad el sitio, y las intimaciones a la plaza para que se rindieran son la prueba de ello (2). El día siguiente llegó el General Zumalacarregui. Diez batallones iban con él, y además, la artillería, mísera artillería para batir una plaza que tenía de 40 a 50 cañones, muchos de ellos de gran alcance. Se componía la carlista de dos cañones de a 12, uno de a 6, dos de a 4, dos obuses y dos morteros. Suplía su escasez la abnegación de sus servidores y la pericia de su jefe, Don Vicente Reina.

Abrióse el fuego contra Bilbao el 14 al amanecer, mas, pronto se percataron los carlistas de que su artillería no daba el rendimiento que era necesario para poder derruir las fortificaciones enemi-

(1) Henningsen:—«Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacarregui.»

(2) Documentos n.° 2 en el Apéndice Documental.

carlismo.es

gas. La víspera, los tiroteos no habían tampoco conseguido ninguna eficacia. Sin embargo, el fuego de una batería situada en Begoña llegó a abrir tres brechas practicables, apagar los fuegos contrarios de aquel sector, destruir la batería del Emparrado, quedando abierto para el asalto el fuerte del Circo, que estaba colocado entre el de Solocoeche y el de Mallona, en un ángulo adelantado de la línea. Estuvieron preparadas las compañías de Guías de Navarra para lanzarse sobre la villa por la brecha abierta, mas parece que por falta de municiones no se llevó a cabo la operación, a pesar de que la brecha prometía un feliz éxito. Reconocen unos autores liberales que "si en aquel momento hubiera sabido ejecutarse esta sangrienta operación, acaso los sitiados no hubieran podido contener el rudo choque de aquellos furiosos" (1). Sea lo que sea, ni Zaratiegui, ni Madrazo, ni más modernamente el P. Risco nos dan detalles de esta suspensión del asalto. Quizá obedeciera a que dos de los mejores cañones de las baterías carlistas se habían recalentado tanto con el vivo fuego a que le sometían los sitiadores, que acabaron por reventar. Piraia, por su parte, cree que Zumalacarregui no llegó a saber que había quedado abierta la brecha, lo que contradice el relato de los autores del "Panorama Español". Le parece raro esta ignorancia al P. Risco y creemos que alguna circunstancia extraordinaria influyó en que se aplazara el asalto para el día siguiente, 15 de Junio.

Es herido D. Tomás Zumalacarregui

Pero en aquella mañana un acontecimiento imprevisto, un hecho más de los muchos que demuestran que el hombre propone, pero es Dios quien dispone, vino a interponerse en la ruta de victorias sucesivas que iba abriéndose al paso de Don Tomás de Zumalacarregui. Desde el balcón de la llamada Casa de Quintana, junto a la iglesia de Nuestra Señora de Begoña, observaba las líneas enemigas y una bala procedente de las de Larrinaga, según algunas referencias, hirió, aunque no parecía gravemente, al general carlista.

Si leemos las distintas versiones, nos daremos cuenta de las dificultades que hay para precisar los detalles. Zaratiegui dice que la noche anterior había anunciado el general al conde de Villemur, ministro de la Guerra, que la desproporción de fuerzas le obligaría, sin duda, a levantar el sitio. Al día siguiente, "el general, queriendo examinar los reparos hechos por el enemigo durante la noche, subió al piso principal de una casa situada cerca del Santuario de

(1) "Panorama español. Crónica Contemporánea".-Tomo III.

carlismo.es

Nuestra Señora de Begoña y desde un balcón del todo abierto, sin salir a la parte posterior, se puso a mirar detenidamente la línea enemiga. En esto, una bala de fusil entró por la ventana y le hirió en el tercio superior y parte anterior e interna de la pierna derecha, rozando el borde interno del hueso tibia, a la distancia de dos pulgadas, poco más o menos, de la rodilla. El intendente Don Domingo Antonio Zabala (1), el auditor don Jorge Lázaro y los demás que, a la sazón, le acompañaban, después de haber hecho llamar al médico-cirujano Don Vicente González de Grediaga, le retiraron de allí, y colocándole en una camilla, le trasladaron enseguida a la casa que le servía de alojamiento en Bolueta" (2).

Esta versión, por ser del secretario de Zumalacarregui, es la más comúnmente aceptada y tenida como verídica. Pirala, en su tan conocida obra, es la que sigue (3). Mas para que se vea cuantas versiones de un hecho reciente, para los que de él escribieron, existen, reproduciremos algunas más: "Amaneció otra vez, y acostumbrado Zumalacarregui a examinarlo todo por sí mismo, quiso asomarse a una ventana del palacio que está junto a Begoña, para reconocer la posición del enemigo con el anteojo que le regaló Lord Elliot. Dominase, en efecto, desde dicho punto, con la vista, no sólo a Bilbao, sino a todas sus cercanías, y como sólo distaba de las fortificaciones de la plaza unas cien varas, era este edificio continuo y predilecto blanco de los tiros de los sitiados. A la hora en que Zumalacarregui se dejó ver en el, ya estaban destruídas las maderas y hierros de las ventanas. Los oficiales del Estado Mayor advirtieron a su general el peligro que corría como se asomase a una de aquellas aberturas. No hizo caso Zumalacarregui de esta juiciosa observación y se puso a mirar la villa. Apercibiéronle los sitiados y desde aquel momento empezó a llover sobre él una lluvia de proyectiles que le habían de acribillar. Dispúsose entonces a retirarse el general carlista, diciendo en chanza "no nos hagamos matar sin utilidad", cuando le alcanzó una bala de rechazo que había dado contra el hierro de la ventana, y le hirió la parte superior de la

(1) Domingo Antonio de Zabala. Se sublevó en Vitoria con Verastegui y era Ordenador militar de la Provincia de Alava. Cuando el avance de Sarsfield pasó a Francia confinándoselo en Tulle, y de allí huyó a España al servicio de Zumalacarregui. Fué Intendente General del Ejército Carlista del Norte.

(2) Zaratiegui.--"Vida y hechos de Don Tomás Zumalacarregui".

(3) Pirala.--"Historia de la Guerra Civil y de los Partidos liberal y carlista.--Tomo II de la 2.ª edición. Tomo I de la 3.ª edición.

carlismo.es

pierna junto a la rodilla. Aunque no pareció, por de pronto, la herida de gravedad, según dijo el cirujano que le curó, tuvo que separarse del sitio Zumalacarregui, y doce soldados se lo llevaron en una camilla, porque sufría mucho, disponiéndolo todo para conducirlo a Durango" (1).

Hasta aquí, unos autores liberales que no presentan gran diferencia con la versión de Zaratiegui. La relación de Madrazo es algo distinta de la anterior, aunque sigue sus líneas generales: "Ningún edificio podía satisfacer mejor al deseo de verlo todo, que devoraba al general carlista, que el palacio de Begoña, porque desde él se dominaba completamente a Bilbao y a sus pintorescas cercanías. Pero ningún otro podía ofrecer más peligro, pues, situado este palacio a cien varas de distancia de las fortificaciones de la plaza, era blanco constante de todos los disparos, que ya habían destruído todas las maderas y hierros de las ventanas. Apenas se halló Zumalacarregui en una de las salas del edificio, corrió a abrir uno de sus balcones de par en par, y asomándose a su barandilla, con el anteojo en la mano, púsose a mirar detenidamente la línea enemiga. Era en aquel momento tan vivo el fuego que dirigían contra el palacio los sitiados y era tan continua la lluvia de balas que sobre él caía, que los oficiales del Estado Mayor que acompañaban al general tuvieron la precaución de quedarse en la sala, desde la cual, advirtiendo a su jefe de la inminencia del peligro, le suplicaron una y otra vez que se pusiese a salvo de él. Zumalacarregui, profundamente embebido en la observación de la línea enemiga y estudiando en aquellos momentos críticos el modo más decisivo y eficaz de atacarla y de vencerla, no oía las voces de sus oficiales ni pensaba remotamente en el peligro que su existencia podía correr. Siguió, por tanto, en el balcón, y como no dejase de llamar la atención de los soldados de la plaza ver allí asomado un hombre sólo y con un largo anteojo en la mano, circunstancias que revelaban su categoría de jefe, hicieron una descarga sobre el bulto cuya aparición y movimientos en tan alto grado los había sorprendido; desde el balcón a que estaba asomado el general al barrio de Achuri y cabalmente en aquellos instantes en que iba a servir de blanco a los disparos enemigos, estaba inclinado sobre la barandilla y dando disposiciones a su tropa sobre la colocación de una batería. Había ya concluído de darlas y se disponía a retirarse hacia la sala, diciendo,

(1) "Panorama Español. Crónica Contemporánea".—Tomo III.

carlismo.es

como para complacer a los oficiales, que no quería dejarse matar sin utilidad, cuando entró por el balcón una bala de fusil y le hirió en el tercio superior y parte anterior de la pierna derecha, rozando el borde interno del hueso tibia a la distancia de dos pulgadas, poco más o menos, de la rodilla. Corrieron los oficiales de Estado Mayor a sostener a su general y le sentaron en una silla de la sala, en tanto que su secretario e íntimo amigo, Don Juan Antonio Zaratiegui, voló en busca del médico Don Vicente González de Gredilla, que a la sazón se hallaba en la sacristía de la iglesia de Begoña, como punto céntrico para acudir con prontitud a donde fuese necesario su auxilio. En los primeros instantes de apuro, la circunstancia de estar el general privado de sentido infundió a sus ayudantes el temor de que se les quedase entre las manos, y para retardar en lo posible esta catástrofe apelaron al socorro de un cirujano inglés que, por casualidad, allí se hallaba. Llegó Mr. Burgess, que así se llamaba el profesor extranjero, pocos momentos después, y como dirigiese algunas preguntas en su idioma a los que rodeaban al General y no pudiesen satisfacer a ellas sin que un intérprete las trasladase al habla castellana, por ser para todos desconocido el idioma inglés, el tiempo que pasó en estas angustiosas dificultades fué el suficiente para que llegase el médico de Cámara con el secretario Zaratiegui. Trasladose por orden de éstos al herido a su casa alojamiento de Bolueta, donde se hizo la primera cura, aplicando a su herida el bálsamo de Malats, remedio que parecía más oportuno y conveniente que extraerle la bala en el acto, por parecer a los médicos esta operación sobremanera arriesgada. Apenas se le hizo la primera cura, mandó el General, de un modo imperioso, que se le condujese al punto a Cegama por el camino de Durango, y esta disposición imprudente que, atendido el carácter del que la dictaba, nadie se atrevió a contradecir, no la pudieron revocar ni las súplicas del intendente Don Domingo Antonio Zabala, del auditor Don Jorge Lázaro y de otros sinceros amigos, ni los cariñosos ruegos de su hermano Don Eusebio Zumalacarregui, que, noticioso de la desgracia, había corrido a enterarse por sus propios ojos del estado del General. Rodeaban ya a éste los granaderos que debían transportarle, cuando entró Don Eusebio, y dirigiéndole una mirada entre compasiva y cariñosa, le dijo al verle postrado sobre la camilla:

—¿Qué es lo que tienes, Tomás?

carlismo.es

—Nada, un balazo... Gajes del oficio—contestó el General, con marcado desdén.

—¿Está dentro la bala?—replicó su buen hermano.

—Sí.

—Sería bueno sacarla.

—Eso no compete a usted—repuso entonces una persona para Don Eusebio desconocida.

El General, para evitar contestaciones que el cariño de un hermano podría agriar y con el objeto, sin duda, de ver más pronto realizada su traslación, al mismo tiempo que calmaba la ansiedad de su familia, encargó eficazmente a Don Eusebio que pasase a Ormáiztegui y diera cuenta a sus parientes de la herida que había recibido, manifestándoles la buena disposición en que se hallaba, a fin de que se tranquilizaran, con la seguridad de que aquello no era cosa de cuidado" (1).

Discrepancia existe entre el relato del P. Risco y el del capitán Henningsen sobre cómo recibió la herida el General Zumalacarregui. El capitán inglés nos lo presente indiferente a su dolor y procurando no alarmar a los presentes. El P. Jesuíta, por su parte, lo hace caer sin conocimiento, tanto por la herida como por no haber tomado comida ni reposo. Dice Henningsen, quien, si no fué testigo presencial, estuvo pronto en el lugar del triste suceso, para ser intérprete del cirujano del Escuadrón de la Legitimidad Burguesa, que, como hemos dicho, no sabía español: "El palacio de junto a la iglesia de Begoña ofrecía una vista dominante, y aunque no distaba más de 200 metros de los trabajos del enemigo, a la mañana siguiente, a pesar de los consejos de su Estado Mayor, Zumalacarregui, que quería ver todo por sí mismo, salió con su catalejo al balcón, a pesar de que las persianas de la ventana estaban como una criba, a causa de los balazos recibidos, y todas las barras, menos tres, habían sido arrancadas por la metralla. En el momento en que cualquiera aparecía a la vista, el enemigo empezaba su fuego de fusilería; de modo que, al ver un hombre tan a tiro, el que, a juzgar por su catalejo y chaqueta de piel negra, evidentemente era un oficial superior, todos los soldados de las baterías y de los trabajos fortificados empezaron a tirotearle. Se ha dicho que fué herido por uno de los marinos ingleses desde el barco que se encontraba en el río al servicio de la Reina; pero esto es imposible de compro-

(1) Madrazo.—"Historia militar y política de Zumalacarregui".

carlismo.es

bar, y es más que probable que fuera un español el que disparó la bala que ocasionó su muerte, puesto que los marinos de la batería eran lo más 20 o 30 y todos están conformes en que se hizo una descarga de, por lo menos, cien fusiles. El General se retiró lentamente del balcón, pero dándose cuenta de que no podía disimular su cojera, confesó, por fin, que estaba herido. Una bala que rebotó en una de las barras del balcón le fracturó un hueso menor y, sin tener fuerza para penetrar mucho, como acontece con los tiros perdidos, quedó incrustada, como dos pulgadas más abajo, en la carne." (1).

El P. Risco presenta los hechos de distinta forma: "Serían como las siete y media de la mañana cuando Zumalacarregui, teniendo a su lado a Zaratiegui, al intendente Don Domingo Zabala y al auditor Don Jorge Lázaro, se asomó a uno de los balcones del palacio de Begoña que dan hacia el barrio de Achuri, echado de pecho sobre la balaustrada, se puso a dirigir el emplazamiento de una batería. De pronto, lanzó un ¡ay! y cayó, sin sentido, por la parte interior del balcón. Zaratiegui corrió en busca del cirujano mayor, Don Vicente González de Grediaga, que acudió enseguida y, echando agua sobre la frente del herido, lo hizo volver en sí. Reconocido el cuerpo, se halló que una bala de fusil le había entrado por el tercio superior y parte interior interna de la pierna derecha y rozando el borde interno de la tibia a la distancia, poco menos, de dos pulgadas de la rodilla. Se le sacó inmediatamente de Begoña a ruego suyo y con harto peligro, porque el fuego por aquella parte era entonces intensísimo, y se le bajó en unas angarillas, desde Begoña, hasta un caserío que hay como a mitad de camino entre el Santuario y Puente Nuevo" (2).

Se plantea una dificultad

Hasta aquí, las narraciones más divulgadas y que parecen de suyo fáciles. Mas por si la araña de la calumnia liberal no duerme —¡y no duerme y sigue tejiendo nuevas redes para la caza de incautos!—, vamos a intercalar una dificultad y a resolverla al mismo tiempo, para que no sirva de pasto a la leyenda.

Junto al Santuario de Begoña había, entre otros, tres edificios destacados: el palacio de Begoña, la casa de Begoña y la casa de Landacoeche. El palacio estaba—y está—un poco delante y a la

(1) Henningsen:—"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con el general Zumalacarregui.

(2) Risco.—"Zumalacarregui en campaña".

carlismo.es

derecha de la línea frontispicial del templo; la casa de Landacoeche, a la derecha también, pero detrás, y la casa de Begoña, totalmente a la espalda y más retirada del Santuario. Zaratiegui dice que el 15 de Junio, queriendo el General "examinar los reparos hechos por el enemigo durante la noche, subió al piso principal de una casa situada cerca del Santuario de Nuestra Señora de Begoña y desde un balcón del todo abierto, sin salir a la parte exterior, se puso a mirar detenidamente la línea enemiga (1). La versión de Madrazo determina más: "Ningún edificio—dice—podía satisfacer mejor el deseo de verlo todo, que dominaba el General carlista, que el palacio de Begoña, porque desde él se dominaba completamente a Bilbao y a sus pintorescas cercanías" (2). Risco, que ha escrito su obra a base del archivo de guerra conservado por Zaratiegui, especifica también que fué al balcón del palacio y no al de la casa a donde se asomó Zumalacarregui.

No por imperativo del sufragio ha de acatarse que fuera en el palacio donde el General recibió el balazo, pues aunque Zaratiegui, testigo presencial, no determina el edificio, concurre en esto el testimonio del médico González de Gredilla, cuando dice en su "Memoria" que Zaratiegui vino a buscarle a la sacristía del Santuario, para que asistiera al herido, que estaba en el palacio, y allí acudió él.

Mas ocurre hacer aquí una pregunta: ¿Tenía el palacio entonces otro u otros balcones en sus muros laterales? En este caso las descargas cerradas que desde las líneas enemigas se hacían pudieron tener por blanco el lado occidental del edificio y aun la casa de Landacoeche, pues no debe olvidarse que, junto y a espaldas de ésta, los carlistas habían montado, mirando precisamente el sector del fuerte del Circo, de Begoña, una batería y un obús, y era natural que hacia esos puntos dirigiera sus fuegos el enemigo.

Precisamos más. Zaratiegui ha dicho que el General, "queriendo examinar los reparos hechos por el enemigo durante la noche" (3), subió al piso principal de una casa junto al Santuario de Nuestra Señora de Begoña. Pirala sigue a Zaratiegui en este relato, aunque, dando de sí el amargor de su cáscara, omite el nombre de "Nuestra Señora", refiriéndose al Santuario. Y preguntamos: ¿Dónde habían hecho los liberales los reparos? Consta que

(1) Zaratiegui.—"Vida y hechos de Don Tomás Zumalacarregui".
(2) Madrazo.—"Historia militar y política de Zumalacarregui".
(3) Zaratiegui.—"Vida y hechos de Don Tomás Zumalacarregui."

carlismo.es

el día anterior, 14, la batería carlista situada, como acabamos de notar, cerca de la casa de Landacoeche, estuvo disparando balas de grueso calibre. Los principales disparos de estas y de otras piezas se dirigían contra el fuerte del Circo, el cual, a la mitad del día estaba con los fuegos apagados, con la batería destruída y con tres brechas practicables. Parece, pues, indicado que el punto de observación que preocupaba a Zumalacarregui era aquel sector del Circo y sus alrededores, que es donde las reparaciones se hacían. Mas se da la circunstancia de que desde el balcón principal del palacio, al General no le era posible observarlo bien. Si acaso, perfilándose respecto de la línea frontal de la balaustrada y alongándose, para darle la cara al expresado sector. O estando en un balcón del costado respectivo, si lo había en aquel tiempo. El palacio tiene, en efecto, huecos en el muro que da sobre las líneas fortificadas del Circo, pero son ventanas, no balcones. ¿Había entonces un balcón? Importa acusar este detalle para extraer la presunción del sitio de donde pudo partir la bala que hirió a Zumalacarrgui.

Dice Madrazo: "Daba el balcón—suponiendo él que era el principal—al barrio de Achuri, y cabalmente en aquellos instantes en que iba a servir de blanco a los disparos enemigos estaba inclinado sobre la barandilla y dando disposiciones a su tropa sobre la colocación de una batería." (1) Risco sigue a Madrazo en esta afirmación. Pirala precisa más, a nuestro juicio, en un alarde de imaginación, porque dice que la batería de Larrinaga, fuerte situado encima del barrio de Achuri—"deshizo una barricada al otro lado de la ría—que amaneció a medio tiro de cañón... y saliendo de sus aspilleras la bala que hirió a Zumalacarregui, bala quizás perdida, de tan graves consecuencias, que cambió la faz de la causa de Don Carlos..." (2).

Testimonio directo de la exacta colocación del General en su observatorio, no tenemos otro que el que nos da Zaratiegui al decir que Zumalacarregui miraba "desde un balcón—no desde el principal—del todo abierto", pero "sin salir a la parte exterior" (3). Si esto era así, mal podía observar con eficacia desde el balcón principal los trabajos de recomposición que hacían los sitiados, porque

(1) Madrazo.—"Historia militar y política de Zumalacarregui".

(2) Pirala.—"Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista". Tomo II de la 2.ª Edición y I de la 3.ª Edición.

(3) Zaratiegui.—"Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacarregui".

carlismo.es

los desperfectos graves estaban en el sector del Circo, y teniendo la fachada frontal del palacio su orientación más sobre el sector de Larrinaga y de Achuri que sobre el del Circo, difícilmente podía ver desde dentro lo que ocurría del lado del Circo y sus proximidades: antiguo portillo de Begoña, portillo de Iturribide, etc. La posición sesgada del palacio respecto de este sector dejaba a Zumalacarregui casi fuera del ángulo de disparos que de ese lado partieran.

Pero hay que insistir que era precisamente ese lado el que más le importaba examinar, porque, abiertas las brechas en el Circo, se intentaba por ellas comenzar el asalto a la plaza. De donde lógicamente deducimos que el punto de observación elegido por el general debió ser el balcón lateral del palacio, caso de haberlo, y si no, se apoyaba, no en el tramo grande de la baranda, sino en el pequeño, mirando al noroeste. Esto supuesto, puede conciliarse la versión de que el disparo partiera del sector de Larrinaga, y lo posible también y, sin duda, más probable, es que la bala que hirió a Zumalacarregui pudo partir del sector del Circo, que es de donde los liberales arreciaban en sus fuegos de cañón y de fusilería, temiendo ser asaltados por aquel punto, el más débil del cinturón defensivo de Bilbao. Se concilian las versiones—decimos—, porque el balcón principal es visible desde ambos sectores, y ahora no hay inconveniente en admitir la afirmación de Madrazo de que Zumalacarregui, al menos en cierto momento, estaba inclinado sobre la barandilla, a pesar del testimonio de Zaratiegui de que observaba desde el umbral, porque era propio del temperamento del gran caudillo, de su valor y de su conciencia del deber sobreponerse al peligro cuando su presencia personal era necesaria en el sitio donde el peligro más amenazara, y aquel balcón, de todos modos, descubría a su vista un conjunto extenso de las posiciones del enemigo.

¿Cómo es que la bala que hirió a Zumalacarregui le penetró de arriba a abajo, si iba dirigida de abajo a arriba?

Fijado así el lugar, es llegada la ocasión de traer a examen la dificultad que párrafos arriba apuntábamos, y se anuncia así:

Sea Larrinaga, sea el Circo o sus contornos, ambos sectores radicaban en puntos bastante más bajos que Begoña, acentuada la diferencia por estar Zumalacarregui en el piso principl del palacio. ¿Cómo es que llevando la bala la proyección de abajo a arriba, fué la penetración de arriba a abajo en la pierna del General? Aquí tienen los forjadores de la leyenda alrededor de Zumalacarregui y la Corte de Don Carlos una cuestión médico-forense, para interpretar-

carlismo.es

la en el sentido de sus interesadas o inconscientes diatribas. Podrán, incluso, decir que algún cortesano, subido al alero del tejado, disparó desde allí e hizo el tiro eficaz. No sería esto cuento de menor bulto que los que han supuesto gran contento en el ánimo del Rey al conocer la muerte del invicto Generalísimo de sus Ejércitos, o el de la carta anónima publicada por Pirala, con todos los honores de un documento histórico, en la que se atribuyó a Zumalacarregui el propósito de hacer marchar a Don Carlos sobre Madrid, mientras él proclamara la independencia de las Provincias Vascongadas, y otras invenciones por el estilo.

No se les ocurrió esta nueva superchería. Pirala habla de la bala perdida. Henningsen afirma que era "una bala que rebotó en una de las barras del balcón, le hirió en la pantorrilla de la pierna derecha, sin tocar la tibia, le fracturó un hueso menor y sin tener fuerza para penetrar mucho, como acontece con los tiros perdidos, quedó incrustada, como dos pulgadas más abajo, en la carne". Bien; pero hay que preguntar de nuevo: Si no procedía la bala de lugar más alto, ¿cómo es que hirió a Zumalacarregui con trayectoria vertical u oblicua en el sentido contrario al de su dirección? Bala perdida no era; por bala perdida se entiende la que no lleva dirección determinada o la que rebasó considerablemente del punto que el tirador eligió como blanco. Tampoco es presumible la desviación por rebote exterior después de chocar en el antepecho del balcón, porque las balas de entonces eran de plomo, sin cobertura de acero u otro metal, y el plomo es más blando que el hierro, y la bala se hubiera aplastado considerablemente. Cuando fué extraída, pudieron verla numerosas personas, y la referencia de Grediaga dice que estaba "un poco aplastada—nada más que un poco—por el lado que había rozado con la tibia". Contra lo que supone Henningsen, es más cierta la calificación del médico, de que el choque fué con el hueso, por la señal ligera del aplastamiento y porque también se advirtió una esquirla ósea al extraerse el proyectil. Además, el choque de éste con el hierro hubiera sido la salvación del General, porque la bala, ya en la última fase de su recorrido, o no hubiera penetrado tan profundamente o hubiérase caído, inerte, sin herir, que esto parecería más probable.

El alcance de los fusiles de aquella época era de 250 metros, con blanco eficaz. Esto nos lleva a la comprobación de nuestro aserto de que la bala que hirió a Zumalacarregui no parece haber par-

carlismo.es

tido de disparo hecho desde el frente de Larrinaga, que distaba del palacio de Begoña 436 metros, y nos da pie para reafirmarnos en que el General carlista u observaba la línea enemiga desde un balcón del muro lateral—si existía—orientado al N. O., que es el que mira al sector del fuerte del Circo, con sus atrincheramientos complementarios, o miraba desde la esquina de este lado del balcón principal; y desde este sector debió de partir la bala, porque la distancia entre el Circo y el palacio era de 273 metros, y desde su piedaño el antiguo portillo de Begoña se cuentan 204, poco más o menos. Este último punto encuadra en el marco de distancias del fusil de aquel tiempo, y el del Circo se aproxima tanto a la cifra de alcance eficaz, que pudo ser eficaz el blanco, como desgraciadamente así ocurrió.

En cuanto a la dirección con que se incrustó en la pierna, de arriba a abajo, a pesar de que la trayectoria desde la boca del fusil al blanco era, según el declive del terreno, de abajo a arriba, la única explicación que se nos alcanza es la que de las leyes de la balística se deduce: la acción de la gravedad hace que el proyectil describa en su movimiento recto una curva, a cuya desviación contribuye también la resistencia del aire, el diámetro y forma de la bala, su peso, etc. No ha de entenderse por este ejemplo que el disparo de fusil sea semejante al del mortero, porque la curva que la bomba de esta pieza realiza obedece a cálculo del que la disparó; y explota cuando cae porque el dispositivo de la bomba a ello la ha predispuesto. La bala de fusil cuando cae, es que va lo que se dice muerta, y carece de energía perforante, y si contusiona, no hiere; mas el buen tirador no proyecta la boca de fuego del fusil sobre el blanco mismo, sino afinando la puntería sobre sitio próximo al blanco para dar en éste, por consecuencia de la parábola, tangente al eje de dirección inicial, que describe el proyectil, siguiendo su trayectoria. No puede decirse, pues, que a Zumalacarregui le hirió una bala muerta, ni quizás una bala perdida. La bala llevó curso normal, y la circunstancia de quebrarse la dirección al chocar con un borde interior del hueso tibia, en la pierna del general, la desvió hacia abajo, aunque parezca inverosímil. En heridas por balas nada hay inverosímil. Los que han estado en campaña habrán visto seguramente casos portentosos. De la Patología Quirúrgica de Nélaton hemos recogido ejemplos a base del examen clínico y de numerosos experimentos hechos por Gerdy. Señalaremos otros fenómenos.

carlismo.es

"A veces, dice el citado libro, el trayecto que recorrió la bala es rectilíneo, y entonces el orificio de salida está diametralmente opuesto al de entrada; pero con frecuencia sufre inflexiones en uno o varios puntos, y toma una dirección angular, curvilínea o sinuosa. De estas desviaciones resulta que el orificio de salida está colocado a veces en una región a que nunca se creyó que pudiera llegar la bala. Estas desviaciones se explican naturalmente por la diferencia de densidad de los tejidos que atraviesa la bala, que se refleja al chocar en sentido oblícuo sobre tejidos resistentes. Las aponeurosis, los músculos en contracción y la piel, pueden ocasionar esta reflexión de las balas. Así es como se ha visto recorrer un trayecto semicircular, aunque los dos orificios directamente opuestos parezcan querer acusar un trayecto rectilíneo; así es como se ha visto penetrar una bala bajo la piel de la frente, cerca de la línea media, y salir al nivel de la protuberancia occipital externa después de haber recorrido todo ese trayecto entre el cuero cabelludo y los huesos. Y lo mismo se observa en el torax y en el abdomen. Dupuytren vió una bala que penetró por cerca del cartílago tiroides, salir a pequeña distancia después de haber descrito un trayecto circular casi completo" (1).

Por lo que se ve, hay en la historia clínica de los heridos de guerra casos más difíciles que el de Don Tomás Zumalacarregui. Para explicárnoslo de una vez, volvamos a conciliar la versión de Zaratiegui con la de Madrazo. Zaratiegui, testigo presencial—repitámoslo—, dice que observaba desde dentro de una habitación del palacio de Begoña; Madrazo, que miraba desde el balcón principal. Esto del balcón principal, aunque sea cierto, parece un rasgo imaginativo, propio de quien, no habiendo presenciado la escena, pero admirando con el recuerdo al héroe, no lo concibe, en aquel trance, sobre un puesto accesorio. Es más espectacular, más propio de aquella gran figura situarla en el lugar más destacado, desafiando la lluvia de balas con que la dibujaban desde el campo enemigo. Pero se trata de un general que siempre estuvo lleno de la conciencia de su misión, y como nos parece haber demostrado, el sitio principal en aquella hora era el balcón del muro del Oeste—si lo había entonces—atalaya sobre las fortificaciones del Circo, que el día anterior habían casi destruido los cañones carlistas, para disponer el asalto, en el caso de que el enemigo no hubiera cubierto las brechas. Pudo Zumalacarregui obtener las primeras observaciones desde dentro de la sala en que estaba; más

(1) Nelatoy.-obra citada.

carlismo.es

pudo también querer afirmar la percepción visual del objetivo que le preocupaba.

Quien haya estado alguna vez en trance análogo, detrás de un parapeto o en cualquier otro puesto de observación, habrá sentido el impulso, casi instintivo, de apoyar el cuerpo y adelantar la cabeza, con el ansia de percibir más detalles de lo que se está mirando. Podemos, pues, suponer, con lógica, que el general se había inclinado sobre la baranda de su observatorio. Su estatura era algo más que regular. No podía, pues, inclinarse con los pies juntos, o, de haberlo intentado, enseguida cambiaría de postura, por sentirse molesto, y más padeciendo como padecía una dolencia renal. Para colocar el anteojo sobre el balcón la posición casi obligada era, pues, la de "a fondo", en la antigua esgrima de fusil, es decir, la pierna izquierda doblada en ángulo recto o casi recto, y la derecha estirada, tensa, apoyándose en la punta del pie. No conocemos exactamente el desnivel entre el balcón del palacio de Begoña y el lugar—sean las fortificaciones, del Circo, sean las de otro sector—de donde partió la bala, para apreciar el grado de oblicuidad de la línea por ella descrita hasta hacer blanco. Ayudemos al lector a resolver esta cuestión.

Le suponemos mejor dibujante que nosotros, que no sabemos dibujar. En un trozo de papel rectangular trace un triángulo obtusángulo bien abierto. El vértice sea el punto de la herida del caudillo carlista, la cual, como se ha dicho, se ocasionó en la pierna derecha, parte interior y anterior, a unos cinco centímetros más abajo de la rodilla; sea la base del triángulo, la línea de fortificaciones defensivas de Bilbao; la línea del lado derecho del observador sea prolongación, desde el empeine del pie de la pierna extendida; sea la línea del lado izquierdo la que siguió la bala. Dibújese luego la silueta de un hombre, de modo que el punto de la herida ocupe el lugar que le corresponde. Gráficamente se verá entonces la posibilidad de que la bala penetrara en la dirección que lo hizo, con sólo suponer el efecto desviatorio que en su marcha produjo el choque con la tibia. Este hueso en su mitad superior está un poco curvado y forma concavidad en la parte anterior, que se corresponde con cierta convexidad por la parte posterior. Al chocar la bala, y supuesta la pierna derecha extendida, la forma cóncava de la tibia en vez de repeler el proyectil, pudo darle impulso para la incrustación en los músculos gemelos que forman en la armazón de la pantorrilla.

carlismo.es

Y no divaguemos más sobre este punto que está ya suficientemente dilucidado a nuestro entender.

Opinión de los autores de «La Galería Militar»

Abstrayéndonos, en lo posible, de juicios y criterios de otros historiadores, hemos procurado formar el nuestro del modo que se ha expresado, puesta la atención objetivamente en los hechos y examinándolos a la luz de la lógica y de un honrado buen sentido. Este es nuestro método, y procuramos y procuraremos seguirlo siempre. Así en el proceso, de suyo interesante, de las circunstancias que contribuyeron a la herida, no de necesidad mortal, del caudillo de las tropas del primer Rey carlista. La mayoría de los que han escrito sobre este caso, no se han preocupado de hallar solución al problema de la dirección de la bala hasta incrustarse en la pierna del general en sentido opuesto al que traía. La rareza del fenómeno, siquiera en su apariencia, invitaba a ello. Pero hemos visto, en el curso de estos libros, que, por interés de secta o partido unos, y por falta de preocupación para el estudio otros, los contrarios y los adictos a la verdad de la historia tradicionalista, todos han conribuido a forjar leyendas y más leyendas. El primero que afirmó que la bala procedía del fuerte de Larrinaga, no adujo testimonio de su dicho (1); menos los que de él copiaron, con cerrazón gregaria, en vez de analizar posiciones y distancias, y, en suma, en vez de acompañarse del sentido común, que es un excelente compañero.

Después de nuestro estudio, la probidad nos manda declarar que hay un criterio, minoritario, con el que coincidimos en líneas generales, sin propósito inical de antemano, en nuestro examen: El de los autores de la "Galería Militar Contemporánea", Chamorro Baquerizo y Gómez Colón, oficiales del ejército isabelino, que se dedicaron particularmente a biografías de los jefes del ejército en aquel período y a estudios histórico-militares.

Dicen como sigue: "Amaneció el día 15 de Junio, y Zumalacarregui, impaciente por el mal resultado obtenido hasta entonces, quiso observar de cerca los reparos hechos en las fortificaciones por

(1) Pirala siguió servilmente a los partes oficiales que formaron el "Diario de las operaciones militares del sitio de Bilbao, según los partes del Conde de Mirasol, Comandante general de Vizcaya" publicados en la "Gaceta de Madrid" del 4 y 16 de Julio de 1835. En el parte del 25 de Junio publicado en la "Gaceta" del 4 de Julio decía el Conde de Mirasol haciendo referencia a la batería de Larrinaga "una de las balas de fusil de sus aspilleras hirió gravemente a Zumalacarregui, que fué conducido en parihuelas a Durango, y desde allí se asegura ha pasado a Oñate". Tal es por lo que dió Pirala, a Zumalacarregui herido por bala procedente de Larrinaga. Sin embargo se ha de reconocer que no era el informe de los sitiados en Bilbao el más indicado para ser recogido como única y verídica versión del hecho.

carlismo.es

los sitiados, a fin de combinar nuevos medios de ataque. Ningún punto podía llenar mejor sus deseos que la casa denominada de Quintana, inmediata a la iglesia de N. S. de Begoña, desde cuyo punto se proponía observar a la simple vista y con el anteojo de campaña, las operaciones de sus tropas y los movimientos y estado del enemigo, pues la enunciada casa por su posición topográfica domina perfectamente a Bilbao y sus cercanías.

"El sitio no podía ser más peligroso, porque la línea de fortificaciones, y la batería del Circo cuyos nutridos y certeros disparos había ocasionado tantos destrozos, se hallaban tan próximas que no sólo los fuegos del cañón, sino también los de fusil, producían considerables daños en el edificio. A pesar de este riesgo inminente, Zumalacarregui subió precipitadamente a una de las salas, se dirigió al balcón principal y le abrió de par en par, proponiéndose salir al dintel (sic). Los oficiales de diferentes gerarquías que le acompañaban, al notar aquel movimiento, pretendieron disuadirle de su temerario empeño, y uno de ellos, le dijo: "Mi general, la muerte de V. E. es segura; el fuego que el enemigo hace sobre este punto es horroroso e intenso, y se aumentará indudablemente al notar que V. E. está en el balcón; permita V. E. al menos que se forme un parapeto.—Un militar nunca teme la muerte, cuando la recibe en cumplimiento de su deber, contestó Zumalacarregui con sombrío semblante; sin embargo, que pongan un colchón". Colocóse en efecto el colchón encima de la barandilla, y Zumalacarregui tendido sobre él de modo que sólo se le descubrían las piernas, se puso a mirar con el anteojo las fortificaciones de la plaza; los sitiados al percibir un bulto en el balcón, redoblaron los fuegos de fusilería en términos, que los oficiales que permanecían en la sala trataron de guarecerse, y le instaron de nuevo a que se retirase; y un centinela del 5.º de Vizcaya, que se hallaba en una de las torres de la iglesia, le dió voces previniéndole la enormidad del peligro; más Zumalacarregui embebido en sus observaciones, no oyó o no apreció en nada estas advertencias, hasta que creyendo haber logrado su objeto se levantó para retirarse; pero en aquel momento se sintió herido (1).

Las diferencias con respecto a estos escritores son que nosotros quisiéramos no decidirnos a aceptar que Zumalacarregui hiciera su observación desde el balcón principal del palacio de Begoña, pareciéndonos más lógico que lo hiciera desde un balcón lateral. Pero como

(1) "Galería Militar Contemporánea" Tomo II.

carlismo.es

no es cosa de construir, en 1943, un balcón, para que existiera ya en 1835, perfilamos sobre él al general, mirando hacia el fuerte del Circo y su sistema de atrincheramientos que estaba hacia el lado derecho del palacio, pues el edificio, como se ha anotado, ofrece una orientación en sesgo respecto de este sector, y sólo desde la esquina del balcón podía ser observado. De lo contrario, tendríamos, contradiciones y contradiciendo a los autores de la "Galería Militar", que dar por buena la referencia que hace proceder la bala desde el fuerte de Larrinaga. Pero Larrinaga—repetimos—está a 436 metros del palacio, y la bala no hubiera hecho blanco eficaz. O del fuerte de Socolaeche directamente en frente del balcón principal y que dista poco menos. Tampoco hubiera sido eficaz el tiro, pues el alcance de los fusiles de entonces no excedía de los 250 metros.

Respecto a la posición en que se hallaba el general, no está muy claro el texto de los autores de la "Galería". Dicen que Zumalacarregui estaba "tendido" sobre un colchón puesto encima de la barandilla. ¿Y cómo se mantenía ese colchón con sólo el apoyo de un ángulo, a lo sumo de dos, de la baranda, si le faltaba el sostén del lado de la pared, con el hueco correspondiente? Aun descansando sobre unos bordes perfectamente rectangulares, hubiérase hundido el colchón al subirse a él el general, y para colocarse detrás de un parapeto que sólo le cubría el pecho hay que suponer que muy impaciente estaría al conformarse con el consejo de los que en aquel momento le acompañaban, pues él, que no perdía detalles, y que, a mayor abundamiento, era inventor de un sistema de trincheras, que imitaron después los ejércitos de Europa, hubiera reconocido como ridículo un simple petil de lana, que no le cubría ni la cabeza, ni los brazos, ni las piernas. Pero en este caso deberíamos leer en la "Galería" que estaba "recostado" en lugar de "tendido", detrás del parapeto del colchón apoyado en la barandilla. La posición de Zumalacarregui sería entonces exctamente la que nosotros admitimos.

No es presumible, pues, otra posición que la indicada por nosotros: la de "a fondo", en la antigua esgrima de fusil: apoyado en la baranda; en ángulo casi recto la pierna izquierda, para obtener la inclinación y extendida máximamente la derecha hacia atrás. A la altura del filo de la baranda, la porción malar o pómulo; el brazo derecho encogido, sosteniendo la parte estrecha del anteojo, el izquierdo extendido, para sostener las vértebras más anchas del aparato óptico: en suma, la posición de un tirador que apunta con su fu-

carlismo.es

sil apoyándose sobre un muro que le alcance a la altura de las caderas. Sólo en esta actitud es explicable que la bala, viniendo de sitio más bajo, le penetrara en la forma que le penetró, es decir, como si procediese de un lugar más alto.

La coincidencia con los autores de la "Galería" está en suponer, y casi asegurar nosotros que el disparo procedía del Circo. Ellos, conociendo tal vez el hecho por referencias de testigos de aquel tiempo, lo aseguran fiados de tales testimonios; nosotros lo aseguramos previo estudio del plano topográfico, que es una realidad permanente, a pesar de las modificaciones que ha sufrido la población. Las distancias de los distintos fuertes aconsejaban la triste preferencia al del Circo, que era el más próximo con el de la Concepción, y porque, además, sobre aquel lugar precisamente, le importaba a Zumalacarregui hacer sus observaciones.

Así, dejando aparte las incidencias en que hay más acentuadas discrepancias y reuniendo en cambio lo coincidente con el examen crítico que antecede, el triste suceso puede resumirse de esta forma:

El general Zumalacarregui con el fin de examinar las posiciones enemigas fué al palacio de Begoña que Oyarzun identifica así: "Casa situada delante del Santuario de Begoña, en el terreno donde se halla la casa de la madre política del recién fusilado D. José María Urquijo, y desde la cual podía observarse las fortificaciones de Bilbao y parte del casco de la población" (1). Esta casa estaba batida por el fuego de fusilería de los cristinos apostados en las aspilleras del Circo. Sea por causa de este fuego, sea que llamara la atención su presencia sólo en la balaustrada, una de las balas dirigidas por los cristinos contra aquel objetivo fué a penetrar en la pierna de Zumalacarregui. Dejemos por ahora de recoger como versión rotunda si, como dice Henningsen, intentó disimular el dolor, o si perdió el conocimiento, como en la versión del P. Risco, quien la quiere sustentar diciendo que "el desmayo de Zumalacarregui se explica perfectamente por no haber comido nada el día anterior ni dormido la noche precedentes" (2), versión sustentada también por Chamorro Baquerizo y Gómez Colón cuando escriben "fué tan intenso el dolor que el general cayó sin conocimiento y acudiendo a sostenerle los oficiales que se hallaban en la sala próxima, le colocaron en una silla. Vino al poco rato el médico de cámara Don Vicente González Grediaga, y

(1) Oyarzun.--"Historia del Carlismo".

(2) P. Risco.--"Zumalacarregui en campaña".

carlismo.es

arrojando un vaso de agua al rostro del herido, logró que éste entreabriese los ojos y recobrase pocos momentos después el habla" (1). Por lo demás ese desfallecimiento, muy explicable, lo calificaban los antiguos con el nombre de estupor, y los modernos lo suelen llamar Shok traumático.

El herido fué trasladado por un camino cubierto a la sacristía de Begoña y, en unas angarillas, a un caserío entre el Santuario y el Puente Nuevo, conocido por la Bolueta. Lo asistió el cirujano mayor González de Grediaga, quien, después de reconocerle, propuso extraerle la bala. Aunque preguntado González de Grediaga si había peligro en la extracción y respondiendo que no lo había, el parecer de los presentes y también del propio general Zumalacarregui, fué que se aplazara la operación. Se le aplicó el bálsamo de Malats (2) que entonces formaba parte de la farmacopea española, y seguidamente lo llevaron a las posiciones carlistas del Puente Nuevo, a donde acudió el general Eraso. Ambos conferenciaron, y Eraso recibió las instrucciones para la prosecución del sitio, al mismo tiempo que las demás ordenaciones, concernientes a la entrega de mando que quedaba desde aquel momento confiado interinamente a Eraso. Después de esta parte, y de haber tomado algún descanso, al manifestar el general que iba molesto en la angarilla, le colocaron en un sofá que fué ofrecido por los dueños de la posada "Las tres hermanas" y que se convirtió en litera, con un toldo de lona blanca.

De Bilbao a Durango: entrevista con el Rey

Así fué conducido a Zornoza, pues Zumalacarregui dispuso que lo llevaran a Durango. En Zornoza, descansó en casa del boticario del pueblo, que estaba situada en la carretera de Bilbao a Durango. Al alivio de la sombra del zaguán, tuvo Zumalacarregui otro momento de reposo y charló afablemente con los que le acompañaban, fumando un par de cigarrillos. Entre los que estaban allí reunidos, figuraba el pagador del ejército Don José María Mendigaña, y al darse cuenta de

(1) "Galería Militar Contemporánea". Tomo II.

(2) El balsamo de Malats era un aceite medicinal compuesto, usado antiguamente como vulnerario y actualmente en desuso. Se componía de 2070 gramos de aceite de olivas, 85 gramos de flores de romero, otro tanto de sumidades floridas de manzanillo, y la misma cantidad de sumidades floridas de cantueso, 170 de flores y hojas de balsamina, y 85 de Bálsamo del Perú líquido. Para su preparación se colocaban las flores y el aceite en una vasija de vidrio de boca ancha, se tapaban con un paño y se dejaba expuesta al sol y al sereno desde el mes de Mayo hasta Octubre. En el mes de Agosto se añadían las hojas de balsamina y en el de Septiembre el bálsamo peruviano. Se colaba después el producto, se dejaba clarificar por el reposo y se les distribuía en frascos que debían quedar llenos y bien tapados. Era indicado como cauterizante y hemóstatico. ("Farmacopea Oficial Española. Sexta edición. Madrid 1886).

carlismo.es

él Zumalacarregui, después de preguntarle por qué le seguía, y de responderle que era por orden de Zaratiegui por si le hacía falta algo, dijo el general carlista. —"Es verdad, no tengo ni un cuarto. Sírvase usted darme treinta onzas por si las necesito, y vuélvase a Bilbao, porque allí hace usted más falta".

Esta que podríamos decir fué la última anécdota de la historia de Zumalacarregui, la acompaña Zaratiegui con la siguiente nota: "Cuando Zumalacarregui fué herido, hacía cuatro meses que ni él ni su Estado Mayor, recibían el tercio acostumbrado de paga, al paso que el soldado y los oficiales empleados en los batallones, estaban al corriente" (1). No es del todo exacto lo que antecede, pues si es cierto que Zumalacarregui y su Estado Mayor estaban atrasados en el cobro de pagas, no lo es que estuviesen al corriente los oficiales del ejército carlista y los voluntarios, de lo que hay pruebas en todos los escritores y, a mayor abundamiento, la realidad, de angustioso apremio del erario carlista, casi exprimido, fué la que obligó al sitio de Bilbao sin más dilación.

De Zornoza fué llevado el ilustre paciente a Durango. Nos describe este camino un testigo ocular: "Había pasado yo la noche anterior cerca de Zornoza, a más de 9 millas, en la carretera de Durango, y allí recibí órdenes para unirme a su Estado Mayor, para el que había sido nombrado, muy temprano, aquella misma mañana. Como yo había estado delante de Bilbao, donde el alojamiento era horriblemente malo, al recibir un segundo aviso, a las nueve de la mañana, no me dí prisa, a causa de haber permanecido todo el día anterior a caballo y estar muy cansado. Cuando llegué al pueblo de Zornoza, se me hizo saber que había sido llamado tan temprano por que el General estaba herido, y querían que acompañara a Burgess, cuya asistencia médica se precisaba, y quien tenía dificultades para hacerse entender. El había salido hacía ya media hora. Salí deprisa, pero sólo llegué a Bilbao cuando el general era llevado, con cama y todo, por la carretera, por doce soldados. Parecía que sufría, pero hablaba y fumaba un cigarrillo durante todo el camino como si nada le hubiese sucedido. Burgess no había examinado la herida, pues sólo había llegado a tiempo de unirse a la comitiva. Pero por la descripción dada por el médico que le atendía, era de escasa importancia. A pesar de esto, la necesidad de separarse del ejército y el no poder dirigir las operaciones del sitio, parecía que turbaban su mente. A lo largo de

(1) Zaratiegui.—"Vida y hechos de Don Tomás Zumalacarregui".

carlismo.es

la carretera, la noticia de que Zumalacarregui había sido herido, corrió como una exalación; los campesinos y soldados se agrupaban alrededor de su lecho; tomó chocolate dos veces durante el camino, diciendo: "Supongo que no podré tomar nada más", lo que los doctores—doctores de 1835—confirmaron, porque los de hoy pensarían de distinto modo, como veremos más adelante. "Debido a la lentitud de nuestra marcha, era ya anochecido cuando llegamos a Durango" (1). En Durango se había preparado para recibirle una de las mejores casas de la ciudad, en frente de la residencia del Rey. En ella le esperaban los ministros Cruz Mayor y conde de Villemur. Según Henningsen los recibió con aspereza, y al preguntarle si le dolía la herida, contestó bruscamente: "¿Se imaginan que una bala a través de la pierna no duele?" Después de instalado fué González de Grediaga al alojamiento del Rey a requerimiento de éste para que le informara. El Rey le preguntó sobre el estado de la herida y se interesó además por si tenía alguna complicación. González de Grediaga, teniendo en cuenta que Zumalacarregui estaba desde hacía algún tiempo enfermo, le manifestó que temía que así sucediera. Por último, quiso saber Don Carlos si el herido continuaría asistido en Durango, pero González de Grediaga le dijo que Zumalacarregui había dispuesto ir a Cegama. Entonces el Rey le dijo, que dijera a Zumalacarregui que no saliera de la ciudad antes de ser visitado por él.

De regreso González de Grediaga al domicilio de Zumalacarregui, encontróse que estaba presente el cirujano de Carlos V, Don Teodoro Gelos (2), además del cirujano inglés Federico Burgess. Inspeccionada la herida no hallaron gravedad alguna. Supo entonces González de Grediaga que Zumalacarregui había mandado a buscar un cierto curandero al que conocía desde la infancia.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, el Rey visitó a Zumalacarregui: "había lágrimas en los ojos del Rey, la entrevista fué muy tierna; Zumalacarregui estaba muy pálido y exhausto por haber dormido muy poco durante la noche" (3). González de Grediaga, que ha dejado una memoria detallada de la herida, enfermedad y muerte de

(1) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacarregui".

(2) Teodoro Gelos.—Era Alavés.—Fué Cirujano de Carlos V y gozó de gran influencia en el Cuartel Real. Siendo uno de los elementos más destacados del grupo intransigente, Maroto, al preparar su traición le desterró a Francia en 1839.

(3) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacarregui".

carlismo.es

Zumalacarregui (1), nos dice que habiéndole instado el Rey para que permaneciera en Durango, le contestó Zumalacarregui que estaba decidido marchar a Cegama y que no dudaría el Rey de que así se haría, dado su carácter. Zaratiegui describe así la escena, aunque no fué testigo ocular como él mismo declara: "Colocóse junto a la cama y con la bondad que lo caracteriza entabló un breve coloquio con el herido, no habiendo ocurrido en este acto cosa alguna notable más que reconviniendo afectuosamente Don Carlos a Zumalacarregui por haberse expuesto tanto, le contestó éste: "Que no haciéndolo así, nada podría adelantarse: que demasiado había vivido ya, y que en aquella guerra tan desigual y destructora, por necesidad debían morir cuantos la habían comenzado" (2).

Madrazo, que es el que da más minuciosos detalles de la muerte de Zumalacarregui, que debió recoger de los testigos y de los familiares, nos relata la entrevista en términos muy distintos al tono con que nos la quiere presentar el P. Risco. Este autor nos presenta a Zumalacarregui al dirigirse al Rey, y así comenta, al decirle Zumalacarregui que todos los que la han comenzado deben morir: "El Rey tragó la píldora y torció la conversación" (3). Madrazo, que no era carlista, acota los hechos con más serenidad y ponderación: "La tierna e interesante entrevista de Don Carlos y su caudillo tuvo lugar en las primeras horas de la mañana del día 17. El Príncipe, con las lágrimas en los ojos, se sentó junto a la cabecera de la cama del enfermo, y con aquella bondad que formaba la base más esencial de su carácter, se enteró minuciosamente del estado de su caudillo, dirigiéndole cariñosas reconvenciones por haberse expuesto a tamaño peligro. Zumalacarregui, pálido y fatigado, se esforzaba por corresponder con semblante risueño y con palabras entrecortadas a las afectuosas que salían de los labios del Príncipe. Reprodujo éste su reconvención, y entonces, reanimándose un poco las abatidas facciones del herido, replicó con bastante entereza que de nada tenía que arrepentirse; que de no haber arriesgado su vida, nada se hubiera adelantado; que demasiado había vivido ya, y que en aquella guerra, tan desigual y destructora, la muerte era el mejor premio que debían esperar cuantos la habían comenzado. Al terminar la visita, el general manifestó su resolución de que le llevasen al pueblo de

(1) Documento n.° 3 en el Apéndice Documental.

(2) Zaratiegui.—"Vida y hechos de Don Tomás Zumalacarregui".

(3) P. Risco.—"Zumalacarregui en campaña".

carlismo.es

Cegama, pensamiento al que se opuso Don Carlos, presentándole todos los perjuicios que podrían acarrearle la falta de quietud y el excesivo calor. Estas y otras reflexiones, hijas del cuidado que ponían todos en la conservación de una vida tan interesante, no produjeron otro efecto en el carácter tenaz y poco dócil del enfermo que el de hacerle insistir con mayor empeño en que la marcha se llevase a cabo sin detención" (1).

Cortejo bélico y campesino

Terminada la visita regia, se dispuso la marcha a Cegama. Pasaron el primer día por Abladiano, Elorrio y Elgueta, llegando por la noche a Vergara. No concuerda la "Memoria" de González de Grediano con el itinerario que trazó el P. Risco, y nos parece que el primero, aunque formaba parte de la comitiva, debió sufrir confusión, pues dice que antes de llegar a Vergara descansaron en Villarreal, que es posterior en la ruta seguida, donde se les unió el curandero Pedro Tellería, conocido por "Petriquillo", al que había ido a buscar el capellán Zabala, por orden de Zumalacarregui. El P. Risco coloca la reunión del curandero—de tan funestas consecuencias—al grupo del herido y sus acompañantes en Elgueta, pues es indudable que por la noche en Vergara "Petriquillo" estaba presente. Madrazo sigue otra versión, y afirma que Zumalacarregui y sus acompañantes, después de pasar por Vergara, pernoctaron en Anzuola. Puede no haber en esto contradicción, porque, llegada la comitiva a Vergara con las últimas luces, pudo seguir hasta Anzuola, tres o cuatro kilómetros más, no tan penosos porque a los fieles granaderos que llevaban sobre sus hombros al general les daría en la frente la brisa de la noche y llegarían a tiempo de descansar en la nueva población. Al amanecer del día siguiente, se dejó la villa de Anzuola para dirigirse a Ormaiztegui, uniéndoseles antes de llegar a la cuna de Zumalacarregui su hermano don Eusebio y su sobrina doña Eusebia Aizquibel y Zumalacarregui. Se llegó al pueblo natal del paciente, donde descansó en casa de su hermano. Por Beasain torcieron, derivando por el camino real, que tiene un ramal hacia Segura, y aquí se les reunió el ayudante y segundo secretario de Zumalacarregui, don Carlos de Vargas. El coronel Vargas estaba curándose de las heridas recibidas en campaña, y, aunque convaleciente, andaba con dos muletas. Con Vargas se agregó el practicante que le asistía, don Juan Cruz Boloqui. El médico inglés Burgess, habiendo recibido orden de reincorporarse a su unidad,

(1) Madrazo.-"Historia militar y política de Zumalacarregui".

carlismo.es

marchó entonces a Bilbao para asistir a los heridos carlistas. Debió irse algo sorprendido de los procedimientos primitivos de cirugía empleados por el "Petriquillo", aunque en la clínica de su maestro, Sir Astley Copper, había visto, sin duda, las más audaces operaciones quirúrgicas, porque este ilustre profesor tuvo fama de ser el operador más atrevido de su tiempo, y eran objeto de admiración sus intervenciones. Pero nada comparable a la inconsciencia de "Petriquillo", porque la ignorancia no reconoce dificultades.

Sobre la simple reseña de esta expedición que nos legó la historia, tiende el espíritu sus alas para intuir matices que apenas dibujan los cronistas. Las gentes salen al paso de su héroe, curiosas y conmovidas. "¡Pobre tío Tomás"!—exclamaría la unánime lamentación—. Parecía imposible que una bala hubiera llegado a tocarle, y de manera estúpida, sin actividad combativa, sin refriega, a él, que tantas veces resolvió trances de grave compromiso, poniéndose al frente de un puñado de sus voluntarios, en empeñados episodios, en medio de las batallas.

Iba de extraña manera conducido, sobre un sofá, que resguardaba del rigor del sol una toldilla improvisada, tremolando al viento. ¡Sarcasmos de la vida, que juega con los más eminentes hombres para advertirnos a los mezclados sin relieve bajo el rodar del rasero cuán deleznables son las vanidades humanas! Cierto es que este caudillo no pecó de vanidoso. Era harto recio en lo moral y en lo físico para descender en lo frívolo. Su pelliza, su boina y su fusta, sin condecoraciones al pecho, sin fajín bordado a la cintura. Así iba siempre. No servía para general de salón. Su ambiente era el campo, por techo el cielo, por paredes las rocas, por alfombra la hierba, por perfume el sano olor de las plantas labiadas, el espliego, el tomillo, el romero, que distraídamente apuñaría al pasar, mientras escalaba alguna altura, escogida como atalaya para observar los movimientos del enemigo. Hombre al natural, sin que le faltaran modales distinguidos, propios de su hidalga condición, parecía burlarse de él el destino, al colocarlo, en la omega de sus días, sobre aquel armatoste, que nada tenía de cesáreo carro triunfal y sí bastante de chinesco palanquín. Pero a lo exótico de tales andas, sobrepujaba su propia persona de hombre de occidente, de acusadas facciones, de color sanguíneo, de fuerte musculatura. Y ayudábanle a destacarse y sobreponerse del menguado porte de la litera los que la conducían, grupo macizo de hombretones, que adelantaban como gigantes, sin mengua de salpicar con

carlismo.es

algunas lágrimas el orgullo de conducir sobre sus hombros la honorable carga del que les enseñó a batirse por la fe y a defender los lares con intrepidez y tesón no superados por ninguna fuerza combatiente.

Cifraba por entonces en la mocedad el autor de la **Tetralogía** donde están engarzados los poemas sinfónicos **Ocaso de los dioses** y **Murmullos de la selva,** que la generación inmediata al tiempo de Zumalacarregui admiraría con deleitable estupor. Digno motivo para la inspiración de Wagner hubiera sido este cortejo, a la vez bélico y campesino, que va por las calzadas del país vasco. A falta de helicones, figles y darrucófonos, violines y violoncelos, flautas y oboes, trompas, arpas y atabales, expresivos de acentos onomatopéyicos, vibran aquí el cordaje de los bosques de Vizcaya y Guipúzcoa, el rezongo de los ecos de las cañadas, foces y desfiladeros, la salmodia del agua en las rompientes de los ríos, y todo armoniza para acompasar la marcha de aquellos caminantes que iban, sin saberlo, aunque con el temor del presentirlo, conduciendo a su gran capitán a la sepultura... Rumor del viento en los añosos robledales; sordo chirrido del trigal de escanda—paja recia, grano apegado al cascabillo, como un símbolo de aquella raza, siempre afecta al regazo de sus tradiciones—; al pasar el héroe y como miniatura de sus huestes, ofrécenle los guindos racimos de sus retintos frutos; se inclinan con rústica cortesanía las hayas para saludar al defensor de las vascas tierras; el maizal le brinda sus mazorcas, de forma cilíndrica, como proyectiles artilleros, con su cúpula terminal y en ella una llamarada de rubias fibras; el castaño, cuando, bajo su sombra, en el desmayo del crepúsculo, acertara a pasar la caravana, intentaría encender de amarillo sus todavía verdes pábilos, para alumbrar la ruta; el pino, a falta de índole para abatirse fácilmente, tendería su larga sombra sobre el polvo del sendero como para barrerlo, en homenaje a tan gran señor, ya derribado de la altura colosal de sus triunfos.

Toda aquella naturaleza tuvo, sin duda, constantes sugestiones para formar el carácter de este hombre de hábitos sencillos, indomable en sus convicciones, firme en el deber, nunca envanecido en los éxitos de su carrera militar, insensible al apetito de las recompensas, pues ninguna superaba a la íntima satisfacción de servir sus propios ideales. Las contadas onzas que le dió el pagador es fama que las repartió entre los granaderos que le transportaron.

A quien tan humilde fué y por Dios peleaba, dióle Dios recompensa, de su humildad condigna; humilde fué su caída al golpe de

carlismo.es

una bala, en recinto cerrado, sin apenas espectadores; humillación aquel estupor traumático que le hizo perder el sentido; humilde la procesión de su traslado, como humilde será su muerte, entre unos pocos íntimos, lejos del lugar en que tronaba a guerra y de su ejército, que no pudo despedirlo ni rendirle en masa los últimos honores.

La muerte vence al que nadie había vencido

Llegado a Cegama, se hospedó el ilustre herido en la casa de una sobrina suya, y entonces comenzó el martirio, ya que el desacuerdo entre los facultativos y el curandero era patente, apoyando unos a este último y oponiéndose González de Grediaga a las prácticas de "Petriquillo". Es de notar que, pese a todos, y, según el relato de Madrazo, Zumalacarregui no pierde de vista la causa del Rey; "Zumalacarregui, en tanto, a pesar del estado de postración en que se hallaba, entabló correspondencia con el general Eraso, que, como hemos dicho, le había sustituido en el mando de ejército. Todo su anhelo en aquellos momentos y el principal objeto a que se dirigían sus comunicaciones eran que se levantase el sitio de Bilbao, no cesando de encargar que, en caso de continuarlo, y en el inverosímil de que las tropas carlistas ocupasen la plaza, se guardasen las mayores consideraciones a las propiedades y personas de cuantos ingleses y franceses vivían en la villa, por interesarse en ello la formalidad de una promesa hecha por él solemnemente a los cónsules de Inglaterra y Francia" (1). Dado el carácter de Zumalacarregui, no es de extrañar que no tuviera entusiasmo para hacer el sitio de Bilbao un prolongado asedio, aunque sobre el particular no queda bien claro el pensamiento del general carlista a través de los historiadores. Unas veces lo presentan como queriendo levantar el cerco, y otras como disponiéndose a llevarlo a término. En el mismo Madrazo existe esta contradicción: "El día 18, día en que celebraba la Iglesia la festividad del Corpus, apenas terminó don Eusebio Zumalacarregui sus deberes religiosos, marchó desde Ormaiztegui a ver a su hermano, el cual, sin darle el tiempo necesario para descansar de su viaje, le mandó que pasara al sitio de Bilbao y dijera de su parte a Eraso que se sostuviese y procurase por su salud, pues él pasaría por allá dentro de veinte días, montado a caballo, y volvería a encargarse del mando de las tropas" (2). Como se ve, nada hay que nos confirme lo dicho por Zaratiegui,

(1) Madrazo.—"Historia militar y política de Zumalacarregui".

(2) Madrazo.—"Historia militar y política de Zumalacarregui".

carlismo.es

de que emprendió Zumalacarregui el sitio de Bilbao, sin aceptar la responsabilidad, pues se consideraba dimitido. Es más cierto que en la cama continúa interesándose por las operaciones militares, da consejos, pide a Eraso, muy enfermo de tuberculosis, que se cuide, y que le mantengan las fuerzas hasta que él vuelva a tomar el mando en jefe.

Sin embargo, todas estas esperanzas de Zumalacarregui fueron contrarrestadas por los que le asistían. Una operación que se había considerado no debía ser realizada, según el dictámen de González de Grediaga, y consumada por Gelos, Boloqui y "Petriquillo", agravó de tal forma el estado del general, que pronto se dieron todos cuenta de que aquella vida estaba en inminente peligro. Un cuñado de Zumalacarregui, fray Cirilo, se preparaba para marchar a Segura, en busca del P. Pasajes, para que confesara al moribundo, pero ante la gravedad y el avance del mal, comprendiendo que no se llegaría a tiempo, se hizo la indicación a Zumalacarregui, quien, comprendiéndola, se dispuso a recibir los últimos auxilios de la Religión. Confesó, pues, con fray Cirilo, y recibió el Santo Viático y después la Extremaunción, con pleno conocimiento y respondiendo él mismo a las oraciones del sacerdote. Hizo después testamento, en el que dispuso como última voluntad: "Dejo mi mujer y tres hijas, que es lo único que poseo."

Después el enfermo entró en un estado de excitación, y luego fué extinguiéndose lentamente, hasta entregar el alma en las manos del Señor a las once menos cuarto de la mañana del día 24 de Junio.

Los altos juicios de Dios y los juicios mezquinos de Maroto

Generalmente se había considerado la muerte de Zumalacarregui como un caso de infección tetánica, pero ningún síntoma de esta terrible infección pudo ser apreciado. Sólo la malevolencia pudo atribuir siniestros propósitos a algunos personajes carlistas contra la vida de Zumalacarregui. Alguien se había atrevido a escribir: "Parecía natural que Don Carlos y toda su comitiva sintiesen la pérdida de un hombre que por tantas ocasiones los había libertado de caer en manos de las numerosas fuerzas que en todas direcciones les perseguían; pero el mundo entero se asombrará al saber que el día en que se recibió la noticia de su fallecimiento estuvo muy lejos de ser de tristeza para todo el Cuartel Real, habiéndole oído decir al mismo Don Carlos con la mayor indiferencia estas palabras: "¡Los altos juicios de Dios! ¡Son cosas que Dios hace!", y al través del velo de esta conformidad religiosa, a pesar de algunos honores militares acordados al cadáver del ilustre guerrero, se descubría en el semblante del Príncipe cierta

carlismo.es

tinta que indicaba la satisfacción de verse libre de hombre temido y sospechado, del que ya no se creía necesario, y cuyo galardón era la indiferencia y el olvido de sus eminentes servicios" (1).

Pirala, como se puede ver cotejando su relato y el texto que reproducimos, no hizo más que copiar lo anterior, la primera parte como de cosecha propia (quizá también la segunda, porque se atribuye a él todo el escrito de la "Vindicación"), y la segunda como relato de un personaje. Pero sepamos antes el valor que tiene el texto reproducido. Aparenta ser escrito por el tristemente famoso, baldón de su familia, carlista intrigante y traidor, Rafael Maroto, y decimos que aparenta serlo, porque, por su torpeza en escribir, ni siquiera supo redactar el Convenio de Vergara, que irá siempre aparejado al deshonor de su nombre. Este general, que vende cobardemente al ejército que le ha sido confiado; que entregó las posiciones carlistas a Espartero, su camarada ayacucho; este hombre, que no dudó en abrir el paso para su traición, fusilando, sin Consejo de Guerra que le precediera, a los generales que se habían dado cuenta de su cobardía y de su indignidad es el único testigo que poseemos para decirnos que Carlos V se alegró de la muerte de Zumalacarregui. Y decíamos antes que al hacer suya la "Vindicación" Pirala, quizá recogía lo que de su propio puño era, por cuanto siempre se ha atribuido al historiador cristino, masón y esparterista, la paternidad de aquel lamentable escrito. Y así como acusa a Carlos V de estar satisfecho por la muerte de Zumalacarregui, lo cual es una bellaquería, así también considera al gran general carlista como un presunto asesino tipo Maroto. "¡Cuántas veces no se le oyó a Zumalacarregui, en los momentos de su enojo por los ultrajes que recibía, asegurar que marcharía al Cuartel Real con un batallón para fusilar a cuantos en él encontrara, exceptuando al Príncipe!" (2). Esta atribución gratuita nos recuerda cómo Maroto anunciaba que quería marchar contra el Cuartel Real para fusilar a los ministros y consejeros de Carlos V en los días en que preparaba la traición de Vergara. Es decir, que atribuía a Zumalacarregui los instintos bajos y miserables que le guiaban a él mismo. Así es como se ha ido estableciendo la leyenda negra del carlismo. ¿No nos dice el mismo Maroto: "¡Cuánto no sufrió Zumalacarregui en la época de su mando,

(1) "Vindicación del general Maroto y Manifiesto razonado de las causas del convenio de Vergara, de los fusilamientos de Estella y demás sucesos notables que les precedieron". Madrid 1846.

(2) "Vindicación del general Maroto".

carlismo.es

desde la entrada de Don Carlos en las provincias!"? Pues bien, el que leyera esto solamente de los análisis cristinos, creería que la venida a Navarra de Carlos V agravaba la situación de la Causa en el Norte, y estropearía los planes de Zumalacarregui, cosa que también afirma. Un personaje carlista que no figuraba en el grupo de los "exaltados o apostólicos", es decir, que era considerado transaccionista, nos va a revelar la verdad del por qué de la ida de Carlos V a Navarra. Se trata del barón de los Valles, quien en comunicación oficial, dando cuenta de su entrevista con el Zar de Rusia en Enero de 1838, relata su conversación con Nicolás I, y sobre la ida a España de Carlos V dice lo siguiente: "S. M. me hizo después muchas preguntas sobre el viaje del Rey de Londres a España. *Cómo pudisteis—me dijo —reasumir sobre vuestra cabeza tan gran responsabilidad? Una carta de Zumalacarregui había hecho saber a S. M. que si no se presentaba pronto en medio de sus fieles súbditos, se vería precisado a deponer las armas" (1). Es corriente en la historia carlista que por haberse descuidado o no sabido colocar un documento en su punto preciso, no se haya conocido la verdad y haya triunfado la mentira o el error.

Vivía todavía Maroto cuando sus afirmaciones gratuitas quedaron pronto deshechas, en un libro que, si tuvo dificultades para circular, no fué ello debido a Maroto, sino a la autoridad isabelina, hasta que por sentencia judicial se arrancó el derecho de poderlo vender al público aunque, a pesar de todo, se le pusieron trabas para ello. Dice este carlista con contundente lógica: "Y no empañarán por cierto en lo más mínimo las malignas insinuaciones con que Maroto pretende en vano hallar alguna disculpa a los hechos que tan alta reprobación han merecido, aun de aquellos en cuyo favor se consumaron. Tal es, en efecto, el fin que se propone este general al querer presentar a Zumalacarregui en absoluto desacuerdo con el Príncipe, cuya causa tan bizarramente sostenía, suponiendo gratuitamente que si aquel esclarecido jefe hubiera sobrevivido a su última herida, hubiese venido a parar en la defección de Vergara, en odio a la conducta de Don Carlos y de sus cortesanos, a quienes, añade Maroto, amenazó muchas veces Zumalacarregui que iría a fusilar en el mismo Cuartel Real..., imputaciones odiosas que rechazan con unánime energía cuantos han podido apreciar las virtudes de aquel héroe; cuantos no tengan un

(1) Marqués de Miraflores.- Memorias para escribir la historia de los siete primeros años del reinado de Doña Isabel II". Tomo II.

carlismo.es

interés directo en prestar una tintura menos ingrata a la traición indisculpable, queriendo asociar a ella el alto prestigio de un personaje, cuyo nombre impone a todos respeto" (1). Y entrando ahora en la insidia de la "satisfacción" con que se acogió la nueva de la muerte por Carlos V, leemos en el mismo autor unas brillantes palabras que restablecen los hechos en el campo de la lógica, donde sale siempre triunfante la verdad.

"Debe preceder a la merecida respuesta a una insigne calumnia, con que Maroto pretende agraviar al Príncipe proscrito. Dice de éste que no sintió la muerte de Zumalacarregui; que en su interior se alegró de tal acontecimiento, y que los eminentes servicios de aquel célebre caudillo fueron premiados después de su muerte con la indiferencia y el olvido. Nosotros, por el contrario, hemos afirmado y afirmamos de nuevo que Don Carlos lloró amargamente la muerte de su mejor general. ¿Y cómo no había de suceder así? ¿Puede nadie olvidar que el Infante tenía amor a sí mismo, amor a su causa, amor a la Corona que defendía y por cuya posesión tanto había sufrido? Pues quien ama el fin, ama los medios; y los medios son amados con tanto mayor intención cuanto mayor es la aptitud de los mismos medios para el fin propuesto. ¿Y podría nadie desconocer, y menos Don Carlos, la aptitud, la incomparable aptitud de Zumalacarregui para llevar adelante y a buen término la comenzada guerra? La portentosa y no interrumpida serie de triunfos que parecerán fabulosos a las edades venideras; la rapidez de sus brillantes conquistas; el amor ciego, la ilimitada confianza de todo el ejército y de los pueblos hacia este general; el terror que infundía a sus enemigos, que de día en día le iban cediendo el campo, ¿pudieran pasar desapercibidos para el Príncipe en cuyo obsequio cedían todas estas ventajas, que él mismo presenciaban, que él mismo admiraba? ¿No es público que por ello han querido criticarle sus enemigos, que esta admiración era tan grande que Don Carlos se persuadía de que sus armas estaban especialmente protegidas por la Providencia? Y en tal caso, este fanatismo que tanto se ha exagerado, ¿no había de dictarle el amor y hasta la veneración del instrumento por medio del cual le proporcionaba Dios tantas y tan insignes victorias, con tan escasos recursos? Además, ese ponderado fanatismo, no le hubiera gritado entonces "Digitus Dei

(1) "Resumen histórico de la campaña sostenida en el territorio Vasco-Navarro a nombre de Don Carlos de Borbón de 1833 a 1839, e Impugnación del libro que sale a luz con el título de "Vindicación del general Maroto", por Un amigo en el mismo país". Madrid 1846. Tomo I

carlismo.es

est hic", con tanto mayor motivo cuanto viera que Merino y Cuevillas, con 20.000 hombres, que nunca tuvo nuestro héroe, habían desaparecido en Castilla como el humo; el barón de Hervés sucumbiera en Valencia, contando con más elementos de los que tuvo Zumalacarregui en un principio, y el mismo ejército vasco-navarro había sido derrotado y deshecho y reducido así a la nulidad, hasta que el gran caudillo se presentó y recogió sus restos expirantes? ¡Y precisamente iba Don Carlos a desconocer todo esto en los momentos críticos en que más alto rayaba la fama y la admiración de aquel genio; cuando mayores y más rápidos triunfos estaba acumulando sobre la causa que defendía; cuando había concebido y empezaba a ejecutar el plan decisivo, por medio del cual se propusiera sentar en breve al Príncipe sobre el trono!

"Por otra parte: si tan temido o aborrecido era Zumalacarregui, hasta el punto de desear y celebrar su muerte, ¿cómo no se le admitió la formal dimisión que hizo en Vergara? Esto era tanto más sencillo y hasta natural, cuanto que era notoria la falta de salud del general dimisionario. ¿Se dirá tal vez que nadie se atrevía, que se temió el disgusto del Ejército? ¿Y cómo se atrevieron y no temieron entonces, según dice Maroto, a maltratarle y oponerse a sus planes de campaña, obligándole también a emprender operaciones que repugnaba?

"Es de histórica notoriedad y lo aseguran los que han escrito acerca de esta guerra, así amigos como enemigos de Don Carlos, que éste, a la muerte de Zumalacarregui, se halló perplejo, anonadado; que no sabía cómo ni quién podría sustituir a aquel caudillo; que se vió acosado por mil rivalidades y ambiciones que despertaron pronto; que el ejército cayó en un desmayo espantoso y amagaba una inminente disolución, en tanto que los cristinos celebraban la muerte de dicho jefe como el mayor de los triunfos, y creyeron ya infaliblemente terminada la guerra por esta causa en su favor. ¿Y es posible que, aun cuando hasta entonces hubiese podido desconocer el Infante el gran mérito de su general, en tales circunstancias, en vista de lo que pasaba en uno y otro campo, no hubiera sentido y llorado amargamente aquella pérdida inmensa, irreparable?..."

Y prosigue el mismo autor: "Por último: ¿qué hecho puede citarse en las relaciones de Don Carlos con su general, que acredite semejante invención? ¿Será acaso (limitándonos a los más inmediatos a su muerte) la prontitud con que el Príncipe, al recibir la dimi-

carlismo.es

sión de Zumalacarregui, corrió a Vergara, para hacerle desistir, como lo consiguió, sin emplear otra autoridad que la del afecto? ¿Acaso será el haber ido Don Carlos muy de madrugada a visitar al herido en Durango, conversando familiarmente con él, prodigándole dulces palabras de cariño y de consuelo, y rogándole que permaneciese allí a su lado durante la enfermedad? ¿Será acaso la solicitud con que el Príncipe remitió al enfermo dos de sus facultativos y dos ayudantes de campo, para asistirle, y les previno que de hora en hora informasen al Cuartel Real los adelantos de la curación? O tal vez será... Pero concluyamos: ¿En qué datos apoya Maroto su aserto? ¿Qué prueba aduce contra las razones luminosas que acabamos de omitir? Ninguna, absolutamente ninguna. Tan sólo dice que "el día que se recibió la noticia del fallecimiento de Zumalacarregui estuvo muy lejos de ser de tristeza para todo el Cuartel Real, habiéndole oído al mismo Don Carlos con la mayor indiferencia: "¡Los altos juicios de Dios! ¡Son cosas que Dios hace!..." Advertimos desde luego que Maroto no fué el que oyó estas frases, puesto que a la sazón se hallaba al frente de Bilbao; y lo desafiamos a que nombre una sola persona viva que las haya oído con esa indiferencia que supone: siendo muy extraño que este general no se hubiese apresurado a designar la persona o las personas que le refirieron lo que él, sin haberlo visto, asegura; cuando ya debía contar con que en cosas tan delicadas y controvertidas y denunciadas por él en propia defensa, no se le debía creer bajo su palabra; y menos si se atiende que en otras más graves acusaciones, como luego no vacila el mismo Maroto en comprometer los nombres de sus mayores amigos. Y más podemos asegurar, que la segunda expresión puesta en boca de Don Carlos no es suya ni la dirá nadie que haya tratado a dicho Señor, con el criterio suficiente para observar el lenguaje místico y elevado que emplea siempre que habla de Dios, mucho más en ocasiones tan solemnes como la de que nos ocupamos.

Refutación de otras especies inmeditadas o calumniosas

"Aun admitidas tales expresiones como dichas por aquel Príncipe, sólo Maroto pudiera encontrar en ellas otro sentido que el de la heroica resignación y piadosa conformidad con que el ilustre proscrito ha soportado siempre los más acervos golpes de la desgracia: el eco del dolor que busca en la religión un consuelo" (1).

Tal es el personaje carlista que Pirala aporta como testigo con

(1) "Resumen histórico... e Impugnación de la Vindicación de Maroto". Tomo I.

carlismo.es

las siguientes palabras: "Si hemos de creer a uno de los personajes que se hallaban en la corte carlista" (1). Pero no da el nombre, por cuanto el de Maroto no podía ser garantía de nada. Mas como el historiador liberal ha sido considerado como básico para el estudio de la historia del carlismo, ha rodado la bola, y la falta de discreción de unos y la pereza de otros han permitido que subsista la leyenda negra. Mas Pirala no tenía bastante: convenía que el nombre de Zumalacarregui estuviera manchado del todo. Para ello acude al procedimiento de publicar una carta que titula interesante y que dice pertenece a persona respetable—algún Maroto u otro por el estilo—, en la que se supone que Zumalacarregui estaba en relación con Luis Felipe de Francia. "Parece cierto—dice—que en una conferencia que tuvo aquel jefe con Don Carlos el 2 de Junio último, le dijo: vuestra Majestad nos está engañando con sus pretendidas relaciones y su gran partido en las demás provincias, pero le declaro que si en todo Julio no se pronuncian éstas, le daré a V. S. el pasaporte para que se retire al extranjero, pues mis intenciones no son las de pasar el Ebro para colocar a V. M. en el trono." Así es que se asegura que Zumalacarregui, tomado que hubiese a Bilbao, y con los recursos que esta villa le hubiese proporcionado, pensaba sublevar las provincias limítrofes y hacerlas marchar en masa sobre Madrid con Carlos a la cabeza, quedando él con sus fuerzas sobre el Ebro. No se sabe cuáles fueran las miras secretas de Zumalacarregui, aunque hay barruntos para creer trataba de declarar la independencia de las provincias". Así, una carta sin firma, dirigida a una letra inicial con puntos suspensivos y entre un "parece cierto", un "se asegura" y "un no se sabe", terminando con "unos barruntos", presentaba a Zumalacarregui como un separatista vascongado, algo así como un precursor de los "gudaris" de Aguirre, aliados de los rojos españoles" (2).

Porque los enemigos del carlismo nunca se pararon ante escrúpulos morales vemos al vanidoso marqués de Miraflores considerando que Zumalacarregui no fué a las filas carlistas por lealtad al Rey ni por convicción de ideas, sino para vengarse de injurias (3); pero

---

(1) Pirala.—"Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista". Tomo II de la 1.ª y 2.ª Edición y tomo I de la 3.ª Edición.

(2) A su tiempo señalaremos cómo el liberal y masón Avirancta fué el que incitó el odio de los vascongados contra los demás españoles, para favorecer la causa cristiana contra los carlistas.

(3) Marqués de Miraflores.—"Memorias para escribir la historia de los siete primeros años del reinado de Doña Isabel II". Tomo II

carlismo.es

todo ello va a palidecer cuando tratemos de la leyenda negra en su última versión en orden cronológico de publicación.

Al prologar don Ramón Oyarzun—carlista de buena fe, sin duda, pero irreflexivo hasta no ver que le arrastra la corriente—su traducción de la obra del capitán Henningsen, ha escrito: "El estrago de aquella bala perdida, cuya herida no era mortal, lo completaron cirujanos y curanderos, o torpes o malvados; hay quien les acusa de envenenamiento; recoge esta versión nada menos que el distinguido coronel Wylde, que estuvo agregado durante toda la guerra el ejército de la Reina" (1). Hemos de convenir que el prólogo de Oyarzun debió pasar casi enteramente desapercibido, pues nadie ha recogido la grave acusación por él lanzada, apoyándose "nada menos" que en la opinión del coronel Wylde, que en este orden de cosas no tenía la menor autoridad como testimonio. Pero más tarde, al publicar otra obra el señor Oyarzun, ha vuelto a tratar del mismo asunto, inclinándose ya decididamente por el envenenamiento de Zumalacarregui. Oyarzun se basará para ello en testimonios de la época, pero no del campo carlista, sino del campo liberal, es decir, en enemigos acérrimos de Carlos V y Zumalacarregui. Aunque es difícil, a través del texto del señor Oyarzun, saber delimitar lo que él acepta y lo que pertenece a otros autores, que ha utilizado, podemos tener la convicción de que no se atrevió a lanzar los nombres de un Maroto, de un Arizaga, de un Lassala, de un Pirala ni ninguno de los detractores del carlismo. Le ha competido, pues, a él la triste gloria.

Dice Duncan, citado por Oyarzun: "Esta narración de su herida y de su muerte parece sencilla y natural, y no despertaría ninguna sospecha en la mente del lector. Pero en el diario de un comisionado inglés, Wylde, que estaba en la corte de Don Carlos a raíz de un asunto que surgió como consecuencia del Convenio de lord Eliot, hay un párrafo sorprendente. "Hay—dice—muy buenas razones para creer que Zumalacarregui fué envenenado y que no murió a consecuencia de su herida. Era odiado por los consejeros de D. Carlos; pero su pérdida será amargamente sentida." Hubo, evidentemente, más que sospechas acerca del asunto, o estas palabras no habrían sido escritas, y cuando se fija uno en las circunstancias de la muerte del general carlista, se ve que confirman dolorosamente la teoría de que se obró con perfidia.

(1) Prólogo de Román Oyarzun en su tradición de "Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacarregui", por C. F. Henningsen, capitán de lanceros de Don Carlos.

carlismo.es

"En primer lugar se puede preguntar: ¿Por qué se llevó a un hombre herido treinta millas por las carreteras españolas, lejos del ejército que él había mandado con tal brillantez, el que se hubiese alegrado de festejar su curación o rendir todos los honores a su entierro? Pero cuando nos fijamos en nuevas circunstancias como las que se dan en el caso, cómo este valiente y casi invencible caudillo fué enterrado con precipitación y secretamente antes de transcurridas las veinticuatro horas de su muerte, y de noche, que hasta se había despedido la guardia, y solamente habían quedado cuatro soldados rasos para depositar su cadáver en la tumba, y que no se solicitó ni se permitió un examen para confirmar la causa de su muerte, la persona menos sospechosa empezaría a dudar. Sus dudas le llevarían a investigaciones más profundas, y sabría que el Dr. Burgess, el médico particular de Zumalacarregui, se hubiese encargado al momento de este asunto, pero no se le permitió tenerlo bajo su dirección. La opinión general era que si el Dr. Burgess hubiera extraído la bala inmediatamente, Zumalacárregui se hubiese salvado", esto lo dice Bollaert. Aquel que sospechase se hubiese enterado también que los cirujanos españoles que extrajeron la bala, operación que se había retardado cruelmente, lo hicieron con tanta torpeza, que bajo su brutal tratamiento el paciente se desmayó. Entonces viene la frase que deja perplejo: "Para aliviar el dolor parece que le dieron una dosis excesiva de opio, y poco después de extraerle la bala murió delirando." Naturalmente, que es muy posible confundirse sin obrar de mala fe; un cirujano poco afortunado, no siempre es un asesino; pero hay de cualquier modo el derecho a esperar que la narración del fracaso sea por lo menos verosímil. En el caso de Zumalacarregui no fué así. Cuando su propio médico—por otra parte equivocado, como luego comprobaremos—, a quien no se le había permitido curarle, se enteró de la muerte, preguntó por la causa inmediata de este desenlace, y el cirujano le aseguró "que murió de fiebre, a la que no dieron importancia, tres horas después de haberle extraído la bala". Parece innecesario decir más. Pero la misma autorizada persona continúa diciendo sin comentarios: "El mencionado cirujano desertó de los carlistas poco tiempo después."

"Pudiera parecer—aunque no se debe dar demasiada importancia a las palabras de los moribundos—que el mismo Zumalacarregui sospechaba o temía un trato desleal. Entre sus últimas palabras, antes de su confesión final al sacerdote, se cita la siguiente: "¿Muere un

carlismo.es

hombre por una sola bala?" Las molestias causadas por la herida habían sido ligeras, hasta tres días antes de morir; por lo tanto, su asombro fué extremo cuando se le anunció la inminencia del fatal resultado" (1).

Ya que el señor Oyarzún no consideró oportuno estudiar el texto que reproduce, vamos á hacerlo nosotros. Oyarzun se limita a decir: "las circunstancias de su muerte han dado lugar a muchas discusiones y conjeturas". Para evitar el apasionamiento o el prejuicio en escritores españoles, vamos a concretar lo que escribe un autor inglés bien documento, el comandante de Artillería Duncan, "The English in Spain", en un capítulo titulado "La muerte de Zumalacarregui".

Comencemos por indicar que Mr. Francis Duncan, autor cristino, se basó absolutamente en documentos liberales para escribir su libro (2). Los testimonios que nos trae son los de los liberales ingleses, muy pro-isabelinos, el coronel Wylde y el general Dickson; además, la obra de Williams Bollaert, quien escribió sobre las guerras civiles de Portugal y España (3). No aporta en conjunto el mayor Duncan más que las cosas que se decían en los campamentos isabelinos de la Legión británica.

Sabiendo quién es el autor, fácil es seguir el razonamiento. Se extraña de que al herido se le llevara treinta millas por carreteras españolas. Claro que si era la guerra en España, debían ser españolas las carreteras. Pero es extraordinario que se extrañe de que lo aparten del lugar del combate. Hasta ahora, cuando el estado de la herida lo permite, siempre, ya se trate de generales como de jefes, oficiales o soldados, se les evacua del frente. La herida no era tan simple que permitiera esperar una pronta cura, y hubiera sido un motivo de dificultades mantenerlo en la línea misma de batalla. Todo esto es de sentido común en Sanidad militar. Acotémoslo con sucintas afirmaciones de un tratadistas de cirugía castrense, el mayor O. G. Spencer (4): "En el campo de batalla sólo puede prestarse un pri-

(1) Oyarzun.--"Historia del Carlismo".

(2) Duncan--"The English in Spain or de story ot the war of Succesion between 1834 and 1840 compiled from the letters of generals Wylde, Dickson... Introduction by the general W. A. Askwith. Londres.

(3) William Bollaert.--"The Wars of Succesión of Portugal and Spain from 1826 to 1840". Londres.

(4) "Cirugía Militar", por el Mayor C. G. Spencer en la obra "Tratado de Cirugía", publicado en inglés bajo la dirección de C. C. Choyes, B. Sc., M. D., F. R. C. S. y J. Martín Beattie, M. A., M. D. M. C., Traducción al castellano bajo la dirección del Dr. Ferrer Piera. Tomo I. Barcelona 1914. El apartado que acabamos de resumir contiene la siguiente bibliografía: Bowley

carlismo.es

mer auxilio..." "Debe aplicarse el apósito de urgencia, teniendo cuidado de no contaminar la herida al quitar los vestidos y querer sacar la sangre, lo cual significa frotar sobre una piel sucia"... "La parte herida debe inmovilizarse, particularmente si se trata de una fractura"... "En todas las heridas, excepto las ligeras, es necesario la morfina"... "No debe sondarse ninguna herida"... "En la ambulancia de campaña no debe practicarse ninguna operación que por la falta de medios puede posponer la seguridad del paciente". "No son satisfactorias las condiciones para el trabajo quirúrgico; es difícil de obtener la limpieza quirúrgica, el agua puede ser mala y escasa, pequeño el fuego para hervirla, y tanto el personal como el material, son limitados"... "Es, por lo tanto, evidente la conveniencia de no operar en la ambulancia". "Las fracturas deben inmovilizarse para el transporte"... "En los grandes hospitales semipermanentes, ya sea en la línea de comunicaciones, ya en el cuartel general, no hay las dificultades para el trabajo que hay en el campo de batalla"... "Las balas que han quedado alojadas en el cuerpo, no deben tocarse si no hay alguna indicación especial, tal como dolor por compresión de un nervio, dificultad en los movimientos de un miembro, o una fístula que provenga de la bala. Muchas veces se han sacado sin necesidad"... "Una arteria rozada por una bala, puede dar lugar a hemorragia secundaria por necrosis de sus paredes, especialmente en heridas sépticas"... "Las fracturas de los huesos largos son muy frecuentes y a menudo graves"... "Una bala, al chocar con un hueso a corta distancia, muchas veces se destruye, la cubierta se rompe y el plomo se aplasta o se rompe en pequeños pedazos que se alojan en la región"... "Cuanto mayor es la distancia, más disminuye la intensidad de la lesión, el número de fragmentos es menor, éstos son de mayor tamaño, no están desplazados en tanta extensión"... "En el tratamiento de las heridas por arma de fuego, es de gran importancia el prevenir la infección"... "En el campo debe aplicarse el apósito de urgencia y fijarse el medio con férulas provisionales". "En la ambulancia de campaña debe limpiarse la piel e inmovilizarse la fractura para el traslado del enfermo al hospital"... "La amputación puede ser necesaria en casos de supuración, si el enfermo está en peligro por absorción séptica..."

---

y Wallace, "A Civilian War Hospital"; Graf y Hildebrant", "Die Werwundungen durch die Moderne Kriegsfeuerwaffen", Berlín 1907; Makins "Surgical Experiences in South Africa" Spencer, "Gunshots Wounds"; Stevenson (dirigida por) "Report in the Surgical Cases in South Africa"; Transactión of the Royal Medical and Chirurgical Society", volumen LXXXIII. Debate de Treves, Mac Cernac y otros.

carlismo.es

Anotado lo precedente, próvido en temas cuyo amplio desarrollo nos apartaría por demás de nuestro objetivo estrictamente histórico, y en este caso muy específico, volvemos al asunto principal.

Sigue diciendo Duncan, y a lo que parece asintiendo Oyarzun, que no lo discute, que Zumalacarregui fué enterrado antes de transcurrir las veinticuatro horas de su muerte, y de noche, cuando en realidad, habiendo fallecido a las once menos cuarto de la mañana del 24, no recibió sepultura hasta el 25 por la mañana, es decir, a las veinticuatro horas, y en pleno día. También dice que se había despedido la guardia, cuando lo cierto es de que la compañía de infantería carlista que estaba en Cegama, fué reforzada por otras dos que llegaron de Segura, y juntas le rindieron los honores. Continúa diciendo Duncan que "solamente habían quedado cuatro soldados rasos para depositar su cadáver en la tumba", y por el testimonio del coronel Vargas, sabemos que conducían las borlas de la caja, los coroneles Berdiel y Tous (1), y los comisarios Peso y Aramburu. Además, asistió el Ayuntamiento en pleno de Cegama, el Cabildo de Segura, los ayudantes de Zumalacarregui, Lacy (2), Cacés y Plaza (3), el capitán don Simón Capapé, los oficiales que estaban en Cegama y, entre los particulares, el hermano de Zumalacarregui, don Eusebio, su cuñado fray Cirilo (4), y las sobrinas del general. Si esto lo llama el Mayor Ducan enterrar "con precipitación y secretamente", no sabemos lo que entendería por un entierro público.

Desaparecidas estas primeras preocupaciones, que parece han hecho mella en el señor Oyarzun cuando no las rectifica, pasemos al tratamiento de la herida. Según el Mayor Duncan, el doctor Burgess, era el médico particular de Zumalacarregui, en lo que no estamos conformes, pues el cirujano inglés tenía a su cargo la asistencia al escuadrón de la Legitimidad. El cirujano del Cuartel Real, era González de Gredilla, quien como se sabe, en el momento de ser herido Zumalacarregui, estaba en la sacristía de la iglesia de Begoña, es decir, en-

(1) Joaquín Tour. Era valenciano, fué coronel y mandó el 2.° de Castilla.

(2) Gabriel de Lacy y Bugoyó. Nació en 1802, en Alicante. Sirvió en la Guardia Real de Fernando VII y era capitán cuando comenzó la guerra civil. Fué Jefe de E. M. de la expedición de Negri y luego de la División de Navarra en 1839, ascendiendo a Brigadier. No aceptó el Convenio de Vergara, emigrando a Francia, pero después se acogió a la amnistía —Reynaldo de Bread dice que en 1875 lo conoció en Madrid, entusiasta de la causa de Carlos VII ("Carlistas de antaño").

(3) Tomás Plaza. Pertenecía a Caballería y había asistido a la reunión de Aguilar de Codesp en 1833.

(4) Fray Cirilo de Pamplona. Era hermano de doña Pancracia Ollo, esposa de Zumalacarregui. Terminada la guerra marchó a América, sirviendo en las misiones.

carlismo.es

frente de la casa donde fué herido el general. La retirada del herido de aquel lugar, según el informe de González de Grediaga, se hizo porque el general manifestó un vivo deseo de que lo sacaran de dicho sitio. Una vez ya en la posada de las Tres Hermanas, el cirujano propuso extraerle la bala, y dice en su informe: "el general y los que le acompañaban se opusieron abiertamente". Insistió de nuevo González de Grediaga, pero no se le permitió. Zumalacarregui entonces, ordenó que se le trasladara a Durango. Por lo tanto, el Doctor Burgess no hubiera podido extraer la bala inmediatamente como dice Bollaert, reprodúce Duncan y traduce sin objeción Oyarzun, ni lo hubiera hecho en aquel lugar, porque no era un cirujano improvisado. El traslado a Cegama lo dispuso Zumalacarregui, contra la opinión de González de Grediaga, contra la opinión de Carlos V, y contra la opinión de los generales Iturralde y Villarreal. Intentó González de Grediaga convencer a Zumalacarregui, pero éste no quiso escucharle y le anunció que había mandado buscar al curándero "Petriquillo", quien "me sanará o me mandará al otro mundo", según frase de Zumalacarregui. Hasta ahora, todo cuanto aducimos lo extraemos de dos documentos oficiales o casi tales, que son la Memoria de González de Grediaga y la carta del coronel Vargas al coronel Zaratiegui (1).

Ahora recojamos lo que otro historiador bien informado dice, y es que el general, "persuadido de que los dolores generales que sentía procedían de la bala, mandó resueltamente que se le extrajese como único medio de calmarlos" (2). Esto no lo dice González de Grediaga, y se comprende, por su animosidad contra Gelos, Bolloqui y "Petriquillo". Y por fin, recojamos lo de que el cirujano desertó de los carlistas poco tiempo después. ¿Qué cirujano? González de Grediaga no desertó, y su Memoria dice textualmente: "Aunque he permanecido en la artillería y después trece meses en el Estado Mayor..." Lo que abona nuestra opinión. Gelos era el cirujano del Rey; podía ser más o menos inteligente, pero tampoco debía ser un ignorante, como pretende González de Grediaga. No desertó: fué desterrado por Maroto después de los fusilamientos de Estella, por ser enemigo de la transacción. Bolloqui siguió en el batallón de Guías de Navarra, al que pertenecía cuando murió Zumalacarregui. Quien escapó fué Tellería, "Petriquillo", que huyó cuando la triste realidad hizo patente su ignorancia y su fracaso, pues dice la Memoria, que bajó a la cuadra,

(1) Documento núm. 4 en el Apéndice Documental.

(2) Madrazo.–"Historia militar y política de Zumalacarregui".

carlismo.es

dispuso su macho y desapareció sin decir una palabra. Pero contra lo que dice el Mayor Duncan, éste no era cirujano, es decir, que de los cuatro, es el único que no era cirujano.

"Para aliviar el dolor, parece que le dieron al general una dosis excesiva de opio, y poco después de extraerle la bala murió delirando". Esto es de Henningsen. Pero si la operación fué a medianoche, y Zumalacarregui murió a las once de la mañana, poco más o menos, hay un espacio de tiempo que no permite llamarlo "poco después". Pero además conservó el general sus facultades, puesto que "a una ligera insinuación hecha con maña, bastó para que el enfermo manifestase que lo deseaba, y aprovechando tan feliz coyuntura, recibió con cristiana confianza los auxilios de la religión". También dice que junto con el médico de Segura, le asistió González de Grediaga hasta que expiró, y en la Memoria, éste afirma que "conservó su conocimiento hasta el último instante".

Si en lo que nosotros podemos comprobar, el informe de los que dieron noticias a Duncan está lleno de tan enormes como mal intencionados errores, ¿cómo podemos dar crédito en la cuestión de unas razones que se invocan, pero que no se dan, para sustentar la cuestión del envenamiento? Oyarzun debía por su parte haber analizado y hecho la crítica más elemental del texto antes de aportarlo a los lectores españoles. Pero a Oyarzun el sentido crítico de la historia, sin el cual no existe historia, se le escapa. Si lo hubiera tenido, y esto es su disculpa, no hubiera reproducido de "un coronel que fué testigo ocular", la relación de cómo fué herido Zumalacarregui, la más fantástica, la más novelesca, la más teatral, la más romántica, pero también la más inverosímil y la más falsa con que termina su capítulo IV.

La herida de Zumalacarregui ante la terapéutica quirúrgica moderna

Como para hacer historia hay que volver la vista atrás, sin abstraerse del presente, pues la finalidad instructiva de la historia se obtiene de la comparación de los tiempos, nos ha parecido interesante contrastar si el gran general carlista hubiera curado de su herida sometiéndose a lo que enseña y prescribe la terapéutica quirúrgica moderna. A base, pues, de la memoria facultativa del médico González de Grediaga, hemos consultado a un eminente cirujano de Sevilla, don Luis Vázquez Elena. Nuestra entrevista no pasa de ser una amistosa conversación. No estimamos prudente abusar del tiempo que a sus muchas ocupaciones profesionales dedica el ilustre operador, y a base de la Memoria de Grediaga, se limita a glosar los extremos que le acotamos: "Propone aquí el médico de Zumalacarregui, desde el pri-

carlismo.es

mer momento, la extracción del proyectil." Si se le hubiera operado con el mayor escrúpulo aséptico, no hubiera llegado a determinarse la septicemia, que seguramente fué la causa de la muerte del general.

"Pero en el primer momento hubiera sido suficiente reconocer y limpiar la herida al exterior, con sumo cuidado, y cubrirla con el apósito de urgencia. No se limita a esto Grediaga, porque habla en su informe de "reconocimiento interno o sondaje", y esto excede de la elemental primera cura, que suele realizarse en las inmediaciones de la zona del combate, y ese sondeo pudo determinar por sí la infección, porque ni el medio que rodeaba al herido, ni el estado, seguramente falto de esterilización—que en esta época no se usaba—de los instrumentos empleados ofrecían las necesarias garantías. En general, la terapéutica quirúrgica repugna los sondajes en los frentes de guerra, si no se practican como preliminar de la intervención definitiva, la cual, naturalmente, ha de hacerse con los máximos cuidados asépticos."

Se detiene en otro pasaje del informe, y dice: "El traslado, largo y a hombros; los nuevos reconocimientos que se le volvieron a hacer por los cirujanos y el curandero, sin procederse a la extracción del proyectil decididamente y con la pulcritud debida; las fricciones bruscas que "Petriquillo" le dió, las unturas de manteca común, vivero, probablemente de gérmenes nocivos, provocaron la reabsorción de los exudados que la herida tenía, e hicieron que entraran en el torrente circulatorio más cantidad de elementos comunes de la supuración, y, por lo tanto, tras aquellas maniobras, los dolores aumentaban, y los síntomas observados, como la orina oscura y escasa, la aceleración del pulso, la fiebre alta y remitente, la respiración fatigosa, etc., van descubriendo el proceso septicémico.

Sigue el Doctor Vázquez Elena pasando las hojas de la Memoria, y ahora comenta: "Las dos sangrías, en vez de beneficiar al herido, restaron defensas a su organismo. La aplicación de sanguijuelas, que produjo evacuación abundante de sangre, contribuyó también a disminuir las defensas orgánicas del paciente... Hoy los métodos son del todo contrarios, es decir, que se prescriben pequeñas transfusiones de sangre que aumentan las defensas orgánicas. También hoy se le hubiera prescrito a aquel herido algunos alimentos sólidos. Los antiguos prejuicios que ordenaban, sin discernimiento alguno, la dieta hídrica, a la menor presencia de la fiebre, no cuentan para la medicina moderna.

carlismo.es

El Doctor Vázquez Elena vuelve a aplicar a modo de lupa sus lentes sobre el escrito de Grediaga—por otra parte, bien pergueñado y expresivo—, y sonríe benévolamente:

"—Da pena—dice—la satisfacción que manifiesta aquí el médico cuando el día 19 de Junio advirtió como una señal de mejoría, que, aunque en cierta cantidad, la herida de Zumalacarregui supuraba; efecto que él atribuía a la repetición de las cataplasmas y otros emolientes que había receptado. Pero, es que en los estados septicémicos apenas hay supuración..."

"En la tarde del mismo día observa frecuentes alteraciones del pulso. Era la pusemia, que se denuncia por esas oscilaciones de la temperatura. Esto demuestra que no era la dolencia hepática, que principalmente preocupaba a Grediaga, sino la herida, la septicemia, la que iba consumiendo la recia naturaleza de Zumalacarregui. La herida en sí, no puede decirse que fuese mortal. La hicieron grave las circunstancias conocidas: primera, la costumbre de mandar, propia del general, y la de obedecer sin discusión cuantos le rodeaban, que debieron evitar a todo trance que se entregara en manos de un curandero. Si en las primeras horas se hubiese hecho una limpieza absoluta de los tejidos mortificados no hubiera habido dificultad en llegar al foco de la bala y extraerla... Verdad es que en aquella época los médios antisépticos no ofrecían la garantía que hoy se registra; pero si en la primera hora se hubiera hecho un amplio descubrimiento para la extracción del proyectil, dejándolo abierto, otra hubiera sido su suerte. En nuestra Cruzada se han salvado muchas vidas merced a los progresos de la ciencia operatoria. Yo repugno hasta el mayor extremo el proceder a la ampútación de miembros afectados por heridas, incluso por balas explosivas, como he tenido muchos casos. En todos se ha logrado la curación sin que procesos sépticos presentados la malograran. Para dominar la infección hemos empleado, gracias a Dios con éxito, las sulfamidas, en inyecciones y por vía interna. Hemos obtenido resultados sorprendentes.

Una existencia tan gloriosa como la del gran general español, cuyo genio admiraba—y sigue admirando el mundo entero—era digna de mejor suerte."

Interesante es la opinión de este ilustre cirujano, que viene a coincidir, por cierto, con las de otras eminencias médicas en el diagnóstico de la dolencia que acabó con la vida de Zumalacarregui. La conclusión no puede ser más opuesta al envenenamiento.

carlismo.es

Zumalacarregui murió de septicemia

El doctor Julio Gárate escribía ya en 1930 que debía atribuirse a una septicemia (1). En 1935, este mismo escritor se reafirma en su opinión: "A mí me parecía más probable una septicemia, leyendo la descripción médica del apéndice de Pirala, y no creo en el envenenamiento que apuntaba el coronel Wylde, según el prólogo del señor Oyarzun" (2).

El autor del artículo "Zumalacarregui", de la Enciclopedia Espasa, atribuye la causa inmediata de la muerte a una infección tetánica. No es de esta opinión el doctor don Julián Guimón, quien después de un estudio crítico de la enfermedad, se expresa: "La muerte parece, según todos los datos, debida a una reabsorción pasiva provocada en un foco infectado y en un organismo sensibilizado por absorciones anteriores. Es una forma de muerte por septicemia que es desconocida en la actualidad por el mejor criterio que universalmente se aplica a los traumatismos infestados. Pero es bien sabido que absorciones que ponen en peligro la vida del enfermo son todavía frecuentes en maniobras operatorias cuidadosas de tejidos infestados.

"Signos de tétanos no aparecen por ninguna parte. No los hay, desde luego, hasta el momento de la extracción. Tampoco aparecen en las diez horas que subsiguen a ésta. Se describe una forma rara de tétanos agudos que evoluciona en veinte y cuatro o treinta y seis horas con aparición rápida de trimus y de otras contraturas; pero nada de esto se ve en el cuadro descrito con tanta minuciosidad en el documento" (3).

Después de la muerte del Caudillo

Nos hemos entretenido largamente sobre todo lo que hace referencia a la muerte de Zumalacarregui, porque después de la "Historia del Carlismo", de Oyarzun, era necesario esclarecer los hechos. Casariego ya dió su opinión contraria al envenenamiento (4), pero la índole de sus notas no le permitían la extensión. De no enfrentarnos sería y definitivamente contra los que han considerado que algo extraño hubo de ocurrir, y que nada se hizo para evitarlo, como pretende el Mayor Duncan, no serían solos Villemur y Cruz Mayor los que quedarían manchados, sino también el Rey, que habría asistido impasible y habría permitido tal crimen. Villemur murió en el Cuartel Real de Estella conservando los altos honores, y Cruz Mayor prosiguió hasta el fin

---

(1) Julio Gárate.--"Revista Internacional de Estudios Vascos". San Sebastián, 1930.
(2) J. Gárate.--"¿De qué murió Zumalacarregui?". Bilbao 1935.
(3) J. Guimón.--"Revista Clínica de Bilbao"
(4) Casariego.--Notas a la "Historia militar y política de Zumalacarregui", de Madrazo, en la edición de Valladolid, 1941.

carlismo.es

de la guerra su labor de diplomático por la causa de Carlos V. Si éstos fueron los culpables de la muerte de Zumalacarregui, Carlos V habría sido el amparador y protector de los asesinos, y nada más opuesto al carácter sereno, noble, piadoso y bondadoso del fundador de la dinastía carlista.

No se permitió, en verdad, que se hiciera la autopsia al cadáver. Quien piense en la tristeza del anfiteatro de disección de un hospital, lo que es el cuerpo humano destruido friamente por las herramientas quirúrgicas, sentiría tristeza en pensar que el cuerpo de nuestro gran capitán se viera rasgado por los bisturís de los cirujanos después de su muerte.

Los funerales se hicieron conforme a las disposiciones del Cuartel Real, asistiendo el Director general de artillería carlista, hombre de la intimidad de Zumalacarregui, en representación de las más altas autoridades del Estado legitimista, el Mariscal de Campo don Joaquín de Montenegro, y en la iglesia de Cegama recibió sepultura entre las oraciones de los sacerdotes y el llanto de sus familiares, subordinados y del pueblo que le recuerda.

Un autor carlista contemporáneo escribe: ¿Será preciso que digamos el dolor profundo que la muerte de Zumalacarregui esparció por todo el Ejército? ¿Dudará nadie de que Don Carlos lloró esta pérdida irreparable con la más honda amargura?

"El Ejército no quiso creer semejante desgracia. Todo se lo figuró, menos que pudiera ser cierta. ¡Era tan alta la idea que había formado de su querido general! ¡Era tan íntimo el amor y la especie de culto que tributaba a su amado caudillo, que se habían familiarizado sus tropas con el pensamiento de mirarlo como a un ser superior a los demás hombres y a las leyes de la humanidad. En una palabra: el amor, el respeto y la adoración de los soldados de Zumalacarregui hacia su general habían anticipado a éste su merecida inmortalidad histórica, elevándola en su mente hasta confundirla con la inmortalidad física. Pero al fin los voluntarios tuvieron que ceder sus divinas ilusiones a la tremenda realidad. A la preocupación sucedió la duda, a la duda la desesperación y a la desesperación el desaliento y el marasmo. El Ejército y el país todos lloraron la muerte de Zumalacarregui con la misma sinceridad, con la misma intención y amargura con que los buenos hijos lloran la muerte de su padre. ¡Ah! ¡Bien hicieron en suprimir la pompa de los funerales y la oración fúnebre! ¿Qué voz ni qué elocuencia pudiera sustituirse ni compararse a aquel magnífico

carlismo.es

y grandioso concierto que formaba el llanto general de un ejército de veteranos y un pueblo virtuoso elevando unánimes al cielo sus quejas y sus plegarias en alas del dolor más tierno y sublime?..." (1).

Cuenta Madrazo que "aquellos soldados, tantas veces conducidos a ella por el caudillo guipuzcoano, al adquirir la noticia de su muerte, hubieron de sentirla tanto, que se apoderó de ellos un dolor furioso, aunque momentáneo, que les predisponía para las más heróicas acciones. Si la consternación del general Eraso y de cuantos dirigían en aquel día tristemente célebre las operaciones del sitio, hubiera permitido aprovechar aquel rabioso furor, la plaza de Bilbao hubiera sucumbido infaliblemente al vigoroso empuje de las fuerzas carlistas" (2).

Como dice el autor que copiamos,, el dolor por la muerte de Zumalacarregui fué llorado por los leales carlistas de España entera, y muy particularmente por aquellos que estaban en las zonas donde imperaban los cristianos. Un ejemplo entre muchos: Vivía entonces en la ciudad de Sevilla un anciano sacerdote, tan piadoso como caritativo, tan buen español como buen sacerdote. Era el Deán Miranda (3), que se habían ilustrado por su entereza cuando la invasión de los franceses, hasta quedar su nombre inscrito en la Historia de España con letras de oro. Oigamos a su biógrafo: "¡Qué cosa, pues, tan justificada, tan natural, tan católica como que nuestro Señor Deán dirigiese con amargura sus recuerdos hacia los montes de Navarra, llorando en secreto la muerte del gran Zumalacarregui, acaecida en Junio de 1835, como había llorado poco antes la del brigadier Malavila y compañeros sacrificados en Sevilla en aras de sus políticas convicciones!" (4).

Se ha dicho que con la muerte de Zumalacarregui, Don Carlos perdió la corona y la guerra quedó decidida en favor de los liberales. Y esto lo dicen cuando después de relatar la muerte de Zumalacarregui los mismos escritores deben proseguir su relato de la guerra llenando páginas y páginas para exponer los acontecimientos que le sucedieron. Fué la muerte de Zumalacarregui pérdida irreparable, pero no

(1) "Resumen histórico.. e Impugnación a la Vindicación de Maroto".

(2) Madrazo.--"Historia militar y política de Zumalacarregui".

(3) Fabián de Miranda y Sierra. Eminente personalidad del legitimismo español y relevante figura de nuestra guerra de la Independencia. Nació en Entrago (Concejo de Teverga) en Asturias, el año 1737. Canónigo Doctoral de Zamora y luego Deán de Sevilla, cuando la guerra de la Independencia figura al frente de la resistencia sevillana al invasor. Miranda falleció a los noventa y nueve años de edad, fiel a sus principios. Se distinguió por su gran caridad. Sevilla se honró dedicándole una calle que todavía conserva.

(4) Cayetano Fernández.--"Don Fabián de Miranda, Deán de Sevilla. Cuadros históricos de la vida de este sacerdote, insigne y venerable". Sevilla 1883.

carlismo.es

como dice Madrazo, que "el glorioso laurel de la victoria no había de ceñir ya más las sienes de los defensores de Don Carlos, condenados por la fatalidad a contemplarlo marchito en las corbatas de sus banderas" (1). No es verdad tampoco lo que dice Chao: "Don Carlos no perdió sólo en él un capitán ilustre; perdió al poderoso aliento que podía reanimar galvánicamente el envejecido principio que representaba. Luego veremos palidecer su estrella para extinguirse al fin" (2).

La guerra no quedaba perdida para la causa de Don Carlos. Si bien el hombre genial había desaparecido, quedaban excelentes militares a las órdens del Rey. El maestro dejaba una generación selecta de discípulos que se afanarían por seguir sus huellas. Los nombres de Eguía, Gómez, Villarreal, Zaratiegui, Eraso, González Moreno y la ascendente figura de Cabrera, demuestran que no era por falta de militares y de valor castrense por lo que iba a languidecer el campo carlista. Sin duda, ninguno de ellos tenía el relieve del genio de Zumalacarregui; pero cualquiera de ellos podía codearse con el mejor general isabelino.

Un escritor militar escribió las siguientes sensatas palabras: "La muerte de Zumalacarregui fué sin duda para su partido una gran pérdida, como debía serlo la de un hombre de una influencia tan poderosa, tan personal y tan directa. Mas como dejó un ejército en cierto modo ya formado, como estaba ya fijo el plan de aquella guerra, se había sistematizado la táctica que convenía a los ejércitos del Pretendiente, arreglándose las juntas y el método de sus recursos, y formándose sobre todo jefes capaces de llevar al cabo, cada uno por su parte, lo que le estaba acometido, no fué seguido dicho acontecimiento de los resultados que debieran esperarse. Por otra parte, no debemos olvidar que cuando ocurrió esta falta, ya habían conseguido sobre nosotros nuestros enemigos, todas las ventajas á que podían aspirar racionalmente en las tres provincias vascongadas y Navarra. El país era moralmente todo suyo, a excepción de Pamplona, Vitoria, algunos puertos de la costa y los fuertes que ocupamos sobre el Arga y la orilla izquierda del Ebro. Se podía decir que eran dueños de todo el territorio circunscrito actualmente por la línea de bloqueo" (3).

Murió Zumalacarregui, pobre. Su mujer y sus tres hijas era cuanto poseía, aquel a quien llamara un cierto día Quesada, jefe de ladrones.

---

(1) Madrazo.—"Historia militar y política de Zumalacarregui".

(2) Chao.—Continuación a la "Historia de España" del Padre Mariana. Tomo VI.

(3) Evaristo San Miguel.—"De la guerra civil de España". Madrid 1836.

carlismo.es

Aquel hombre genial moría en la indigencia. Catorce onzas de oro, resto de aquellas que le habían dado en Zornoza, que hizo distribuir a los soldados que estaban allí, tres caballos con sus monturas, una mula, tres pares de pistolas, un sable, una espada, una escopeta de caza, el anteojo que le regaló Lord Eliot formaban todos sus bienes. Antes de morir, había entregado a su sobrina Eusebia Manuela, que le había acompañado desde Ormaiztegui y se había constituído en su enfermera, unas medallas y objetos religiosos que llevaba siempre pendientes de su pecho el invicto Zumalacarregui: Medallas de Nuestra Señora del Pilar, de San Antonio de Padua y de Nuestra Señora de Aranzazu, un Cristo de oro y una cruz de Jerusalen, acompañando su donativo con las siguientes palabras: "Sobrina de mi alma, nada te puedo dejar que aprecies más que estas efijies, que te recordarán a tu tío; no las abandones nunca de tu seno" (1).

En el mismo día que murió el Caudillo, Carlos V, le ascendió a Capitán General de los Reales Ejércitos y concedió a su esposa Doña Pancracia Ollo, una viudedad consistente en el sueldo íntegro de Capitán General (2).

El sepulcro de Zumalacarregui, perenne puesto de mando

El Rey piadoso había dicho, desahogando su dolor con la resignación de un buen cristiano: "¡Los altos juicios de Dios!", al conocer la muerte de su generalísimo. Nada se mueve, en efecto, sin la soberana voluntad del que hizo todas las cosas, y donde la falible inteligencia y la equivocada voluntad de los hombres ve un mal, Dios ha aflorado fuentes que llevan su curso hacia el bien. La historia de Zumalacarregui que él grabó a golpes de espada, ¿qué fué sino marcar huellas en las conciencias de los que seguían a tan noble y esforzado campeón, para tenerlos despiertos y vigilantes, de padres a hijos y de hijos a nietos, en guardia perpetua, resueltos a salir al campo con sus armas, siempre que la Religión, la Patria y el Rey los necesitarán?

¡Altos juicios de Dios! Su Providencia asistió al caudillo de la fe nacional española hasta que la figura de este héroe llegó a la cumbre del mayor prestigio militar, respetado por las balas, siempre triunfante, nunca vencido. Del recuerdo y del ejemplo que él dejara, vivos quedaban sus discípulos, para el mando unos, y otros para la obediencia, y todos para transmitir a las generaciones futuras las ideas cardinales de una Causa santa que era y es la médula espiritual de Es-

(1) Ovilo.—"Don Carlos María Isidro de Borbón. Historia de su vida militar y política". Tomo II. Madrid 1844.

(2) Documento núm. 5 del Apéndice Documental.

carlismo.es

peña. Y para después de que traspasara el umbral de la vida terrena, le dió una luz de intuición, por la cual iba a permanecer, una vez muerto, sin dimitir el supremo generalato, que nadie pudo disputar al genial guerrero carlista mientras vivió.

La voz de la sangre llamaba a Zumalacarregui hacia su tierra guipuzcoana. En cuanto se sintió herido, sus órdenes fueron, insistentemente, de irrevocable resolución, para que le condujeran a Cegama, donde tenía personas bien amadas de su familia. En esa elección del lugar de su muerte, hay, como decíamos, algo intuitivo para la permanencia en su sitio de conductor. Porque Cegama está en el centro de la tierra vascongavarras que él había defendido con inmarcesible honor. De Cegama a Pamplona hay distancia casi igual como a Bilbao y al Baztán y a las márgenes del Ebro. ¡Casualidad! ¿Y por qué no designio previsto? En toda esa porción moralmente privilegiada, que ninguna otra de España le aventajó en la permanencia para el culto a las creencias tradicionales, la imagen inolvidada del general, sigue ejerciendo señorío. Tuvo genio estratégico hasta para elegir el sitio de su reposo, y que éste fuera como un perenne puesto de mando. El valle baztánizo, la Borunda, las Amézcoas, la Berrueza, Peñas de San Fausto, Estella, Los Arcos, Viana, Fuenmayor, Alegría, Treviño, Vitoria, Villarreal, Descarga, Villafranca, Tolosa, Vergara, Durango...

"Fué dado a criar e a enseñar el Conde Don Pero Niño a un ome sabio e entendido para que le enseñara e doctrinase en todas las buenas costumbres e maneras que pertenescen a fidalgo bueno e noble; e enseñabale en esta guisa: "Fijo, parad mientes como sois de muy honrado e grand linage, e como aquella rueda del mundo que nunca está queda, nin dexa ser siempre las cosas en buen estado, le abaxó, e de los grandes fizo pequeños e de los altos fizo bajos e pobres"... (1).

Así este hidalgo de Ormaiztegui. En un instante vino abajo y se eclipsó su buena estrella. Desde la altura de sus triunfos, fué a caer en manos de un vulgar curandero que le acribilló a lancetazos. Moría sin un doblón. Pero en la rueda del pequeño mundo en que él ganó tantas victorias, ocupaba, al morir, el eje, y era la pieza central de los radios, allí convergentes; era la clave, el sostén que permitiría un constante girar y una actividad constante de ideas siempre encendidas, como los astros que sin cesar rutilan desde que Dios los lanzó al espacio como testimonios de su eterno poderío.

(1) Gutiérrez Díez de Gámez.—"Victorial de Caballeros".

carlismo.es

Son aquellos pueblos de la primera guerra carlista que preside Cegama, como planetas atraídos y sostenidos, gravitando entre sí, al ritmo de un común pensamiento, por el foco central que a todos irradia la lumbre y la energía de su memoria esplendorosa. Está en Cegama el sepulcro del Cid guipuzcoano, que ganó muchas batallas, en su siglo y en el nuestro, porque también los soldados de la Tradición, adelantando su rueda triunfal en la moderna Cruzada por todas las tierras de España, diríase que llevaban en el cubo de ella la orden de vencer del invencido general Zumalacarregui.

carlismo.es

CAPITULO III

SITIO DE BILBAO: MANDO INTERINO DE ERASO

(Junio de 1835)

La personalidad del nuevo jefe.- Envidia y falsedades de Maroto.- Fuerzas que guarnecían la plaza.- Rechazan los cristinos la intimación de rendirse.-Tres brechas en el fuerte del Circo.- Bombardeo de la villa.-Por qué Valdés no auxiliaba a los sitiados.-Incidentes con los cónsules británico y francés.-La acción del Puente de Castrejana.-Se conoce en Begoña la muerte de Zumalacarregui.-Los sitiados piden parlamento.-Incidente con los parlamentarios carlistas.-El ejército cristino de auxilio no encuentra enemigo.-Por un rasgo de bondad de Don Carlos no fué tomado Bilbao

Al ser herido el general Zumalacarregui y trasladado luego a Durango y Cegama, donde entregó cristianamente su alma a Dios, había quedado al mando del ejército sitiador el general Eraso, figura de gran prestigio en el Carlismo, que había recibido su ascenso a Mariscal de Campo por la victoria de Descarga. Es indudable que Zumalacarregui, incluso desde Cegama, se ocupaba constantemente de las vicisitudes y acontecimientos del asedio de Bilbao; mas a pesar de ello, la responsabilidad recaía sobre los hombros de Eraso, quien continuó al frente del ejército carlista en el espacio de tiempo entre la herida del caudillo guipuzcoano y el nombramiento de su sucesor.

Era Don Francisco Benito de Eraso, un perfecto carácter navarro: generoso, desprendido, leal, sencillo y valiente. Había nacido en 1793 en el pueblo de Garinoain, valle alto del Cidacos, de familia rica, pues figuraban sus padres entre los primeros propietarios de la localidad.

carlismo.es

Cuando, joven todavía, en Navarra comenzaba la lucha contra la Constitución, nuevamente impuesta por la revolución en 1820, Eraso fué uno de los agentes más activos contra el régimen constitucional. Comisionado por sus compañeros, realizó en 1821 varios viajes a Madrid, con el objeto de llegar a ponerse en contacto con Fernando VII, y aunque éste estaba sumamente vigilado por los partidarios del régimen liberal, supo Eraso desempeñar sus misiones con tanta habilidad, que llegó a comunicarse con el Rey, a quien expresó los sentimientos del pueblo navarro, fiel a la Monarquía Tradicional, en la que muy justamente veía protegidos sus fueros seculares, amenazados por el liberalismo entonces imperante. La osadía que tuvo en desafiar a los oligarcas que en la Corte rodeaban al Rey Fernando, su habilidad en el desempeño del cometido que se le confiara, la manera discreta de llevarla a cabo, lo respetable que era por su origen de familia prestigiada, llevaronle por la voluntad de sus compañeros a formar parte de la Junta Gubernativa de Navarra durante la cautividad de Fernando VII, secuestrado por la revolución.

La labor realizada por dicha Junta fué tal, que su recuerdo quedó perenne entre los navarros. Cuando Iturralde organizó en 1833 la primera Junta carlista, a todos presentó como ejemplo la administración llevada a cabo por la Junta de 1822-23. Zumalacarregui también la pondrá como modelo de recta administración, y claro está que cada uno de los componentes de la misma, vendrán a ser herederos de los lauros recogidos por la Corporación. Una parte de ellos, pues, corresponde a Eraso, lo que acrecentó una justificada y merecida popularidad hacia su persona. Triunfantes las armas realistas en 1823, Eraso, hombre sin ambición, amante de su hogar pueblerino, satisfecho del cumplimiento de los cívicos deberes, y contento de ver alejada aquella amenaza constitucionalista que hería sus creencias religiosas, sus sentimientos fueristas, y su lealtad monárquica, regresó a los lares, dispuesto a recomenzar su vida sencilla y humilde de propietario rural. Así el partícipe destacado en la gestión de la Junta Gubernativa de Navarra, no pretendió galardones ni tampoco premios para su lealtad, lo que no impidió que el Gobierno de Fernando VII, le recompensara con varias mercedes honoríficas, siendo quizá la más preciada para él el escudo de la Fidelidad, orgullo de más de un jefe carlista en tiempos posteriores, y que no mencionaban por cierto los que después de haber servido contra el régimen constitucional en época de Fernando VII, claudicaron a la muerte de este Rey.

carlismo.es

Eraso, aunque los dones de la vida material le eran propicios y estaba en paz con su conciencia, tenía una gran preocupación; su salud dejaba mucho que desear; cuando regresó a su casa en la madurez de los 29 años, la terrible enfermedad de la tisis había hecho presa en él. Y sin embargo, cuando se organizaron los cuerpos de Voluntarios Realistas admitió el empleo de Comandante. Parecía que en aquella Navarra tan leal, este Cuerpo no iba a tener oportunidad para ningún hecho extraordinario, mas no fué así. En 1830 una vasta conspiración liberal agrupa en la frontera pirenáica, un número extraordinario de jefes constitucionalistas emigrados en Francia. Y uno de ellos, el más caracterizado, el que mejor conoce aquel país, Espoz y Mina, va a invadir el territorio aclamando la Constitución de 1812. Los voluntarios realistas han recibido de su mando en Madrid la orden de estar prestos a cualquier llamamiento, pues las noticias de los proyectos liberales no ofrecen duda de que van a probar la aventura. Entre las fuerzas realistas alistadas, figura el batallón que manda Eraso, y a esto se debe que estando en la frontera, al intentar invadir Navarra, el famoso guerrillero Don Joaquín de Pablo (a) "Chapalangarra", se librará un combate en Valcarlos entre realistas mandados por Eraso y liberales emigrados a las órdenes de "Chapalangarra", en el que murió este jefe constitucionalista, y del que Zaratiegui decía que era "uno de los más hábiles jefes de la España militar moderna" (1).

La tentativa liberal fracasó completamente. Gran parte del mérito corresponde al comandante Eraso, y así debía reconocerlo el gobierno de Fernando VII, cuando le ascendió a coronel de Infantería.

Pocos días después de lo que antecede, la Diputación Foral de Navarra dispuso la creación de un Cuerpo que, con el nombre de Brigada, se compondría de dos batallones, formando un conjunto de 1.000 hombres, todos naturales del país, y que tenían por misión auxiliar a las tropas del Rey contra los revolucionarios que desde Francia amenazaban con nuevos disturbios. La Diputación Foral de Navarra propuso que este cuerpo tuviera por jefe al coronel Eraso, y como nada había que le hiciera sospechoso de que no supiera llenar su misión, a pesar de lo quebrantado de su salud, progresivamente más quebrantada con el tiempo, el coronel Eraso aceptó.

Pero en 1832, el haber sido leal a Fernando VII, dejaba de ser un mérito ante los ojos de los cortesanos de Doña María Cristina.

(1) Zaratiegui.—"Vida y hechos de Don Tomás Zumalacarregui".

carlismo.es

Demasiada lealtad a Fernando VII, implicaba lealtad al Infante Don Carlos María Isidro, y, por lo tanto, sospechoso, a los ojos de los liberalizantes y masones que comienzan a influir en los consejos de la Reina. Aquella fuerza navarra, que la lealtad fernandista había creado para servir de valladar a las incursiones sediciosas de los revolucionarios emigrados, era para los liberalizantes del interior, rémora que convenía desterrar, a fin de que sus hermanos de logia, que allá en la frontera conspiraban, pudieran un día entrar ufanos y sin peligro en el solar español. Y por disposición del gobierno de Zea Bermúdez, el cuerpo fué disuelto, y Eraso regresó a su hogar a cuidar de su patrimonio y a tonificarse con el aire puro de la montaña contra los estragos de la llamada peste blanca que le consumía.

Y allí estaba, en la casa solariega, de su pueblo natal, no lejos de Tafalla, cuando se supo la noticia de la muerte de Fernando VII, y que al Rey legítimo, a quien correspondía la Corona, le era usurpada. Durante aquellos días de cristinismo y de despotismo ilustrado a lo Zea, todas las esperanzas de los verdaderos amantes del Altar y del Trono cifrábanse, en que, al morir Fernando VII, Carlos V, nuevo Rey, heredando la Corona, sabría emplear las energías de la nación contra la revolución liberal, fiera o mansa; pero desterrado el Príncipe, los resortes del mando en manos de Doña María Cristina, un gobierno de cortesanos incondicionales de la Reina viuda, todo ha influido para que la usurpación se consumara; inventando leyes de Carlos IV, que no existieron, interpretando peticiones de Cortes que no se satisficieron, mintiendo el restablecimiento de leyes antiguas que jamás recibieron la aplicación en el país. Y vibra entonces en España un rumor de armas, y es un momento en que la conciencia española reacciona ante el avance del liberalismo, y por todas partes, en la Mancha y en Vascongadas, en Aragón y en Castilla la Vieja, en Cataluña y en Navarra, los fieles a la España auténtica, se aprestan para dar la batalla a la revolución que se ha apoderado del Alcázar de Madrid. Y Eraso, aunque joven, enfermo de la dolencia que le aquejaba, no mira que su salud cada vez más delicada, va a sufrir nuevos trastornos, adelantando la hora final de sus días, y solamente escucha la voz del deber; su hogar querido no le retiene, no busca la excusa de su dolencia, ni se deja vencer por el estado melancólico que ella produce. ¿Qué importa morir más pronto o más tarde, si Navarra, si España, si la Monarquía, si la Religión, llaman a todos, lo mismo a los enfermos que a los robustos y fuertes? Si al llegar a la campaña

carlismo.es

se acortan los plazos de la hora final, otros hombres habrá que, sanos y vigorosos, caerán bajo el hierro y el plomo en defensa de ideas inmortales. De morir todos habemos, y para no morir del todo, lo que importa es la defensa de los principios eternos.

Y es entonces, por la parte de Roncesvalles, el 12 de Octubre, aquel triste 12 de Octubre, en que perdía su libertad Don Santos Ladrón, cuando Eraso al frente de un grupo de hombres proclamó los derechos de Carlos V a la sucesión dinástica. No teme nada, pues no teme a los ejércitos liberales: "Eraso tenía, sin embargo, un enemigo con quien luchar, mucho más despiadado que los partidarios de la Reina: una enfermedad que hacía tiempo minaba su salud, y por la cual fué, al fin dominado de tal modo, que hubo que trasladarlo a la frontera francesa, donde se refugió en una borda, como se llaman las casas aisladas de los Pirineos" (1). Sin embargo, yerra este mismo autor cuando dice que "aún estos refugios de contrabandistas, que en tiempo ordinario no cuida de visitar la policía francesa, fueron entonces rigurosamente registrados, ¡tan grande era su vigilancia!, y fué cogido y llevado presionero a Angulema". En verdad, ante la implacable persecución de aquellos días y el estado quebrantado de su salud, Eraso, como vimos a su tiempo (2), pasó la frontera voluntariamente. Escribe Zaratiegui: "Habiendo sido atacado súbitamente en su salud, viéndose falto de fuerza armada que lo custodiase y de lugar seguro donde dedicarse a su curación, tuvo necesidad de entrar en el territorio francés. La policía de este reino, siempre oficiosa contra los carlistas, se apoderó presto de su persona y le condujo con escolta al interior" (3).

Así fué en realidad, pero el coronel Eraso pudo escaparse de los que le conducían a Angulema, y llegar de nuevo a la frontera española. Iturralde ejercía el mando; Zumalacárregui acababa de presentarse, y el conflicto entre los dos mandos lo iba a agravar la presencia de Eraso. Teníase la creencia de que había obtenido con anterioridad una especial autorización del hermano de Fernando VII, para el presente caso. Así es que se le consideraba como revestido de la mayor autoridad para suceder al infortunado y glorioso Don Santos Ladrón de Cegama. Pero Eraso, ya hemos dicho que era hombre humilde, hombre leal y generoso, no ambicionaba mando alguno, sino un lu-

(1) Henningsen.--"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui".

(2) Véase página 192 del tomo III de la "Historia del Tradicionalismo Español".

(3) Zaratiegui.--"Vida y hechos de Don Tomás Zumalacarregui".

carlismo.es

gar en la lucha por su Dios y por su Rey. Sabido es como hizo él reconocer a Zumalacarregui por primer jefe y como se reservó el segundo lugar en el mando de las tropas navarras.

Fué siempre hombre de confianza del gran Zumalacarregui. Tuvo importante mando en Navarra; después fué Comandante General en Vizcaya. Cubrióse de gloria en la campaña de 1834-35, y Zumalacarregui le distinguía notablemente. Así es despreciable la insidia de los que le suponen que "le faltaban conocimientos militares" (1). Olvidan éstos que la guerra de la Independencia y las subsiguientes luchas por lo propio y lo postizo entre precarlistas y liberales extranjerizantes, la escuela castrense fué el campo mismo de batalla, Zumalacarregui era un pasante de escribano; Espoz y Mina, labrador, y ninguno de los dos se inclinaba por la carrera de las armas, y ambos fueron generales. ¿Qué mejor maestra que la guerra misma para hacer guerreros? Entre combate y combate, el que tenía condiciones militares, aunque antes no las sospechara, o el que instituído en un mando creyó de elemental obligación para capacitarse mediante su ejercicio, púsose a estudiar la táctica y el estudio y conocimiento del terreno y el tener la visión del mismo, que superan a veces a muchas lecciones teóricas, hicieron lo demás. Ningún ejemplo mejor que nuestra moderna Cruzada. ¿Cuándo ha resplandecido más una estrella de alférez que sobre el fondo negro y el pecho de nuestros improvisados oficiales provisionales? Si mandar es conducir, ¿qué mejores conductores que nuestros jóvenes hijos, que daban heróico ejemplo, marchando delante de sus soldados, arengándoles, cantando con ellos la victoria inmediata sobre la posición que atacaban, airosa la bandera que pronto clavarían sobre el parapeto enemigo?

No podía faltarle a Eraso condiciones militares, cuando Zumalacarregui, que bien conocía de estas cosas, lo consideraba como uno de sus posibles sucesores. Tuvo Zumalacarregui dos candidatos para el mando de las fuerzas carlistas en el caso de cesar él: Eraso y Eguía. De Eguía conocemos su brillante historial militar. ¿Cómo vamos a suponer que Zumalacarregui quisiera destruir su obra entregando el mando a un hombre incapaz o desconocedor de la guerra? Eraso se oponía a ello, pues su estado de salud, le turbaba la esperanza de llevar a cabo su cometido, pero ante el cumplimiento del deber, Eraso no podía sentir vacilación, y posponiendo su interés, siempre bajo las

(1) "Panorama Español. Crónica Contemporánea". Tomo III

carlismo.es

alas del águila caudal que era el gran caudillo guipuzcoano, aceptaba el lugar que se le marcaba como sitio de honor en el combate. Hombre de acción, hombre inteligente, hombre de convicción y de letradas luces, sólo tenía en su contra el no haber pertenecido al ejército regular en los tiempos fernandinos. Pero cuando todo un Zumalacarregui le confiaba tantas y tan importantes misiones, cuando pensaba de él que sería capaz de ser su sucesor, recibía Eraso el más alto de todos los nombramientos que hubiera podido dársele en cualquier ejército del mundo. El espaldarazo dado por Zumalacarregui, valía mucho más que todos los diplomas de las Academias militares, que todos los despachos reales, porque Zumalacarregui, genio militar, sabía conocer los hombres y sus virtudes y disposiciones competentes. Pero Eraso tenía una gran desventaja, que redundaba más en su honor que en su quebranto: le faltaba la ambición. Que este despego proviniera de la enfermedad que le llevará al sepulcro en el mismo año 1835, bien puede pensarse; pero su abnegación siguiendo la campaña en el estado harto precario de salud que le dominaba, supliría, como ardor de sacrificio, aquella inapetencia de honores, y es ese su más grande honor.

Henningsen, sagaz observador y excelente militar, al contar su última entrevista con Eraso delante de Puente la Reina, pocos días antes de retornar a Inglaterra, escribe: "Este hombre, que demostró ser un hábil soldado y era, en mi opinión (aunque a gran distancia), el que seguía a Zumalacarregui en capacidad, había luchado con el mayor desinterés por el carlismo; fué a Eraso a quien Zumalacarregui ofreció el mando cuando salió a campaña, a causa de la antigüedad en la categoría; pero aquél, confesando francamente que él creía que Zumalacarregui tenía mayor talento que él, se negó a aceptarlo. Se daba perfecta cuenta de que se estaba muriendo; tenía esta convicción desde hacía muchos meses, y lo confirmaba en ello los síntomas de su enfermedad. El se comportó, por consiguiente, como un hombre que, mirando frente a frente la proximidad de la muerte, comprendía la pequeñez de toda ambición mundana: Su último éxito fué la derrota de Espartero en los altos de Descarga y la captura de dos mil ochocientos prisioneros. Cuando yo me despedí de él y le expresé mis fervientes votos por su curación, meneó la cabeza y dijo con una sonrisa melancólica: "¡A la caída de la hoja ya no existiré! El profetizó con verdad, pues seis semanas después expiró" (1).

(1) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui".

carlismo.es

No parece que los autores liberales se fijaran en el valor personal del general Eraso. Les llama la atención la nobleza con que procedió al ceder el mando a Zumalacarregui al comenzar la guerra, pero nada más. Un exministro de Doña Isabel, declara que estaba lejos de reunir las altas dotes del Caudillo a quien era llamado a reemplazar, reconociendo sin embargo, que era "uno de los jefes más decididos que contaba la causa de Don Carlos" (1).

"En estos tiempos contaba Eraso cuarenta años de edad; su talla era aventajada, pero de poca corpulencia. A pié y a caballo andaba por lo regular un poco encorvado; tez morena, ojos y cabellos negros y en lo general, su fisonomía se presentaba noble y franca. Cortés, social y de modales más finos y modestos que los que suelen verse en los hombres educados para las campañas; soportaba el trabajo y la fatiga hasta donde otro cualquiera. Esto causaba, a la verdad, admiración, porque Eraso no se hallaba dotado de buena salud. Sin embargo, jamás, ni aún en los mayores peligros, se conoció que su corazón se rindiese a la tristeza" (2); tal nos lo describe el secretario de campaña de Zumalacarregui, quien lo conoció íntima y perfectamente.

Envidia y falsedad de Maroto

El Rey había dado a conocer la muerte del caudillo guipuzcoano en una alocución a los voluntarios carlistas, y no creyendo hallar entre los fieles servidores hombre que pudiera reemplazar al gran general muerto, optaba por quedarse con el mando personalmente, asistido por un jefe de E. M. General en quien se reunirían las atribuciones que tenía Zumalacarregui (3). Interinamente, quedaba encargado del Ejército carlista del Norte el general Eraso, y como poco antes había llegado a las Provincias el teniente general Maroto, y éste se había ofrecido para el mejor servicio del Rey (4), antes de que muriera Zumalacarregui, se le ordenó que pasara a la concentración frente a Bilbao y se pusiera de acuerdo con Eraso. El carácter díscolo, ambicioso y soberbio de Maroto, debió sufrir el primer golpe; él, que había sido el único que siendo Mariscal de Campo había solicitado para sí el ascenso a teniente general, del que se hacía merecedor, según los términos del Real Decreto de Carlos V, por el cual todos los oficiales y jefes del Ejército que se presentaran debajo las banderas reales tenían la gracia del ascenso al empleo inmediato superior; obligado ahora a

(1) Burgos.--"Anales del reinado de Doña Isabel II". Tomo II.
(2) Zaratiegui.--"Vida y hechos de Don Tomás Zumalacarregui".
(3) Documento núm. 6 en el Apéndice Documental.
(4) Documento núm. 7 en el Apéndice Documental.

carlismo.es

acatar las órdenes de un Mariscal de Campo que ni siquiera había servido en el Ejército regular de Fernando VII, ni mucho menos había estado en la gran vergüenza de la guerra de América, como él, Maroto, que había concurrido...

Fué Maroto a Bilbao con la esperanza de que él sería el sucesor de Zumalacárregui, todavía vivo, gravemente herido, pero cuando nada hacía prever el triste fin de la herida recibida ante los muros de Bilbao. Así se desprende de sus propias manifestaciones: "En el momento que se supo la herida del generalísimo se me mandó llamar por el Secretario de Guerra y se me dijo: Zumalacarregui está herido, y S. M. quiere que usted marche al ejército a tomar el mando; vaya usted inmediatamente a ver a S. M. y dispóngase para la marcha. Hícelo así, y al personarme con Don Carlos me habló el Príncipe en estos términos: Ya sabes lo que hay; Zumalacarregui está herido, y quiero que marches inmediatamente al ejército; Villemur está poniendo ya la orden. —Muy bien, Señor (le contesté). V. M. sabe que no deseo sino sacrificarme en su obsequio, y sin ambición alguna. ¿Tiene V. M. algo que prevenirme? —Nada. Adiós. Volví a verme con el secretario Villemur, a quien hallé con un oficial de la Secretaría llamado Sanz (1), hermano del fusilado luego en Estella; estaba, en efecto, éste escribiendo, pero no la orden que me nombraba sucesor de Zumalacarregui, sino asuntos varios; durante los cuales usando de la influencia que sobre Villemur tenía, conciliaban ambos en aquellos momentos el contrariar dicha resolución. Manifesté a Villemur que iba por la orden que Don Carlos me había indicado, y que esperaría mientras la extendiesen; contestándome Villemur, que comprometidas las operaciones contra la plaza de Bilbao, interesaba mi pronta marcha para dirigir el ejército, pues un ordenanza a quien mandaría en posta, me alcanzaría con la orden en el camino.

"No dudando de la sinceridad de estas palabras, corrí al punto que se me había mandado y encontrando el paso a mi infortunado antecesor Zumalacarregui, que le conducían en una camilla y se detuvo para lamentarse de su situación y de las causas que le afligían, le

(1) Florencio Sanz. Era navarro y hermano del general D. Pablo. Oficial de la Secretaría de Estado y del despacho de la Guerra, había servido en dicho ministerio en tiempos de Fernando VII. En 1839, cuando los fusilamientos de Estella ordenados por Maroto, una de cuyas víctimas fué su hermano, pudo librarse de sufrir igual tratamiento por haber buscado amparo en el Cuartel Real. Fué desterrado de España por orden de Maroto en aquel mismo año. Si fuera cierto el relato de Maroto, habríamos de buscar su odio contra los hermanos Sánz en lo ocurrido en 1835, lo que sí daría idea de la duración de sus rencores, no añadiría ninguna prenda moral a la siniestra figura de Maroto. Sanz fué Secretario de la Junta de Navarra en 1834.

carlismo.es

oí decir entre otras cosas: Amigo, yo estoy gravemente enfermo y no puedo ser superior a tanta fatiga. Usted vendrá á mandar el ejército, y de ello me alegro infinito. Este lenguaje no era franco; a pesar de él, Zumalacarregui había dejado ciertas prevenciones a Eraso para que le conservaran el mando a toda costa hasta su restablecimiento.

"La orden que yo esperaba llegó efectivamente aquella noche, pero extendida en los términos más confusos y en diferente sentido del que se me había indicado, pues en vez de entregarme el mando, se decía en dicho escrito que S. M. había resuelto permaneciese en el ejército a las inmediatas órdenes de Eraso, para las atenciones del servicio, interín que dicho jefe dejara del mando como prometiera en razón de sus enfermedades". También se me decía en una carta particular de Villemur: "que se había acordado nuevamente guardar esta consideración a Eraso, por la seguridad de que no tardaría en separarse del ejército por la falta de salud ya indicada, que tuviese paciencia, que observase las operaciones de dicho general; pues se había llegado a entender que tenía alguna inteligencia con los jefes de la plaza." Véase, pues, a quién evidencia la que tantas veces he repetido, ¿qué prueban estas líneas sino la desconfianza, la intriga, el manejo de los consejeros de Don Carlos y la debilidad y la inconsciencia de este Príncipe, que ni aún veía el ridículo a que exponía a su teniente general subordinándome al Mariscal de Campo Eraso?" (1).

Basta ser caballero y hombre leal a cualquier principio, y no se ha de ser precisamente carlista, para que la torva figura de Maroto inspire siempre repulsión. Al recordarlo se le ve rastreando, deslizándose con sinuosidades de ofidio, y siempre se halla en él un fondo de ambición mezquina, de pobreza espiritual, de falsedad y de mentira que, dándose de manos con la envidia y la vanidad, nos trazan una silueta que hay que mirar con reserva o apartarse de ella. Si todavía no era masón, llevaba en sí el germen característico para serlo (2). Por esto, de Maroto, siempre se han de recoger sus palabras con pinzas para que no nos salpique un enconado interés y un sórdido egoísmo. Su solo testimonio de nada sirve, y sin embargo, siempre expresan sus palabras las pasiones que le agitan y el despecho de sus fatuidades

(1) "Vindicación del general Maroto".

(2) La Masonería ha reinvindicado para la secta al general Maroto, y en folletos masónicos se le señala entre los que tuvieron el grado 33. Ignoramos, sin embargo, la época de su iniciación, de si fué en América o posteriormente. Los autores antimarotistas de los tiempos del Convenio dicen que perteneció a los "jovellanistas", rama masónica de los moderados, que es de creación posterior a los comienzos de la primera guerra civil.

carlismo.es

frustradas. Por el escrito que antecede, lo que se refiere a textos queda incompleto, y desconocemos si están falseados, y en cuanto a las palabras de Don Carlos y Villemur, sólo las conocemos por su testimonio... Sin embargo, es interesante analizar esas líneas de Maroto.

Ante todo, vemos su desorbitada pretensión de querer reemplazar en vida al propio Zumalacarregui. Apenas vió a éste, ya lo considera "mi infortunado antecesor". Según él, Villemur le dice que va a tomar el mando del ejército; sin embargo, nada de ello se trasluce en las palabras de Carlos V. Se le manda a Bilbao, cuando se sabe la herida de Zumalacarregui, evidentemente como compañero de Eraso para que éste tenga, no un asesor, sino una persona que enterada de los planes a ejecutar, pueda sustituirle rápidamente, de producirse una desgracia, o bien si el estado de salud de Eraso se quebrantara de tal forma que hubiera necesidad de reemplazarlo en un momento dado. Y si bien, según Maroto, es el conde de Villemur el único que le habla de que vá a tomar el mando del ejército, después, en su mismo relato, aparece el mismo Villemur que se le presenta como el enemigo de su nombramiento. ¡Lo que se hubiera evitado de no haber dicho las palabras que pretende fueron pronunciadas por Villemur! En cuanto a la conversación con Zumalacarregui, no hay ninguna prueba de si existió siquiera el encuentro. Pero repugna verle tratar por Maroto de hombre falso: "este lenguaje no era franco; a pesar de él, Zumalacarregui había dejado ciertas prevenciones a Eraso para que le conservaran el mando a toda costa hasta su restablecimiento". No presenta Maroto al generalísimo carlista aferrado a su mando, del cual otros historiadores más verídicos, dicen que había presentado la dimisión, no aceptada, unos días antes. Pero lo que indigna en verdad a Maroto es que lo pusieran a las órdenes de Eraso, siendo él teniente general... por gratuita Real merced, que no por haber ganado el ascenso peleando. Lejos de nosotros y de aquellos acontecimientos están los pugilatos, ofreciéndose mutuamente el mando Carnicer y Cabrera, y aquella generosidad hidalga de Eraso disponiéndose a acatar a Zumalacarregui, y tantos actos que hemos visto y veremos en la historia del carlismo militante, en que los de mayor jerarquía acatan jerarquías inferiores cuando el bien de la causa a ello invita. Maroto, que era Mariscal de Campo y que es Teniente General por una gracia de Carlos V, que ninguno otro de su empleo ha solicitado le sea aplicada, ahora es reacio ante un Mariscal de Campo que ha ascendido por Méritos de guerra, ¡a juicio nada menos que de un Zumalacarregui! Dejemos

carlismo.es

aparte que lo que antecede nos confirme en lo que ya hemos dicho anteriormente, de que Maroto no es, a pesar de lo que diga Pirala, un testigo "de la satisfacción con que se supo en el Cuartel Real el fallecimiento de Zumalacarregui", puesto que estaba ante Bilbao y no en Durango el 24 de Junio; y podemos reducir el relato de Maroto a unos cuantos hechos, muy explicables todos, aunque todos dentro de la hipótesis.

Al conocerse en Durango la herida de Zumalacarregui y sabiendo del estado de salud de Eraso, se dispone que Maroto, que hace poco ha llegado a las filas carlistas, pase a las líneas del cerco de Bilbao para asistir a Eraso y reemplazarle en el caso de que el estado de enfermedad del mismo le obligara a dejar el mando. Quizá entonces Villemur llegara a pensar en Maroto como posible sucesor de Zumalacarregui, pero sabiendo luego que la herida de éste no tiene la importancia con que más tarde se agravó, no se habla más del particular. ¿Podrá, sin embargo, Eraso permanecer interinamente en el mando del ejército hasta la total curación de Zumalacarregui? Nadie lo puede afirmar, y entonces se hace preciso que alguien esté junto a él para este caso: González Moreno y Eguía no se hallan en España; Maroto, sea como sea, es el de mayor graduación; irá con Eraso y le sucederá en el mando. Maroto, convencido de que va a ser general en jefe, interpreta palabras y acciones conforme a sus deseos, vanidad y ambiciones. En el camino, encontraría a Zumalacarregui, y éste, al enterarse por Maroto que es destinado a reemplazarle, muy caballero le dirá: "me alegro infinito". No hay falsedad ninguna en Zumalacarregui, sino que, hombre previsor, ha dejado el mando interino al más caracterizado y al que él juzga de mayor confianza durante su enfermedad. Quizá le contrariara a Zumalacarregui que apenas herido se le mandara sucesor, cuando hacía unos días el mismo Rey le dijera que no podía ser sustituído. Todo esto suponiendo que las palabras del Rey, las conversaciones con Villemur y el encuentro con Zumalacarregui, no sean invenciones o falsas interpretaciones de Maroto.

Pasados diez días se produce la catástrofe: Zumalacarregui ha muerto. Es muy probable, ¿cómo probable? ¡seguro!, que para quien la noticia estuvo "muy lejos de ser de tristeza" (1), no fué para el Cuartel Real, sino que el que halló contento del mal ajeno estaba ante Bilbao, en las líneas carlistas, y allí se hallaba Maroto. Su am-

(1) "Vindicación del general Maroto".

carlismo.es

bición desmedida, hacíale ver que tocaba ya con las manos la meta propuesta, el alto mando; sus manejos mezquinos, eran como el primer volatín conque se ensayaba su traición en lontananza. Había soportado la dirección de Eraso, pero éste era el lugarteniente, el ejecutor de las órdenes de Zumalacarregui; aquellas órdenes que desde Cegama daba, y que indignaban al médico González de Grediaga, porque mantenían el estado febricente del herido; aquellas órdenes que daba Zumalacarregui en la reunión con varios jefes de confianza que acudían juntos a la cama del general herido. Estas disposiciones le causaban dolor y rabia a Maroto "no obstante de los justos resentimientos que pudiera abrigar..." (1), nos dice él mismo, refiriéndose a una operación que le encarga Eraso, en vida de Zumalacarregui; es decir, resentimiento de no haber sustituído al gran general carlista en vida de éste.

Y a la alegría con que debió recibir la noticia de la muerte del que creía ser su rival, vienen después aparejadas dos tristezas. De momento, conserva el mando interino el general Eraso. Este no tiene ambiciones y su salud precaria le hace desposeerse de tal aspiración. Era, sin embargo, el candidato inmediato de Zumalacarregui; el mediato ya hemos dicho era Eguía. Quizás dirían los enemigos de Carlos V, que bastaba que fuera favorito de Zumalacarregui para que se le postergara, y adelantándonos a tan malévola apreciación sobre el particular, nos basta saber que Eraso era íntimo amigo de Cruz Mayor, a quien tomaba por confidente; las correspondencias que se conservan de Eraso a Cruz Mayor en vida de Zumalacarregui, en las que jamás se trasluce la menor deslealtad para su jefe, demuestran la intimidad del ministro con el general. Pero ya hemos dicho y repetido que Eraso está falto de toda ambición para el mando. Seguramente que Maroto no desperdiciaría la ocasión para insinuar que este jefe no era el más apto para mandar a los carlistas. "En los ataques contra Bilbao, noté bastantes defectos para que dejase de conocer la dificultad de llegar a ocuparlo. La lentitud del bombardeo, los pocos trabajos para adelantar la línea de circunvalación, la mala dirección de los fuegos, el ningún sistema de atrincheramiento y cortaduras contra las salidas de la plaza, la ocupación de puestos poco favorables, y precisamente de frente a las baterías enemigas, y el mal orden de servicio y relevo de las tropas, no podían presagiar ningún venturoso éxito" (2). Algunas de estas faltas, no las de mayor importancia,

(1) "Vindicación del general Maroto".

(2) "Vindicación del general Maroto".

carlismo.es

podría atribuirse a Eraso, pero las aparentemente mayores, las más graves corresponderían a Zumalacarregui. ¡El "ayacucho" enmendando la plana al genio militar de Zumalacarregui! No es dudoso que Maroto, dado su carácter, que tenía de todo, menos de leal, hiciera llegar sus observaciones y críticas al Cuartel Real. Pero a continuación de la tristeza de Maroto, otra mayor siguió: la llegada al Cuartel Real del teniente general González Moreno. Y a poco, el nombramiento de éste para sustituir a Zumalacarregui, ya fallecido.

Y ahora veremos cómo el hombre que se indignaba porque le pospusieran a un Mariscal de Campo, por ser él teniente general, se indignará contra el nombramiento de un teniente general, González Moreno, de más antigüedad que él en el empleo, y que además, lleva notas en sus servicios, no como Maroto, huyendo a uña de caballo al ser derrotado en la batalla de Chacabuco, mientras sus soldados se rendían a los americanos en la hacienda del mismo nombre, sino el haber sido, como era González Moreno, el simple capitán de Infantería que había levantado en armas la ciudad de Valencia contra la invasión napoleónica, iniciando así la gesta valenciana de la guerra de la Independencia. Pero la vanidad, sus rencorosos celos por el encumbramiento ajeno, la deslealtad de Maroto, en suma, se manifestarán enseguida como se habrían manifestado contra Zumalacarregui y contra cualquiera otro que, como los citados, valiera más que él en conocimientos, en valor y en limpia conducta leal. Pero quizás no fuera eso sólo. ¿Quién podrá asegurar que ya entonces no tuviera contactos inconfesables para elaborar su traición?

Fuerzas que guarnecían la plaza

Volvamos al sitio de Bilbao, primero de los tres que sufrió durante la Guerra de los Siete Años, aunque ya inicialmente hemos hecho referencia de él al tratar de la herida de Zumalacarregui. El bloqueo de Bilbao estuvo en un principio confiado al general Eraso, Comandante general de la División de Vizcaya, mientras que Zumalacarregui, acababa con los últimos reductos cristinos en la provincia. Los cristinos se dieron cuenta muy pronto de que el objetivo carlista correspondía ahora a Bilbao. En una junta de brigadieres, presidida por Espartero, se designó al conde de Mirasol para que, encargado de la Provincia de Vizcaya, permaneciese en la villa y asegurara su defensa. Esto ocurría el 6 de Junio, y Espartero dejó Bilbao el 8. Formaban la guarnición de Bilbao, en aquel entonces, dos batallones del regimiento de voluntarios de Valencia, 4.º de ligeros; un batallón del Regimiento de voluntarios de Gerona, 3.º de ligeros; un batallón del

carlismo.es

Provincial de Ronda; cuatro compañías del Provincial de Compostela; dos compañías del Real Cuerpo de Artillería; media compañía del Real Cuerpo de Zapadores; una Compañía de Salvaguardias de Vizcaya y partidas sueltas del 3.º y 18.º de línea, de los provinciales de Alcázar de San Juan, Mondoñedo y otros cuerpos; una compañía de Artillería Urbana de Bilbao; dos compañías de Auxiliares de Bilbao; la compañía de Urbanos de Begoña y el destacamento de Urbanos de Durango, que hemos visto había abandonado su guarnición para refugiarse en la villa de Bilbao, con el objeto de escapar al avance de las fuerzas carlistas.

A estas fuerzas se unieron más tarde algunos elementos ingleses desembarcados de la flota que operaba en la costa Cantábrica bajo el mando de lord John Hay, y del vapor Reina Gobernadora.

La defensa de Bilbao estaba apoyada en cuatro fuertes: el de Larrinaga, situado en el flanco deercho, que defendía la plaza por la orilla derecha del río y que contaba con un obús de a 7 y cuatro cañones de a 12, 8, 6 y 4; el de Mallona, colocado en el lado izquierdo de la expresada línea de defensa y dotado con un obús y tres cañones de a 8, 6 y 4; el del Circo de Begoña, en el ángulo adelantado de la línea, y conjunto a él, como suplementario el de la Concepción y el de Solocoeche, situado a la izquierda del de Larrinaga, en la media línea, dotado con dos cañones de a 8 y de a 4. Además, se reforzó el fuerte de Larrinaga con una pieza de 18.

Rechazan los cristinos la intimación de rendirse

El Conde de Mirasol noticiaba el día 7 que, ante las noticias que tenía de que Bilbao iba a ser atacada, se dedicó a tomar las medidas adecuadas, y que había organizado con las diversas fuerzas de cuerpos existentes en ella, dos batallones, cuyo mando había confiado al coronel Ozores, del Provincial de Compostela. El fuerte de Larrinaga estaba bajo las órdenes del Brigadier Coronel del Regimiento de Almansa, Don Fausto del Hoyo; el de Solocoeche, a las del teniente coronel graduado capitán del Regimiento de San Fernando, Don José Castañón; el del Circo de Begoña, a las del coronel del Regimiento de Voluntarios de Valencia, D. Joaquín Oliveras, y el de Mallona, a las del comandante Don Manuel de la Vera, pero habiendo pasado éste posteriormente al Circo, le reemplazó el Comandante Don Manuel Saliquet.

Zumalacarregui inicia el asedio el 12 de Junio. Reconoció la plaza y vista la desproporción de fuerzas y muy particularmente de artillería entre los sitiadores y los sitiados, decide el plan para la toma de

carlismo.es

la villa por asalto. Antes, sin embargo, quiere que se intime la rendición: el general Eraso, por su orden, se dirige en una comunicación al gobernador de Bilbao, Solano (1), dándole tres horas para la contestación. Esta comunicación (2) no fué recibida por Solano hasta las tres de la madrugada del 13 de Junio, contestando el cristino que hallándose en la villa el Comandante General de Vizcaya, conde de Mirasol, le había transmitido la intimación por ser su superior jerárquico. Mirasol se dirigió entonces a sus soldados, diciéndoles: "El enemigo se ha presentado a la vista para coronar nuestros esfuerzos y los trabajos de estos días por el laurel de la victoria; hemos concluído nuestras fortificaciones, asegurado con ellas nuestra superioridad y un pueblo entusiasta y valiente nos contempla, esperando de nosotros la seguridad de sus propiedades y de sus familias, y la conservación del honor que fían en vuestra lealtad y en vuestra bravura; tengo motivos para lisongearme de vuestro desempeño; estoy contento de vuestro porte, y espero que tan subordinados como valientes, cumpliréis mis órdenes, llenaréis mis deseos, y estaréis tranquilizados sobre el resultado, que no es de ninguna manera dudoso.

"Si el sitio se estrechare; si por su duración tuviéseis que sufrir nuevas privaciones, yo las participaré con vosotros, como he participado los desvelos; vuestro rancho será el mío, y sin diferencia en las comodidades ni en el peligro, seré partícipe de las glorias que alcanzarán vuestras armas. Que ninguno se aparte del camino que marco, es mi único encargo; yo os prometo dentro de muy pocos días descanso, y los premios con que la munificencia de S. M. galardona a los leales y valientes."

Más escueta es la alocución a los urbanos de Bilbao: "El ejército no tiene ejemplos que ofreceros, porque vosotros se los habéis dado en los combates; sea vuestra divisa la unión, y nuestros únicos gritos, Viva Isabel II, Viva la Reina Gobernadora."

Por último, se dirigía a los habitantes de Bilbao: "El ruido del cañón os habrá hecho conocer la proximidad del enemigo, y que unido con la milicia urbana, me preparo para defender vuestros intereses y vuestras familias, liberándoos de la ruina y el baldón que os ocasionaría la entrada de un enemigo cuyo temerario empeño es cambiar

(1) Ramón Solano y Cerveró. Nació en Valencia en 1790. Sirvió en los ejércitos cristianos contra la legitimidad. Ascendió a Mariscal de Campo.

(2) Son las que hemos hecho referencia en el capítulo II del presente volumen y que insertamos en el Documento n.º 1 del Apéndice Documental.

carlismo.es

de manos las fortunas, y hacer retrogradar el mundo, volviendo a sus semejantes al tiempo de la oscuridad y del vilipendio.

"Estoy seguro del desempeño de las tropas, y confío con vuestra ilustración y en el celo de las autoridades civiles para conservar la tranquilidad y el orden en medio de los peligros, que os aseguro, no serán de muchos días, porque sé los auxilios con que cuento, y los que me llegarán en breve:

"Encargo a todos exacto cumplimiento de las advertencias que en mi nombre hizo el Ayuntamiento en su bando del día 9, y prevengo que castigaré con arreglo a las leyes a cuantos se ocuparen de propagar noticias alarmantes que si nada influyen sobre los hombres honrados y de corazón español, desalientan a los pusilánimes, y dan armas al enemigo para seducir a los incautos. Los bilbaínos, tan generosos como patriotas, se defenderán aunque se arruinen; esto ha de ser la persuasión de todos."

Tal fué en realidad la respuesta dada por el conde de Mirasol a la intimación de Eraso a Solano. Expresaba su idea de resistir, porque sabía que el enemigo no tenía suficiente artillería para batir la ciudad. Sin embargo, un asedio prolongado le hubiera sido costoso sostenerlo, ya que a pesar de los buques ingleses y franceses, éstos, reforzados por los bergantines de guerra "Borda" y "Lutín", no podían comunicar directamente con Bilbao por sus propios medios, porque la ría había quedado cerrada por buques que habían hundido los carlistas, formando una doble fila, en las proximidades de Bilbao. De aquí hasta el mar habían podido continuar navegando los buques extranjeros, de bandera francesa e inglesa, con la garantía dada por Zumalacarregui, de que las fuerzas carlistas situadas en las orillas a partir de San Mamés, y que eran las guipuzcoanas, mandadas por el brigadier Guibelalde, podrían subir y bajar, estando además en comunicación con el cónsul inglés en Bilbao, quien también tenía pase para comunicar con los buques de la flota británica.

También había recibido Zumalacarregui la visita de los cónsules británico y francés en Bilbao y habían convenido en que los súbditos extranjeros se ampararían en dichas banderas, al darse el asalto a la villa. Zumalacarregui no debió sentir gran entusiasmo al hacer este ofrecimiento por cuanto no tenía ninguna simpatía para Francia. Recordaba seguramente que aquella bandera tricolor fué la que amparaba la revolución y al imperio francés, contra el que luchó en la guerra de la Independencia, y ahora representaba una usurpación al

carlismo.es

Trono de Francia que tenía también la intención de ayudar a usurpar el trono de España. Bien distinta esta bandera de aquella otra, blanca inmaculada, que, representando todas las legitimidades, se había enlazado con las banderas blancas de los batallones del ejército de la Fe, para acabar en 1823 con la orgía constitucional en España. En cambio, Zumalacárregui sentía profunda simpatía por Inglaterra, como lo recuerda un historiador moderno (1), pues veía en los británicos a los antiguos aliados que habían vertido su sangre en los campos de batalla de España durante nuestra guerra de Independencia. Y así le era más grato ceder a unas indicaciones del cónsul inglés, cuando las peticiones anglo-francesas debían ser contestadas con circunspección, para no dar pié a dificultades internacionales.

Tres brechas en el fuerte del Circo

El 13 de Junio comenzó desde la madrugada un fuego de fusilería muy nutrido en toda la extensión de la línea hasta el anochecer, pero, entre los tiros, se continuaba por ambos lados en los trabajos de ataque y defensa. La noche llegó, y el tiroteo fué reemplazado por profundo silencio, interrumpido solamente por algún disparo suelto de las avanzadas y el sordo rumor de los que trabajaban en los emplazamientos de las baterías que los carlistas establecieron en Miravilla, al otro lado de la ría, en el camino de Munguía y en Begoña. Tenían los carlistas dos morteros de 14 pulgadas, dos obuses de 7 y unas seis piezas de los calibres de a 12, 8 y 4, todas ellas sostenidas por una línea de tiradores apostados en las muchas casas que había dentro del tiro por toda la extensión del recinto. Aunque Maroto pone reparos a los emplazamientos de estas baterías como hemos visto, el jefe cristino es mucho más noble para con sus enemigos que el futuro traidor de Vergara: "Aunque el ruido de los trabajadores—dice—y algunos avisos confidenciales nos habían anunciado la existencia de las precitadas baterías, sus puestos estaban tan bien elegidos, que nada pudo descubrirse en la amanecida" (2).

El 14 por la mañana, a las ocho en punto, comenzó el fuego apenas se había disipado la niebla. Rompió el fuego la batería situada en Begoña, y que era apoyada por el tiroteo de los infantes carlistas, situados en dicho pueblo y muy particularmente en el grupo de casas que rodeaban la iglesia. La batería del fuerte del Circo contestó al fuego, protegida por la batería del Emparrado que se había construído la noche anterior. El fuego de la artillería carlista fué tan certero, que

(1) P. Risco.--"Zumalacarregui en campaña".

(2) Parte del Conde de Mirasol en la "Gaceta de Madrid" del 4 de Julio de 1835.

carlismo.es

a las 12 del día, tuvieron los cañones cristinos del Circo que suspender sus fuegos por hallarse completamente destruída la batería, quedando tres brechas practicables en el fuerte, desmoronado su muro y sin ninguna artillería para sostenerse. Entonces era el momento apropósito para comenzar el asalto.

"Zumalacarregui, en unas pocas palabras, informó a los soldados que los cien primeros que entrasen recibirían una onza de oro cada uno; si caían, sus familias serían atendidas; y se les concedería derecho al saqueo, durante seis horas. Se le contestó con fuertes gritos, pidiendo que se les mandase al asalto" (1). Correspondió la suerte de atacar a la 1.ª y 2.ª compañía de Guías de Navarra, que debían ser seguidas por los demás batallones. Zumalacarregui no pensaba, por lo tanto, eternizarse delante de Bilbao, puesto que sabía que el enemigo intentaría socorrerlo. Su plan era, pues, que abierta la brecha, los batallones carlistas la tomasen por asalto. Pero cuando iba a realizarlo en el atardecer del 14, se le comunicó que faltaban municiones. La historia del carlismo es la historia de las "ocasiones perdidas". Ahora era una ocasión magníficamente favorable para la toma de Bilbao, que no habría resistido el empuje de los carlistas, mas la falta de municiones se cruzó en su camino. Era un achaque de que se padeció constantemente, y sin el cual, seguro es que el éxito de la guerra hubiera cambiado de favorito.

Los cristinos, si bien no pudieron restablecer la batería del Circo, en la noche del 14 al 15, no confiados en el remiendo, construyeron una segunda línea a espaldas de sus escombros. Zumalacarregui, que retrasó el asalto para el día siguiente, "hizo preparativos para colocar una batería bastante más a la izquierda de Begoña, habiéndose decidido en favor del plan más acertado, de destruir la muralla que unía a las diferentes fuerzas y entrar en la ciudad, puesto que cuando ésta fuera tomada, aunque las terrazas y fuertes del contorno la dominasen, sólo la podían quemar o destruir, y tendrían que rendirse al fin" (2). Fué esta mañana del 15 cuando Zumalacarregui recibió el balazo en Begoña. Como se ve, nada induce a suponer lo que dicen ciertos historiadores de que aquella noche que precedierá a su herida pensara levantar el sitio de Bilbao. Sabemos en realidad que lo dicen

(1) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui."

(2) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui".

carlismo.es

incluso personas muy adictas y que gozaron la confianza del gran caudillo guipuzcoano; pero todo cuanto sigue, incluso sus conversaciones con Villarreal en Cegama y las órdenes que transmite a Eraso, demuestran que Zumalacarregui no pudo pensar en levantar el sitio de Bilbao, porque jamás pensó sitiar la villa, ya que su proyecto, que mantuvo hasta el último momento, fué el de atacarla y tomarla por asalto, rápidamente.

Había comenzado el fuego a primeras horas de la mañana, y a pesar de conocerse la herida que había sufrido Zumalacarregui, el tiroteo no se interrumpió hasta las 11 de la noche. La artillería carlista en aquel día no pudo mantener el duelo con la artillería cristina, aunque los cristinos tuvieron pérdidas de importancia. En Solocoeche murió el capitán Monés, de artillería, y en la batería del Circo, el capitán graduado de teniente coronel Pereina, del Regimiento de Infantería del Príncipe. En Begoña, en el campo carlista, resultaba herido el coronel de artillería, Reina.

El fuego de los carlistas no había sido vano. Durante la noche del 15 al 16, fueron rehechas las baterías cristinas que habían sufrido grandes destrozos y habilitado de nuevo la del Circo de Begoña. Ausente Zumalacarregui, el mando de los carlistas recayó enteramente en el general Eraso.

Bombardeo de la villa

Una modificación se nota entonces en los procedimientos empleados para reducir a Bilbao. Parece que Zumalacarregui se oponía a la idea de que para tomar la villa era necesario antes someterla a un bombardeo. Pero alejado del lugar del combate, se quiere castigar la población por medio de la artillería, abandonando el proyecto de tomarlo por asalto, aunque no las insistencias con la intimidación. Bilbao recibirá los primeros cañonazos en la jornada del 16. El fuego contra la batería de Larrinaga cesa a la una de la tarde, pero el mortero y los obuses carlistas comienzan a disparar sobre la villa. Así se continúa todo el día 16, cesando el fuego a las diez de la noche.

El 17 por la mañana, supo el conde de Mirasol que habían llegado a Portugalete dos batallones procedentes de San Sebastián, con municiones y artillería para la plaza. Entonces dispuso que el coronel Araoz, Jefe de la Plana Mayor, verificara una salida, la que realizó por la puerta de San Agustín. Los cristinos pudieron avanzar hasta Olaveaga, pero allí fueron contraatacados por fuerzas carlistas, y se vieron obligados a reemprender el camino de la plaza, hostilizados

carlismo.es

por los voluntarios legitimistas hasta llegar a la puerta. Aquella mañana, había sido menos agitada, y el bombardeo casi nulo, pero a las cinco de la tarde se reemprendió por los carlistas el fuego de artillería, consiguiéndose que fuera destruído el almacén de pólvora situado junto al fuerte del Circo. Hasta las diez de la noche duró el bombardeo, cayendo sobre la villa ciento treinta proyectiles huecos, que causaron los consiguientes daños, aunque no parece que hicieran víctimas. El 18 por la mañana, el conde de Mirasol, para ponerse en contacto con las fuerzas que estaban en Portugalete, dispuso una segunda salida que él dirigiría personalmente y que serviría para ocultar el fracaso del día anterior, esperando, como siempre, que los cristinos remontarían el río con el material esperado. Las fuerzas que mandaba el conde de Mirasol eran de alguna mayor importancia que el día anterior; las compañías de preferencia de los Regimientos ligeros de voluntarios de Valencia número 4 y Gerona número 3, los cien hombres del Provincial de Compostela, que el día precedente habían tomado parte en el combate, y en lugar de la 4.ª compañía de la Milicia Urbana de Bilbao, iban ahora los cazadores de Mondoñedo, tres oficiales y 25 hombres de nacionalidad inglesa del vapor Reina Gobernadora y la compañía de Salvaguardias. La víspera, la vanguardia estuvo mandada por el coronel Mallol, pero habiendo sido herido, el 18 la mandaba el comandante Capuso. Además, previó la protección que se podía dar a los infantes por medio de los dos obuses montados en las trincaduras Infanta y Veloz, mandadas por los alféreces de navío Carvajal y Ariz. La operación parecía que iba a dar cierto resultado; no hubo gran resistencia por los carlistas. La razón nos la dará un testigo presencial: "Nuestros hombres fingieron una retirada para hacerlos salir; pero viendo que eran demasiado astutos, se precipitaron sobre ellos y los empujaron hacia la plaza. Un capitán de Marina, irlandés, al servicio de la Reina, fué muerto en esta salida; creo que su nombre era O Brien" (1). Quien murió en realidad fué el capitán James Patrick Fitzpatrick. Los cristinos se dieron entonces cuenta de que el río, a la altura de Olaveaga, estaba cortado "con tres hileras de embarcaciones cargadas de piedras y sujetas con varias cadenas de embarcaciones mercantes, cuyos extremos, pasando por groeras abiertas en las paredes de las casas más inmediatas a la

(1) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui".

carlismo.es

orilla, están hechas firmes por dentro" (1). Las dos trincaduras sufrieron el tiro de los carlistas y vieron sus obuses desmontados, heridos de gravedad varios de sus tripulantes y sin otros fuegos que los de la fusilería, por lo que Mirasol ordenó que se retirasen.

Bien habían intentado los de Portugalete socorrer a Bilbao. Allí el primer batallón de San Fernando y el provincial de Jaén, habían llegado procedentes de S. Sebastián en el vapor Reina Gobernadora. El 16 por la tarde, en el lugre Vigilante, la balandra Atalaya y el pailebot Arequibo, se embarcaron las fuerzas de infantería, además de artillería gruesa, municiones y harina. A las cinco de la tarde adelantó el convoy de Portugalete, pero fué hostilizado casi en seguida por los carlistas que estaban apostados en la orilla y que pertenecían a las fuerzas que mandaba Guibelalde. Al llegar a Olaveaga se encontraron que los carlistas "habían cargado de piedras algunas gabarras, y barrenándolas habían echado al fondo, obstruyendo de un modo imposible de vencer el paso de los buques" (2). Ante la imposibilidad de mantenerse en aquel lugar por el constante fuego de los carlistas, el comandante Casero que mandaba las fuerzas, se consideró vencido y ordenó que las embarcaciones regresaran a Portugalete, haciéndolo después la infantería, que llegó a su destino a las dos de la madrugada.

Esto explica cómo los carlistas permitieron que las fuerzas de Araoz, el 17, y las del conde de Mirasol el 18, llegaran hasta Olaveaga, pues sabían que era inútil su avance, ya que el material, los víveres y los refuerzos estaban de nuevo en Portugalete.

Estas operaciones distraían el asedio de Bilbao, que iba perdiendo violencia. La causa era la siguiente: Zumalacarregui tenía el decidido empeño de tomar Bilbao por asalto y bruscamente, pero por desgracia—nos dice un testigo—"tan pronto como Zumalacarregui dejó el mando, su plan de asaltar la ciudad fué desechado, contra la opinión insistente de Eraso. El Rey opinaba que sería un acto injustificable el entregar una ciudad a los horrores de este recurso desesperado de la guerra, pues una tercera parte de la población era carlista, e inocentes y culpables perecerían por igual cuando se desatara la furia de los soldados. Horrorizado por las reflexiones que se le hicieron, el Rey, que es un hombre de una rectitud de conciencia notable, y quien,

(1) Parte del Conde de Mirasol en la "Gaceta de Madrid" del 4 de Julio de 1835.

(2) "Reseña histórica del memorable sitio de Bilbao, publicado por su M. N. y M. L. Ayuntamiento".--Bilbao 1835.

carlismo.es

aunque puede a menudo equivocarse en sus juicios, no cometería por ganar una corona, el menor acto que considerase injusto; dió órdenes terminantes de que sólo fueran asaltados los fuertes y trabajos exteriores de fortificaciones, donde sólo los militares que se defendían sufrirían ante la furia de los vencedores (1). Sea la incertidumbre del estado de Zumalacarregui y la esperanza de que pronto volvería al frente de sus tropas, sea la discrepancia existente entre la opinión del general Eraso y la del Cuartel Real, lo cierto es, que los días 18, 19 y 20 se pasaron con tiroteos de fusil y algún que otro cañonazo, que todavía se redujo más los días 21, 22 y 23, ya que el mismo conde de Mirasol en su parte, dice: "la línea sólo ha sido molestada por algunos fusilazos y por los tiradores que tienen en determinados puntos, que no han dejado de causar algunas desgracias con la certeza de sus tiros" (2). Lo más importante fué, quizás, el que una de las bombas que cayeron en el convento de San Francisco el día 18, y fueron once en total, prendiera fuego en una caja de granadas que se hallaba en la iglesia y éstas hicieron explosión.

Porqué Valdés no auxiliaba a los sitiados

Mientras que los carlistas asediaban Bilbao, el ejército de Valdés permanecía en Miranda de Ebro, apoyado por el de Reserva, a las órdenes del general La Hera. La inacción de Valdés no ha sido todavía explicada; sea que temiera un avance de los voluntarios de Don Carlos hacia Burgos, sea que no creyera en la posibilidad de socorrer a Bilbao, sea que se considerara de antemano vencido por el prestigio del enemigo, lo cierto es que se mantiene como espectador en la contienda del Norte. Verdad es que dispuso que la división que mandaba Latre marchara desde el Valle de Mena (Burgos) a Portugalete, donde pudiera actuar en socorro de los sitiados. Pero esta ayuda no rendiría la eficacia que se pudiera pretender. Se ha juzgado por los escritores liberales muy duramente al general Valdés, y en realidad, hemos de confesar que tenían razón. Flores, a pesar de que ha de tenerse en cuenta que su preocupación principal es realzar la figura del objeto de su historia, que era Espartero, no es ni mucho menos injusto al escribir: "el ejército de la Reina, que se hallaba en Miranda de Ebro, y que debía correr al socorro de los sitiados, lejos de hacerlo así, se mantuvo inmóvil, a pesar de los continuos clamores de aquéllos, y de las reiteradas instancias que el general en jefe hacían

(1) Henningsen.—«Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con Zumalacarregui».

(2) "Gaceta de Madrid" del 4 de Julio de 1835.

carlismo.es

los señores Latre y Espartero" (1). Misterio es éste que el tiempo aún no ha podido descifrar; y que no deja todavía de ocupar la atención de los críticos, vistas las infinitas contradicciones que aquí se observan.

"Un historiador contemporáneo asegura que en virtud de la extraña inacción del general Valdés, representóle Don Manuel Latre los peligros a que exponía la patria; y después de mediar varias contestaciones, le confesó el ministro que tenía órdenes para no empeñar ninguna acción formal con los rebeldes. Si oímos al Sr. Valdés y a sus adictos, señaladamente a los jefes subalternos que tenía a su lado, en el ejército, lejos de ser excitado aquél por los generales Latre y Espartero, a fin de que partiese a socorrer a Bilbao, él sí les ordenó imperiosamente que con sus divisiones protegiesen a aquella villa, mientras que dicho señor general en jefe atría hacia sí todas las fuerzas sitiadoras, que así con efecto lo practicó Valdés, faltando empero los dos generales citados, quienes permanecieron con sus divisiones estacionados, sin saber por qué, tres días consecutivos en Portugalete: pero cuando Valdés creía el movimiento ya efectuado, no estaba aún principiado; que la atención preferente de ese jefe superior de las fuerzas, no se cifraba en entrar con todo su ejército en Bilbao, dejando así descubierto y facilitando el paso a las facciones, que podrían entonces emprender impunemente sus correrías por toda España; sino que procuraba entretenerlas y distraerlas a retaguardia, con la idea de que Latre y Espartero, que estaban más inmediatos, salvasen a Bilbao sin grandes sacrificios, sin disparar tal vez un fusil. Por lo que se ve que, aún siendo falsa la indicada prescripción del gobierno (la cual no ha sido desmentida en forma), estos tres generales diferían en el plan que debía adoptarse para libertar a Bilbao del asedio, y esta disidencia de pareceres, unida a la falta de subordinación, es motivo más que suficente para dar una solución al problema difícil y extraño que nos ocupa" (2).

Como se ve, no hay contradicción entre las dos indicaciones señaladas por Florez, sobre la causa de la inactividad de Valdés. Según unos, era que tenía orden del gobierno de no empeñar una acción decisiva. Hay algo más que una confidencia de Valdés a Latre: hay un documento formal que así lo reconoce, y es el acta de la reunión de generales celebrada en Portugalete el 30 de Junio bajo la presidencia del general La Hera. Allí se consigna que existían "órdenes

(1) Flórez.--«Espartero. Historia de su vida militar y política». Tomo I.

(2) Florez.--«Espartero, Historia de su vida militar y política". Tomo I.

carlismo.es

terminantes que se habían recibido del gobierno, de no aventurar empresa alguna que pudiera comprometer la suerte de las armas" (1). Y en cuanto a que temiera que los carlistas aprovecharan una debilitación de la línea del Ebro para invadir Castilla, es completamente justificada Valdés se halla en un complejo de inferioridad ante la figura de Zumalacárregui. Quizá dude de que Bilbao resista lo suficiente para ser socorrida, pero en lo que casi tiene una certeza absoluta es en que, de empeñarse la batalla decisiva, él será indefectiblemente vencido: la lección de las Améscoas no ha sido olvidada. Ante esta inferioridad del general en jefe cristino, nada hay que oponer, y lo han visto y lo han comprendido sus compañeros de ministerio. Una batalla decisiva en aquellas circunstancias, no es lo que dice Florez, la correría de los carlistas por las provincias españolas, sino el hundimiento total del régimen constitucional y el triunfo de la contrarrevolución y de la legitimidad. Es decir, que todavía el nombre de Zumalacarregui paraliza las acciones de Valdés. No es, por lo tanto, justificado, aunque lo pretenda Florez en varios lugares de su obra, el que Valdés intentara atraer la fuerza carlista sobre sí, para dar lugar a la liberción de Bilbao, pues para ello debía empeñar la batalla decisiva que él quiere y tiene orden de rehuir.

Así se explican importantes aspectos de esta fase de la guerra, pues de otra forma, serían incomprensibles los avances y retrocesos de Valdés. El 15 de Junio se entrevistan en Berberana Valdés y Latre, y convienen que el último acudirá al socorro de Bilbao por Arciniega (Alava), mientras que el primero lo hará por Orduña. Pero el 17 recibe Latre, cuando ya está cerca de Arciniega, una comunicación de su jefe, fechada en Berberana (Burgos), en la que le decía que había determinado, después de pesar el pró y el contra de la marcha sobre Bilbao, mandar una división a Orduña, pero con la orden de que el 18 se replegara a sus antiguas posiciones, cosa que debía hacer Latre al mismo tiempo. Aún cuando en los historiadores no se ha señalado esta marcha de una división a Orduña y regreso a Bernerana, esta operación se realizó por la fuerza que mandaba el brigadier Ribero (2). Latre regresó el 18 a Villacaña de Mena (Burgos), y el 19

(1) Pirala.--"Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista". Tomo II de la 1.ª y 2.ª Edición. Tomo I de la 3.ª Edición.

(2) Felipe Ribero y Lemoyne. Nació en La Plata (Bolivia) en 1787. Entró en el Ejército como Cadete de el batallón ligero del Centro del Ejército del Brasil, y sirvió durante la guerra de América bajo las banderas españolas hasra regresar a España después del convenio de Ayacucho. Quedó indefinido hasta 1828 reingresando en la Infantería. Ascendió a Coronel en 1831, a brigadier en 1835, a Mariscal de Campo en 1836 y a Teniente General en 1838. Man-

carlismo.es

pasó a Castrobardo. El mismo día por la noche, el general Latre recibió el refuerzo de la división de Espartero y la orden de marchar sobre Bilbao. Valdés debía marchar sobre Murguía para distraer toda o parte de la fuerza carlista, pero se le recomendaba que no comprometiese una acción general o aventurada. El 20 dormía la división de Latre en el valle de Mena y llegaba para pernoctar la de Espartero a Valmaseda. Latre llegó a este pueblo el 21 y recibió una comunicación de Valdés en la que éste decía que en vez de marchar por Murguía pensaba hacerlo por Amurrio. Latre le contestó que si desde Amurrio se adelantaba a Llodio, desde Burceña podrían observar sus movimientos. Latre y Espartero llegaron a Santurce y Portugalete, donde dieron descanso a sus fuerzas, y el 22 llegaba Latre a Burceña.

Incidente con los cónsules británico y francés

Mandaba el fuerte de Burceña el comandante cristino Vidaondo, con dos compañías del Regimiento de Isabel II. Cuando el día 13 supo este jefe que la guarnición de Urbanos de Olaveaga iba a abandonar su fuerte y población, procuró ponerse en contacto con la de Luchana, que era dependiente de Olaveaga, para que se mantuviera en su sitio. Para ello, una pequeña partida cristina mandada por el subteniente Lezama, pasó la ría, pero halló que la guarnición de Luchana había abandonado este lugar, después de que el sargento segundo del Provincial de Alcázar de San Juan, Pedro Villar del Toro se había pasado a los carlistas. El pánico cundía en las líneas cristinas, hasta el extremo de que a pesar de estar dos casas del barrio de Zorroza guarnecidas con elementos destacados de la guarnición de Burceña, los milicianos urbanos de Zorroza escaparon en masa para unirse a los carlistas, menos el capitán comandante de dicha Milicia Urbana, un teniente, un subteniente y un sargento primero.

Mientras tanto, en el campo carlista se había suscitado una cuestión con los cónsules extranjeros que estaban en Bilbao. Cuando el cónsul inglés y el capitán del buque de la misma nacionalidad "Saracén", se entrevistaron con Zumalacarregui, éste les autorizó para que dichos cónsules y los comandantes franceses e ingleses pudieran ir por la ría entre la villa y Olaveaga. Mandaba las fuerzas del bloqueo de la ría el brigadier Goibelalde, como ya hemos dicho, y éste se negó a reconocer el pase del inglés, alegando que se le había dado la orden para que pudiera circular sólo por un día. La causa de la mala in-

---

dó fuerzas cristianas en el Norte y cuando la expedición de Gomez y estuvo de Gobernador General de la isla de Santo Domingo de 1862 a 1863. Fué miniatro de la Guerra en 1863 y falleció en 1873,

carlismo.es

terpretación se debía a no habérsele repetido la orden, por lo que se negó a autorizar a nadie que subiera el río o descendiera a Portugalete. Henningsen, que intervino en el asunto, escribe: "Esto, naturalmente, era una equivocación, pero parece que fué un proceder inexcusable, pues lo que hacían era detener barcos ingleses y franceses contra la voluntad del jefe, y el bloqueo sólo se había declarado desde más arriba del río que el lugar donde estaban ellos anclados, donde una doble fila de buques y barcas habían sido hundidas, cerrando el paso de la ría" (1). Para resolver el conflicto, fueron enviados a bordo del bergantín Saracen" el teniente coronel Arjona (2), el capitán Henningsen y otro oficial. Todo quedó resuelto a satisfacción y se convino que al día siguiente los dos cónsules, francés e inglés, sus intérpretes y el capitán del buque británico se entrevistarían con el general Eraso. Esta entrevista se efectuó, y dice un testigo presencial: "Eraso comenzó por disculparse de la detención de sus barcos, por lo cual ofreció destituir al general de la división, que había sido el culpable de esta agresión; y entregó a los cónsules y capitanes pases para ellos o para quien lo sustituyese con responsabilidad. Los cónsules, encontrándole en buena disposición, le pidieron que todos los ciudadanos ingleses y franceses recibieran permiso para entrar y salir libremente en Bilbao. El cónsul francés insistió sobre esto de una manera muy activa, y yo no dudo que si no hubiera sido por esta circunstancia lo hubieran obtenido. Se les dijo que si él no sabía las leyes de la guerra, debería conocerlas; que sólo por favor, una vez declarada la plaza en estado de sitio, los carlistas permitían alguna comunicación con ella, y que habiendo dado al cónsul y a los habitantes autorización para marchar de la villa sitiada, no estaban de ninguna manera obligados a exceptuarles de las penalidades de una

(1) "Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui".

(2) Juan Antonio de Arjona y Tamariz. Nació en Badajoz en 1810. Ingresó en la Artillería en 1824 y el año siguiente pasó a la Guardia Real de Caballería: Era teniente de dicho cuerpo en 1834 cuando emigró a Portugal entrando en la Escolta de Carlos V. Pasó al Ejército del Norte en 1835 con el empleo de Comandante, ascendiendo a Teniente Coronel por su comportamiento en la toma de Villafranca de Guipúzcoa. Siendo coronel en 1837 fué Secretario de campaña del Infante Don Sebastian cuando la Expedición Real, por lo que ascendió a Brigadier. Emigró al firmarse el convenio de Vergara, pero regresó a España en 1848, acogiendose a indulto, quedando en situación de cuartel. En Madrid fué el brigadier Arjona el agente de Carlos VI interviniendo en importantes misiones confiadas por el Rey desterrado. Estuvo en los trabajos preparatorios del alzamiento de 1855 y de 1860. Después de la caida de Doña Isabel, Carlos VII le ascendió a Mariscal de Campo nombrándole Comandante General del reino de Sevilla pero fracasó en sus proyectos de levantar aquellas provincias en la tercera guerra civil. En 1871 fué candidato carlista para diputado a Cortes por el distrito de Marchena. Falleció en Madrid en 1873.

carlismo.es

plaza tomada por asalto. Dicho esto, la petición fué inmediatamente denegado" (1).

La acción del puente de Castrejana

Tal era en su conjunto la situación de Bilbao y sus alrededores al llegar a Burceña las fuerzas que mandaban Latre y Espartero, el 22 de Junio. Lo que pretendían ambos nos lo dice un comunicado de Latre al general Valdés: "intentar, si le es posible, poner corriente la comunicación de Bilbao con Portugalete para que se les pueda introducir los víveres y municiones de que carezcan, y sea posible proporcionarles; y en el caso de no ser eso asequible, y de que la población tenga que entregarse falta de medios de defensa, hacer lo posible para que pueda retirarse la guarnición", y añadiendo que no era posible dar instrucciones terminantes y detalladas porque "carezco de noticias exactas de la posición y fuerzas del enemigo, del estado en que se halla la plaza y su guarnición, y de los pormenores locales" (2).

Lo que antecede, nos va a aclarar lo acontecido el día 23 en las orillas del río Salacedon, en el puente de Castrejana. Si tuviéramos alguna duda de quién fué el vencedor, no tenemos más que releer la obra de Pirala y darnos cuenta del pudoroso silencio con que trató de envolver esta acción, sin embargo, tan importante. Porque pudoroso silencio es el de recoger de un diario de operaciones de un ayudante de Latre las siguientes líneas: "En la mañana del día 23, tampoco hubo novedad, pero ya a cosa de la una, empezaron los enemigos a hacer movimiento, y cayeron sobre la segunda brigada de la división de Castilla, que estaba sobre el puente de Castrejana, con el arrojo que dan sus primeros ataques y la confianza que les inspiraba la artillería que tenían, y más que todo, las ventajas conseguidas sobre nuestro ejército... Aquella noche, después de la acción, se acampó al raso, y al día siguiente volvió el general Latre con las divisiones a Portugalete" (3).

Por su parte, Henningsen escribe diciendo que "Eraso se levantó de su cama para tomar el mando de los tres batallones que se oponían al paso de Espartero, quien, desde Portugalete, no podía llegar a Bilbao sin cruzar el Salcedon, un río que desemboca en Ibaizabal, bastante más arriba que la última ciudad. Toda la orilla Sur estaba

---

(1) Henningsen.--"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui".

(2) Pirala.--"Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista". Tomo II de la 1.ª y 2.ª Edición y I de la 3.ª Edición.

(3) Pirala.--"Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista".

carlismo.es

ocupada por los carlistas, y las casas de enfrente del puente de piedra que atraviesa el río, habían sido aspilleradas, de manera que le rechazaron sin dificultad alguna en todos sus esfuerzos para pasarlo. Un capitán del ejército de la Reina hizo un esfuerzo desesperado para cruzarlo; avanzó con un soldado que tocaba el tambor y 18 hombres; antes que hubiesen llegado al principio del puente, tambor y tamborilero y todo el grupo que había intentado abrirse camino (excepto cinco), incluyendo al valiente capitán, rodaron en el polvo. Los sobrevivientes se retiraron precipitadamente. Espartero, enterado de la marcha de los dos batallones vizcaínos de Castor y de otros dos para cogerle de flanco, se retiró precipitadamente a Portugalete" (1). No es muy preciso el relato del oficial inglés por cuanto no estuvo en la acción; sin embargo, es más extenso y deja entrever más que el del ayudante de Latre.

Tratemos de reconstruir la acción del puente de Castrejana sobre el río Salcedon. Fué una victoria carlista que se ha tratado de oscurecer y quitarle importancia. Hemos visto cómo Latre ha llegado a Burceña, y hemos de fijarnos en su situación. Ha establecido su contacto con el mar, y antes de emprender su marcha, ha racionado y hecho descansar sus tropas en Portugalete y Santurce. Según los cristinos, los carlistas atacaron el 23 con todas sus fuerzas a la segunda brigada de Castilla, formada por los regimientos de Betanzos y Segovia, primer batallón de Borbón y compañías de granaderos y cazadores del segundo de Borbón, a las órdenes del coronel Castañeda (2). Suponer que el ataque parte de los carlistas, es algo absurdo, pues si Latre no pretendía abrirse paso hasta Bilbao, su presencia en Burceña no tenía razón de ser. En esto es más verídico Henningsen, cuando dice que los cristinos fueron los que atacaron. Los carlistas les aguardaban en las casas aspilleradas de Zorroza con el apoyo de tres batallones en el bosque que estaba a media falda de la altura de Castrejana. Espartero había avanzado hasta el fuerte y puente de Burceña y de allí se destacó la brigada del coronel Castañeda para amenazar la izquierda del enemigo por el puente de Castrejana, en cuya operación le apoyaba la brigada Buerens. Tal era la situación la noche del 22. El 23 a mediodía empezó el ataque, haciendo un mo-

(1) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui".

(2) Ramón de Castañeda y Fernández: Nació en Torrelavega (Santander) en 1792. Luchó contra los carlistas y ascendió a Teniente General del Ejército isabelino.

carlismo.es

vimiento los carlistas que trataban de envolver la derecha de Castañeda por el puente de Alonsotegui.

Latre recibió entonces la noticia de que la operación que desde Amurrio debía realizar Valdés, había sido suspendida y por éste se había retirado a Miranda de Ebro. Pero habiendo ya comenzado el ataque, debía proseguirse, fuera para romper el sitio de Bilbao, fuera para llevarse su guarnición como hemos visto confesar al propio Latre. La segunda brigada de la división de Castilla, fué reforzada por la 1.ª y 3.ª, destacándose el primer batallón del 2.º ligero, el 1.º del regimiento de Zaragoza y dos compañías de cazadores del de Córdoba. Por su parte, Espartero, siguiendo la dirección del río Salcedón, marchaba al sitio del combate. Los cristinos deciden emprender el paso del río, empeñándose en el ataque de los carlistas que estaban en posición, sostenida, por dos casas fuertes en Zorroza, y protegidos por parapetos aspillerados. Un grupo de liberales compuesto de la compañía 3.ª del regimiento de Betanzos, según los cristinos pasó el puente y llegó hasta la casa fortificada. "Mas era preciso que este temerario ataque tuviese el resultado que tuvo: todos fueron o heridos o muertos, y el coronel Menacho, con varios individuos de su regimiento, quedaron heridos sobre el puente, sin poder ser recogidos ni por unos ni por otros. Entonces se desistió de nuevo ataque, y por una y otra parte continuó un vivo fuego de fusil, sin más consecuencias, hasta que la noche le hizo cesar del todo", nos dice el general Latre en su parte (1).

Las fuerzas carlistas eran muy inferiores a las cristinas, pues con sus reservas no pasaban de cinco batallones. Las mandaba Maroto y según dice éste: "Sitúeme en las alturas de Castrejana, precisamente cuando las guerrillas de Espartero se presentaron en las opuestas, y por aquel día y el siguiente se redujeron las operaciones a efectuar varios reconocimientos y a un corto tiroteo de algunos cazadores. Como las fuerzas con que yo contaban eran sumamente cortas, no creí conviniese la ofensiva, y así me determiné a conservar mi posición para detener la marcha de Espartero, mientras se redoblaban los esfuerzos sobre Bilbao" (2). Discrepa Maroto de Latre, porque éste reconoce que hubo fuerte combate, mientras que el primero lo reduce a escaramuza de guerrillas. Del relato de Maroto sólo interesa

(1) "Gaceta de Madrid" del 16 de Julio de 1835.
(2) "Vindicación del general Maroto".

carlismo.es

el hecho de que éste no tomara la ofensiva. Disponiendo un conjunto de cinco batallones, era absurdo que, dado su carácter, se lanzara contra dos divisiones, apoyadas por el fuerte de Burceña y a poca distancia de sus bases de Santurce y Portugalete.

El 24, la situación parecía quedar la misma que al anochecer del día anterior. Pero comprendió Latre que detenido la víspera él con Espartero y sin ayuda de Valdés, era imposible el vencer, y confesando implícitamente su derrota, decidió retirarse a Portugalete. El nos lo dice: "la noche se pasó por unos y otros en sus posiciones respectivas: a la mañana se observó que los enemigos habían desistido de toda intención de ataque, contentándose con defender su excelente posición. No debiendo nuestras tropas comprometerse a nuevos ataques, que debían serlas excesivamente costosos, y continuando un temporal de aguas extraordinario, que las había incomodado notablemente por la noche en una altura donde no había ni casas ni árboles de que guarecerse, y por otra parte, por dar cumplimiento a la orden de V. E. que me mandaba retirar donde no pudiera ser comprometido, se determinó la vuelta a Portugalete, y a las doce del día se emprendió la marcha después de haber retirado todos nuestros heridos a la vista y bajo el tiro de los enemigos, que no dispararon ni un solo fusilazo, recelosos sin duda de un nuevo intento" (1). En realidad, los carlistas no quisieron impedir una recogida de heridos, lo que les era fácil, no para evitar un nuevo combate, sino indudablemente por humanidad. No lo podía reconocer Latre, pero bien está que se consigne por una vez.

Según Maroto, "al tercer día de haber permanecido mis fuerzas y las de Espartero al frente una de otra en las mismas posiciones, se presentó Eraso en la línea carlista con algunos batallones más, proponiéndose a atacar a Espartero. Juzgué dicho refuerzo insuficiente al efecto, y convencido de que no se podría lograr ventaja alguna, opuse mi dictamen para que no se tomase la ofensiva. Eraso, empero, revestido del mando superior, empeñó un tiroteo que puso a los carlistas en el compromiso de ceder" (2). Aunque estas líneas rezuman la malquerencia de Maroto contra Eraso, no por esto dejan de ser significativas, puesto que si el 24 con refuerzos no quiere empeñar combate atacando al enemigo, el general Maroto, menos iba a atacar el 23 teniendo menor fuerza. Estando ya claro que la acción del puente

(1) "Gaceta de Madrid" del 16 de Julio de 1835

(2) "Vindicación del general Maroto."

carlismo.es

de Castrejana, fué una tentativa liberal para romper el cerco de la línea de Bilbao, debemos recoger otro detalle significativo para demostrar que los carlistas se mantuvieron en sus posiciones sin atacar al enemigo, resistiendo las tentativas de éste. Los cristinos en su intento trataron de pasar el río y, como hemos visto, en el parte se dice que el coronel Menacho con varios de su Regimiento, quedaron heridos sobre el puente, pero como antes se ha afirmado que dicho coronel "fué el primero que pasó el puente y llegó hasta la casa fortificada" (1), resultaría que Menacho habría caído herido al replegarse, no siendo así, sino al atacar, y como fué en el puente donde cayó, resulta evidente que los cristinos no pasaron el puente de Castrejana. El mismo parte dice: "una partida del 2.º ligero volvió al puente, y recogió y salvó a todos nuestros muertos y heridos, y entre éstos al coronel Menacho, atravesado el pecho de una bala de fusil."

Derrotado Latre en el puente de Castrejana, regresó a Portugalete como hemos visto, hostilizado por los carlistas que éste es el significado del tiroteo ordenado por Eraso y del que habla Maroto. Las pérdidas cristinas confesadas ascendían a un oficial y treinta individuos de tropa muertos; un jefe, once oficiales y 145 de tropa heridos; dos jefes, dos oficiales y quince de tropa contusos. Las pérdidas correspondían a los Regimientos de Cazadores de la Guardia Real, Almansa, Príncipe y Córdoba, de la división de Espartero, y de los regimientos de Zaragoza, Borbón, voluntarios de Aragón, Betanzos y Segovia, pertenecientes a las brigadas que formaban la división de Latre. El oficial muerto, era el capitán Berea, del Regimiento de Zaragoza; el jefe herido gravemente, el coronel Menacho (2), del Regimiento de Betanzos, y los dos jefes contusos, el teniente coronel mayor del Regimiento de Almansa, Bárcena y el coronel del Regimiento de Aragón, Cerezo.

Parece ser que Eraso después de esta acción consideraba que Bilbao no seguiría resistiendo. Durante las operaciones de Castrejana, hemos visto que había amenguado el fuego de los carlistas sobre la plaza. Pero el 24 se observó desde Bilbao que los carlistas dejaban las alturas de Castrejana, volviendo a ocupar las anteriores alrededor de

(1) "Gaceta de Madrid" del 16 de Julio de 1835.

(2) Benito Menacho y Calogero. Era el hijo mayor del glorioso defensor de Badajoz cuando la invasión napoleónica, D. Rafael Menacho y Tutiló (1766-1811). Siendo menor de edad cuando murió su padre, la Regencia de Cádiz le concedió la charretera de oficial así como a su hermano Tomás. Sirvió con gran bravura en las filas liberales duramte la guerra y ascendió a brigadier en 1852.

carlismo.es

la villa, rompiendo poco después el fuego desde la altura de Miravilla. Los artilleros dispararon arrojando sobre Bilbao catorce bombas de a 12 pulgadas y setenta y cuatro granadas de a 7 y varios tiros de cañón. El fuego, como hemos visto, comenzó desde Miravilla a mediodía.

Se conoce en Begoña la muerte de Zumalacarregui

Fué este día 24, importante por dos acontecimientos: Uno, la muerte de Zumalacarregui; el otro, la dimisión de Valdés. Confiaban los carlistas que la herida de su jefe venerado no era de gravedad. "Habíamos recibido hasta entonces buenas noticias de la convalescencia de Zumalacarregui, y nos unimos al sentimiento de nuestros soldados, que replicaban a los gritos del enemigo, que decía que habíamos perdido nuestro jefe: Veréis dentro de unos pocos días si lo hemos perdido. A la mañana siguiente nos llegó la noticia de su muerte como una bomba. Cuando volvía del Monasterio de San Mamés, donde había estado, todos presentaban un semblante misterioso y acongojado. Enseguida comprendí que alguna desgracia había ocurrido, pero nunca sospeché la realidad. Todavía intentaron ocultarla a los soldados; pero la noticia volaba en todas direcciones por las filas, aunque en forma de cuchicheo. Pareció, sin embargo, que la noticia desmoralizó menos a los soldados de lo que yo había imaginado, aunque muchos de los oficiales y clases de los Guías que todavía estaban alojados en Begoña, no podían ocultar sus lágrimas."

"Poco a poco se empezó a hablar más claramente, y los batallones navarros, y particularmente los Guías, pedían a grandes voces se les dejase emprender el asalto de Bilbao, para vengar su muerte. "Iremos sin saqueo". "Iremos sin las cien onzas". "Iremos aunque el infierno esté delante de nosotros." Estas eran sus incesantes exclamaciones.

"Si se hubiera querido aprovechar el entusiasmo de las tropas, Bilbao podía haber sido tomado antes que la columna que avanzaba, y que venía titubeando, nos hubiera forzado a levantar el sitio" (1).

Pero nadie puede dudar que en aquellas condiciones el asalto de Bilbao hubiera sido un día de luto con pocos ejemplos en la historia. No se hubiera saqueado, pero la matanza hubiera sido horrible, y nadie lo hubiera podido impedir. Los carlistas hubieran vengado en los vecinos de Bilbao, militares y paisanos, la muerte de su jefe. Esto es lo que previó Carlos V, y esto es lo que se procuró evitar. No el

(1) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con Zumalacarregui».

carlismo.es

asalto, que ya se había rechazado como medio, ni la prolongación del asedio, podían servir para reducir la villa. A nuestro entender, la muerte de Zumalacarregui termina con el empeño carlista de conquistar Bilbao, pero tampoco se abandonó sin un último esfuerzo: aprovecharse de la victoria de Castrejana.

Esta tentativa frustrada de los cristinos, había causado desaliento en Bilbao. Un liberal de aquella villa nos lo confiesa: "Cuando nuestras tropas se aproximaron a esta villa, ocupando los puntos de Burceña y Castrejana, con las alturas inmediatas en frente de la línea de los facciosos, creímos todos que el día 22 sería el del levantamiento del sitio, pero al ver que pasaban días y más días sin que se nos socorriese, crecía nuestra admiración, y en tal estado de ansiedad, nada tenía de particular, el que cada uno en la fuerza de su despecho formase acaso siniestras conjeturas acerca de los motivos que podían causar tan inesperado retraso" (1). Aprovecharse de este momento psicológico de los sitiados era conveniente, mucho más que el del furor de los carlistas por la muerte de Zumalacarregui.

El otro acontecimiento del día 24, fué la dimisión del general Valdés, quien pretextando su enfermedad, entregó el mando al brigadier Tello (2), que era el más antiguo de los que se hallaban en Miranda de Ebro. Conocida la noticia el 25 por el general La Hera, que se hallaba en Bribiesca, marchó inmediatamente a Miranda, donde conferenció con los generales Valdés y Bretón, brigadier Tello y otros jefes, encargándose del mando, hasta que llegara el nuevo jefe del ejército cristino del Norte.

El 26 los carlistas adelantaron sus trabajos en la línea de Bilbao, contra la batería de Larrinaga, y durante la noche hicieron un foso en el punto llamado del Perú, desde el cual los tiradores carlistas tuvieron la población en una continua alarma. Fué el 27 cuando Don Carlos V, se presentó personalmente a tomar el mando por la muerte de Zumalacarregui. Recorrió lentamente las líneas carlistas, devolviendo con su presencia y sus palabras el ánimo de los que habían podido decaer pasado el furor primero. En realidad, el 27 de Junio será el último día de las verdaderas hostilidades contra Bilbao. Se rompió el fuego a las tres y media de la madrugada. Dos nuevas ba-

(1) Sotero de Goicoechea.-"Memoria histórica de los sucesos ocurridos en Bilbao durante el memorable sitio desde el 10 de Junio al 1 de Julio":--Bilbao 1835.

(2) Juan Fernández Tello. Nació en Cádiz en 1788. Sirvió duarnte la guerra de la Independencia, y en la primera guerra civil contra los carlistas, en la que ascendió a Mariscal de Campo.

carlismo.es

terías, sobre el camino de Bermejo, la una; la otra, enterrada en la casa llamada Atorrecha, para fuegos curvos, rompiendo el fuego contra las baterías cristinas de Larrinaga y Solocoeche. La batería de Larrinaga fué la más castigada; su casa cuartel quedó enteramente deshecha y sus morlones (1), compuestos de sacos de tierra, desaparecieron. La villa, al mismo tiempo, recibía cincuenta y cuatro bombas de á 14 pulgadas, sin contar las balas de cañón.

Los sitiados piden parlamento

Después de la hora del mediodía, habiendo los carlistas cesado en el fuego, enviaron, según dice el conde de Mirasol en su parte (2), un parlamentario. Pero Henningsen afirma que la iniciativa había partido de Mirasol. "El gobernador, deseando ganar tiempo, mandó un emisario con una bandera de tregua, quien indicó que deseaba tener alguna comunicación con los sitiadores" (3). Por su parte, dice Mirasol: "Mi espinosa posición por escasez de munición, y por la duda de si sería o no socorrida la plaza, me hizo concebir la idea de entretener el tiempo para ganar lo adelantado en la fundición de balas de cañón y en la fábrica de pólvora que había establecido, quise dar un respiro a la población, y dando lugar á una conferencia, ver de cerca los jefes enemigos para medirlos y entablar al propio tiempo otras negociaciones, y cuyos resultados tuvo principio y no llegó a coronarse por la heroica impaciencia de los sitiados" (4). Si pudiéramos nosotros dar crédito a Maroto, tendríamos dos puntos interesantes á recoger, pero no nos atrevemos á tanto. Lo señalamos, sin embargo, por si hay alguien que sea más atrevido en aceptar aquel testimonio que nosotros. Cuando pretende Maroto que ha recibido una carta particular de Villemur en que decía: "que observase las operaciones de dicho general—se refiere a Eraso—y que comunicase cuanto notara; pues se había llegado á entender que tenía alguna inteligencia con los jefes de la plaza", parece indicar Maroto o dar a entender que se dudaba de la lealtad de Eraso, cuando es evidente se refería a que este general había hecho trabajos para obtener la rendición de la plaza. También dice el mismo Maroto: "Daban mayor peso a este juicio los apuros en que se encontraba la plaza, que había ofrecido rendirse siempre que la división de Espartero fuera rechazada, siendo además

(1) Se llama así la parte del parapeto entre cada dos troneras de la batería.

(2) Gaceta de Madrid del 16 de Julio de 1835.

(3) Henningsen.—"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascongadas con Zumalacarregui".

(4) "Gaceta de Madrid" del 16 de Julio de 1835.

carlismo.es

bien público que, unos días antes había mandado Eraso a los sitiados un parlamento que fué desempeñado por Zaratiegui y Arjona, y esto dió lugar a los varios conceptos que se formaron en aquellos días hablando de combinación entre Eraso y el gobernador" (1). Como Maroto tenía la fatalidad de no hacer nada a derechas, atribuyó la entrevista de los parlamentarios carlistas con Mirasol a unos días antes del tercer día de la acción de Castrejana, cuando en realidad ésta tuvo lugar el 23, y la entrada de los parlamentarios a Bilbao fué el 27.

Suponemos nosotros que algo hubo de contacto y negociaciones entre Eraso y el conde de Mirasol antes del 27. Nos fundamentamos en algunos detalles que son, a nuestro entender, bastante significativos. Uno de ellos, es la misma invitación a capitular que se dirige por Eraso al gobernador o jefe superior militar de la plaza de Bilbao el 27 (2). No desconocía Eraso que el mando de Bilbao estaba concentrado en manos del conde de Mirasol. Esta comunicación la manda por duplicado; una al jefe de la plaza, la otra, al alcalde de Bilbao, Don Juan Ramón de Arana. Parece que se quiere por Eraso desconocer personalmente a Mirasol, y buscar en el elemento civil una actitud favorable a la capitulación, como si Mirasol no se atreviera a consultar sobre el particular con las autoridades civiles de la villa. Otro hecho que recogemos es que, abundando con tan buenas razones en su parte para acoger a los parlamentarios carlistas, partió de él como en su respuesta bien claramente lo manifestaba a Eraso (3). Por último, el tono tan ambiguo, que lo mismo puede ser la de alargar unas conversaciones consiguiendo una tregua—pobre tregua de apenas unas horas—que realmente sondear el estado de la población, sobre la conveniencia de capitular. El conde de Mirasol no rechaza la capitulación, y pide solamente que se escuche su opinión en una entrevista con los parlamentarios. Pero lo más grave, es cuando dice que quería conocer a los jefes carlistas para hacerles ciertas proposiciones, y resulta que el enviado por Eraso era amigo particular del conde de Mirasol, pues el teniente coronel Arjona lo había conocido cuando el padre del jefe carlista era gobernador de Sevilla y, por lo tanto, no tenía necesidad de medirlo ni tantearlo, pues bien sabía su carácter recto y honrado.

---

(1) "Vindicación del general Maroto"
(2) Documento n.º 8 del Apéndice Documental.
(3) Documento n.º 9 del Apéndice Documental.

carlismo.es

El enigma histórico sólo lo podría resolver si se hallara en los documentos que haya podido dejar el conde de Mirasol y que tengan carácter confidencial, algo que lo esclareciera, aunque si hubo algún designio de capitular, fracasado el proyecto, destruiría todo aquello que en lo porvenir pudiera perjudicarle.

Reconstruyamos los hechos. Eraso, al que la victoria de Castrejana no cegaba, después de haber conferenciado con el Rey decide la última tentativa para tomar Bilbao. Sabe muy bien que grandes masas del ejército enemigo tratarán de socorrerla en cuanto Valdés sea reemplazado, que toda la influencia desmoralizadora del bombardeo ha tenido que ser conseguida, y que en Bilbao ha de haber consternación por la retirada de Latre y de Espartero en su tentativa del 23. Todos los factores morales juegan ahora en favor de los carlistas; el Rey, por su parte, prohibe el asalto, fundándose en las razones que hemos expuesto. Así, después de intenso bombardeo, manda la intimación a la plaza para que se rinda. En Bilbao, Mirasol, que la ha recibido al mediodía y sabe que también la ha recibido el Ayuntamiento, espera la contestación de éste. El Ayuntamiento se ha reunido y acuerda que no se prestará a capitulación de ninguna especie. Se reúnen los concejales en casa del conde de Mirasol y expone el alcalde Arana su opinión y la del Ayuntamiento de rechazar la intimación. Hasta las once de la noche, no redacta el conde su contestación a Eraso, imprecisa, dejando no lo que se llama vulgarmente un portillo abierto, sino muchos portillos, que dan la sensación de que se va a capitular.

Admitir en tales circunstancias conversaciones con parlamentarios, implica el comienzo de una capitulación. Hasta las cinco de la mañana siguiente, o sea, el 28, no recogen los carlistas la contestación de Mirasol, y ésta, como se ve, es para solicitar el envío de parlamentarios. Son designados por Eraso, el coronel Zaratiegui y el teniente coronel Arjona y marchan a Bilbao (1). A las once y media de la mañana—el conde de Mirasol, dice "a cosa de las diez"—"los enemigos envían a dos de sus oficiales, un coronel y un teniente coronel. Fueron recibidos en la puerta con mucho decoro y acompañados hasta el alojamiento del señor comandante general por el jefe de la plana mayor Don Manuel Araoz, el corregidor y alcalde Don Juan Ramón de Arana. Después de canjeados los respectivos cumplidos de estilo, y que hubiesen tomado caldo y sopa, se encerraron en el ga-

(1) Documento n.º 10 del Apéndice Documental.

carlismo.es

binete con el general para tratar del objeto de su venida. La sesión fué corta, porque apenas duró media hora. Los parlamentarios, en nombre de su rebelde jefe, Don Francisco Benito de Eraso, intimaron la rendición de la plaza, concediendo los honores de una capitulación. Representan á nuestro comandante general los estragos sufridos por la villa en el bombardeo, la gravísima responsabilidad que pesaba sobre él, si demoraba la entrega, y finalmente, se apoyan en la ninguna esperanza que podría tenerse de ser socorridos por nuestras tropas; lo primero, porque sobre Valdés habían caído fuerzas que le obstruían el paso, y lo otro, por haber sido el general Latre completamente derrotado en las inmediaciones de Castrejana.

"Nuestro general, que meditaba el plan de entretener a la canalla, no dudando en los socorros que esperaba recibir, con aquella calma y dignidad que le caracteriza, aparentó sentir el peso de las razones que le hacían, y con el mayor tino contestó en militar, político, filósofo y caballero, Manifestó que nadie mejor que él sabía los derechos que la heróica población bilbaína tenía a su aprecio y consideración por los inmensos sacrificios que estaba haciendo; pero que para entrar en preliminares con su jefe Eraso, le era preciso, ante todas las cosas, estar cerciorado de la vedad de los hechos que se le referían, para lo cual, exigía que con el salvoconducto correspondiente, se permitiese a uno o dos de sus oficiales, pasar a Portugalete, quedando igual número de oficiales de la misma graduación en la plaza, hasta el regreso de los nuestros. Contestaron los parlamentarios que así lo harían ver a su general, ofreciendo la respuesta para las tres y media de la tarde, á lo que añadió nuestro comandante general que hasta dicha hora quedarían suspensas las hostilidades en toda la línea; con lo cual se dió fin á la conferencia, despidiéndose los parlamentarios, y con el mismo orden que entraron, fueron acompañados hasta la puerta" (1).

Incidente con los parlamentarios carlistas

Mirasol dice en su parte: "la conferencia se prolongó todo lo que yo pude, teniendo por único resultado entre conversaciones vagas y de difícil redacción haber satisfecho mis intenciones y pedir que un oficial pudiera pasar a Portugalete para conferenciar con el general Latre" (2).

Dice Henningsen que los parlamentarios "vieron enseguida, sin embargo, que no tenían ninguna intención de rendirse. En lo que le

(1) Goicoechea.--"Memoria histórica de los sucesos ocurridos en Bilbao durante el memorable sitio".

(2) "Gaceta de Madrid" del 16 de Julio de 1835.

carlismo.es

concernía, se portó muy cortésmente; almorzaron con él, y al salir fueron escoltados por varios de sus oficiales hasta las puertas. Se formó un grupo con los habitantes más turbulentos de la ciudad, para insultarles a su paso. Eran principalmente, de la clase comercial o de la más ínfima categoría; y no contentos con gritarles desde lejos, al final se aproximaron. Arjona paró inmediatamente y dijo que no seguiría adelante, entre los insultos de un grupo de malvados. "No podemos evitar—dijo el comandante—que el pueblo exprese su sentir".

"Arjona dijo que si no les podía imponer silencio y hacerles respetar a un parlamentario, que en todas partes era sagrado, volvería a casa del gobernador." ¡Oh!—dijo el cristino con desprecio—, no temá nada, no le harán ningún daño!". "No—dijo Arjona, que era un joven y animoso oficial—. No tengo miedo por mí mismo; podrían matarme; pero mañana, ciento cincuenta de sus oficiales estarían colgando al otro lado del Puente Nuevo, por Antonio Arjona".

"Fué al final de este puente, donde fueron ejecutados los oficiales de los Provinciales de Granada el anterior Enero" (1).

La manifestación hostil a los parlamentarios, dejaba entrever a éstos toda la maniobra que se pretendía hacer, sea que Mirasol hiciera dar tiempo al tiempo, o bien, que si sintió deseos de capitular, los liberales bilbaínos se lo impedían. "En el tránsito tuvieron que presenciar un espectáculo grandioso: la población heroísima de Bilbao, sin poder penetrar los arcanos de nuestro dignísimo jefe militar, creía acaso que se trataba de rendir la plaza, cuya idea atormentaba a tantos leales, prorrumpe en vivas los más ardientes a Isabel II, y a la libertad. Los parlamentarios tuvieron que aguantar estos transportes de la más sincera exaltación... Manifestáronse, sin embargo, resentidos de aquellas manifestaciones, en las que suponían un insulto hecho a sus personas, puestas en aquellos momentos bajo la salvaguardia y protección de la guerra y el derecho de gentes. Nuestro general, que advirtió desde su balcón el bullicio, y adivina la causa, baja presuroso a la calle, proclama el orden, reconviene a muchos, y nuestros facciosos parlamentarios, prosiguen su camino, recibiendo con esto la única satisfacción que podía dárseles" (2).

En realidad, el populacho de Bilbao, la chusma y hez de la ciudad vizcaína, que eran los que, renegando de su religión y de sus fueros,

(1) "Herningsen:--"Campaña de doce meses en Navarra y provincias Vascongadas con Zumalacarregui.

(2) Goicoechea.--"Memoria histórica de los sucesos ocurridos en Bilbao durante el memorable sitio".

carlismo.es

se habían entregado al liberalismo, se manifestó violentamente contra los carlistas que habían entrado en la plaza bajo todas las garantías de estas circunstancias. Mientras Carlos V no temaba Bilbao, para ahorrar sangre de los mismos bilbaínos, aquellos energúmenos, ultrajaban a los oficiales del Rey y trataban de egredirles. Y, sin embargo, los carlistas continuaron con toda nobleza el comportamiento iniciado. Ellos dijeron que darían la respuesta de Eraso a las tres y media; después de las tres, los menajeros carlistas entregaron el documento por el que el jefe carlista intimaba que antes de dos horas se formalizaran las bases de capitulación (1). La respuesta del conde de Mirasol fué inmediata: "Se puede romper el fuego cuando se quiera", y hemos de reconocer lealmente que entre tantas frases célebres de que están empedradas las historias, muchas de ellas sin ninguna garantía de haberse pronunciado o escrito, no tienen la grandeza de la contestación del conde.

El ejército cristino de auxilio no encuentra enemigo

Los carlistas vieron fracasada su tentativa última sobre Bilbao. Y sin embargo, no era tan impopular como parece la idea de entregar la plaza. El mismo Goicoechea, escribe: "Durante la tregua, varios urbanos suben a Miravilla, altura desde la cual los enemigos nos han asestado los más de sus mortíferos fuegos. Hablan y beben juntos" (2). Pero sabe el general Eraso que Bilbao resistirá y habrá de ser tomado por las armas, con todos sus horrores, y el Rey ha prohibido tal cosa.

Se limitan los carlistas al bombardeo iniciado a las cuatro de la tarde del mismo día 28. Son disparadas y caen sobre la ciudad y las fortificaciones, veintiséis bombas de a 14 pulgadas y setenta y ocho granadas. Y al llegar la noche, comienza la retirada de la artillería sitiadora. Desde este momento, podemos decir que el sitio de Bilbao ha terminado virtualmente; de esta retirada de la artillería carlista, que empequeñece la acción de las fuerzas cristinas que vinieron a libertar la plaza, pues no fueron ellas las que levantaron el asedio de Bilbao, dado el hecho de que acudieron cuando ya no había sitiadores, tenemos la confesión del propio enemigo. En un parte de Fernández de Córdoba, fechado en Valmaseda, el 2 de Julio, dice: "la artillería aseguran que ya empezaron a retirarla el domingo" (116), y el domingo anterior al 2 de Julio de 1835, era el 28 de Junio.

(1) Documento n.º 11 del Apéndice Documental.

(2) Goicoechea.--"Memoria históricade los sucesos ocurridos en Bilbao durante el memorable sitio".

(3) Suplemento extraordinario de la "Gaceta de Madrid" del 5 de Julio de 1835.

carlismo.es

Pero además coinciden las informaciones particulares de la Prensa cristina. Así, leemos en un periódico progresista, corifeo de la fracción más exaltada: "Por el correo de la mala han llegado hoy cartas de Vitoria que alcanzan hasta el 30. Dicen las más fidedignas, que viendo los facciosos el movimiento de nuestro ejército sobre Orduña, habían levantado el bloqueo el día 29, retirándose en número de 12.000 hombres con la artillería a Zornoza a tomar posiciones, y quedando unos tres mil de observación en Bilbao" (1). Por su parte a otro importante periódico cristino de Madrid, se le escribía desde Vitoria con fecha del mismo 30 de Junio: "Por los tres caminos por donde se dice van a obligar a levantar el sitio de Bilbao, nuestras columnas, se dirigen tres divisiones facciosas a su encuentro. Para esto, han retirado a Galdácano la mayor parte de la artillería. La restante, con algunos batallones, les sirve para continuar el sitio" (2). Aunque imprecisas las noticias que dan, coinciden con el parte de Fernández de Córdoba acerca de la retirada de la artillería sitiadora el 29, es decir, por tener que hacer la operación de noche, en la del 28 al 29 de Junio, que es la fecha en que virtualmente termina el asedio.

Así no es de extrañar que el 29 se dispararan por los carlistas algunos tiros de cañón, arrojando algunas carcasas (3), y la fusilería fué intermitente, pues se entretuvo a ratos por una y otra parte. El 30, dice Mirasol en su parte, "se pasó sólo con algunos fusilazos y alguno que otro tiro de cañón" (4). Es, por lo tanto, completamente incierto que los carlistas empezaron a retirarse cuando las fuerzas auxiliadoras estaban cerca. Estas avanzaron sin disparar un solo tiro y sólo unas cuantas compañías estaban alrededor de Bilbao bloqueándola, pero no sitiándola, impidiendo que los de la población pudieran entorpecer la retirada general del ejército carlista, emprendida por el Cuartel Real a Durango. Pura fantasía de Pirala, es la que nos dice que el 1.º de Julio "la nueva aurora la saludaban los tambores carlistas con la diana" (5), por cuanto un testigo ocular dice lo siguiente: "he aquí un día que amanece más benigno; él pone un término a nuestras fatigas. Diana facciosa no tan prolongada como los días an-

(1) "Eco de Comercio" de Madrid. Año 1835.--Número 429.
(2) "Revista Española" de Madrid. Año 1835.--Número 124.
(3) Se llamaban carcasas a una especie de bombas incendiarias.
(4) "Gaceta de Madrid" del 16 de Julio de 1835.
(5) Pirala.--"Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlistas.

carlismo.es

teriores, y al parecer de un solo tambor" (1). De un solo tambor, lo que confirma cuanto hemos expuesto.

Hagamos un resumen de los movimientos de los cristinos desde el 24 de Junio al primero de Julio, fecha en la que no es que hicieran levantar el sitio de Bilbao, pues como queda probado, del sitio desistieron antes los carlistas. El general cristino La Hera estaba en Miranda de Ebro, y cerrándole el paso por Amurrio ocho batallones carlistas, mandados por el brigadier Villarreal. Derrotados Latre y Espartero en Castrejana, volvieron al cantón de Portugalete con sus divisiones. Según unos historiadores, Espartero incitó a La Hera a que corriera en socorro de Bilbao. Existe una carta de Espartero a La Hera, que éste ha declarado apócrifa, y a la que opone La Hera una defensa de su actuación, que reproduce Pirala. Habría contradicción entre la carta de Espartero, fechada el 28 (2), y los movimientos de La Hera. No entramos ni salimos en la cuestión. Parece, sin embargo, que hasta que Espartero no se puso en contacto, sea personalmente, según Latre, sea por su carta, según La Hera, no se llegó a la unidad de miras. Según La Hera, después de concentrar las fuerzas que mandaban el general Bedoya y los brigadieres Gurrea y López, el 27 se emprendió la marcha, pasando por Puente Larrá, luego por Espejo y Osma, a Villalba de Losa, mientras que la vanguardia fué a Berberena, todo ello en la provincia de Burgos. El 28, estas fuerzas pasaron por la Peña Nueva de Orduña, la Sopeña a Menegaray y Arciniega, ya en la provincia de Alava. La Hera, con las fuerzas que mandaba y su Cuartel general bajó por la Peña de Aro a la tierra de Ayala y pernoctó en Arciniega. El 29 todo el ejército cristino seguía por Valmaseda y Sopuerta, y el 30 llegó a Portugalete. Sobre la carta de Espartero, dice La Hera: "el día que llegué a Arciniega recibí una comunicación de Espartero, fechada en un pueblo que se hallaba a mi espalda, en la que sencillamente me decía que había llegado allí, y que al día siguiente se me reuniría sobre la marcha, como sucedió cerca de Valmaseda" (3).

El 30 se llegó a Portugalete, pero antes del fin de la etapa, recibió el general La Hera la noticia que acababa de nombrarse general del Ejército del Norte con carácter de interino, a Fernández de Córdoba.

---

(1) Goicoechea:--"Memoria histórica de los sucesos ocurridos en Bilbao durante el memorable sitio".

(2) Documento n.° 12 en el Apéndice Documental.

(3) Pirala.--"Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista".

carlismo.es

Además se le admitía la dimisión de Jefe del Ejército de Reserva. Llegaba a Portugalete sin mando efectivo, pero ante la insistencia de Latre y otros jefes para que emprendiera algo en socorro de Bilbao, aceptó La Hera convocar una reunión de jefes, que tuvo lugar el mismo día a las seis de la tarde. La presidió La Hera, y asistieron los generales Latre y Espartero, los brigadieres barón de Solar de Espinosa, Bernuy (1), Buerens, el barón de Meer, Oráa, Méndez Vigo (D. Santiago), Tello, Ribero, Chacón, Gurrea (D. Miguel), y San Miguel (don Evaristo (2), y los coroneles Méndez Vigo (3) Ulibarri, Cerezo y Ponte. Los acuerdos fueron que el general La Hera continuara en el mando de las fuerzas, y que se emprendiera una marcha para salvar Bilbao. Esta comenzó el día 1.º de Julio antes del amanecer, y llegaron los cristinos a Bilbao, sin haber disparado un solo tiro, por cuanto el sitio estaba levantado antes de que se reunieran en Portugalete.

La mayor pérdida que tuvieron los carlistas ante Bilbao, fué la de Zumalacarregui, que era la máxima que podían tener. De tomarse la ciudad por asalto, es indudable que Bilbao hubiera sucumbido, pero el ahorrarse las escenas desoladoras de una ciudad tomada a sangre y fuego, costó al ejército carlista, la pérdida de su jefe, sin la compensación de haber conquistado la plaza. El conde de Mirasol estuvo constantemente en la brecha para cumplir con su misión, y se mostró digno de contender con el ejército Real, fueren los que fueren los proyectos que hubiese tenido sobre la capitulación.

Por un rasgo de bondad pierde D. Carlos la corona

A esta altura de las circunstancias, si era cierto que Zumalacarregui se oponía a la empresa del sitio de Bilbao, y ésta es abandonada, resultará que el general hablaba con razón; pero Zumalacarregui no era opuesto a dichas operaciones, como se demuestra con su resolución de acudir a ella y comenzarlas con el mejor éxito, por cuanto desde la primera embestida tuvo el acierto o la suerte de abrir con su artillería tres brechas en punto tan delicado y estratégico como era el fuerte del Circo, destruído el cual, las guarniciones de los otros fuer-

(1) Federico de Bernuy, Marqués de Campo Alegre. Nació en Ecija (Sevilla) en 1790. Sirvió durante la guerra de la Independencia y tomó partido por Doña Isabel en la primera guerra civil, ascendiendo a mariscal de Campo.

(2) Este general y escritor era el que en 1823 fué ministro de Estado en el período constitucional de Fernando VII.

(3) Froilán Mendez Vigo y García de San Pedro. Hermano de Don Santiago y como el asturiano. Alcanzó el empleo de mariscal de campo y murió asesinado por las turbas en Valencia siendo Capitan General de dicha región militar en 1838 al pretender restablecer el orden alterado por los exaltados.

carlismo.es

tes a derecha e izquierda, el de Solococche y el de Mallona no podían cruzar los fuegos de sus fusileros para atacar de flanco a los asaltantes que intentaran penetrar en Bilbao por el punto roto. A mayor abundamiento, como después se comprobó, la plaza necesitaba con urgencia refuerzos, armas y municiones, que no llegaron por haber fracasado las tropas de Latre en su intento de romper la línea a la parte de allá de la ría. Este otro extremo viene a confirmar que Zumalacarregui sabía su oficio y no era un autómata al capricho de nadie, porque nunca lo fué. Supo, pues, a donde iba, actuó con acierto y hubiera completado satisfactoriamente su plan si no le hieren, precisamente en el trance de la suprema decisión.

Antes del pequeño armisticio a que dió lugar el intercambio de parlamentarios, estaba bien el bello gesto de Don Carlos repugnando el asalto, porque considerándose Rey de todos los españoles, juzgaba extrema dureza someter al saqueo la villa, donde, además, ciertamente, contaba con numerosos partidarios. Después de aquella breve suspensión de hostilidades, por la que los sitiadores pudieron apreciar, pese a los alardes de la pequeña turba que insultaba a los parlamentarios carlistas, que la fruta estaba madura, la decisión del Rey era extemporánea, ineficaz y de más graves consecuencias que las que hubiera tenido el asalto, porque conforme a la antigua sentencia: "si quieres paz, prepara la guerra"; en guerra se estaba como medio de pacificación del reino, al que se quería enquiciar en sus leyes y costumbres genuinas venciendo a la revolución, llenas de malignos exotismos. Expugnada Bilbao, último baluarte del liberalismo en el Norte, la guerra hubiera tomado una última fase decisiva y favorable tal vez para la Causa de la Legitimidad. Por haber abandonado la empresa, por ahorrar, sustos y daños a una población, es decir, un día de luto, según la frase consagrada, la guerra se prolongaría varios años. Henningsen, cuya lealtad carlista es indiscutible, lo comenta con acierto: "Esta falsa clemencia, o más bien debilidad, de que los Borbones han sido tan amenudo culpables, ha sido causa de que se hayan derramado mares de sangre. ¿No hubiera sido mejor que una parte de aquellos tibios partidarios de dentro de la ciudad hubieran perecido, que no el que cientos de aquellos que junto a él estaban armados y habían consagrado su existencia a su causa, cayeran en combates sucesivos?" (1).

(1) Henningsen.--"Campaña de doce meses en Navarra y Provincias Vascogadas con Zumalacarregui"

carlismo.es

Por un rasgo de bondad, Don Carlos perdió la corona, y coincidimos con el parecer del capitán inglés. No por eso se han dormido durante más de un siglo los carlistas. Ellos se atienen a las palabras del Señor: "Vigilad y Orad". "Porque no sabéis el día ni la hora". No han tenido prisa. Rezan y esperan. No han sentido el apetito del poder, que no es goce, sino sacrificio. Han sabido lo que era esperar. Esta "HISTORIA" nos dice cómo y con qué fé y abnegación.

carlismo.es

carlismo.es

CAPITULO IV

BAJO ARAGÓN Y VALENCIA

Verdad y leyenda de los viajes de Cabrera y Carnicer (Enero-Marzo, 1835)

María la Albeitaresa.—Los cristinos fijan precios por el asesinato de los jefes carlistas.—Pequeños encuentros: el infatigable Forcadell.—Incidente dramático en el viaje de Cabrera.—Una Junta de jefes y oficiales.—Un combate inexistente.—Rafales y Aguaviva.—Viaje y fusilamiento de Carnicer.—Cabrera acusado de delator de su jefe.—Se desvirtúa la acusación.—Se deshacen otros falsos argumentos.—Los escritores liberales de ayer.—Razonamientos de Córdoba.—La despreocupación de Carnicer.—Juicios de los escritores modernos.

María la Albeitaresa

Mal estaba la situación de los valientes carlistas valencianos, aragoneses y tortosinos, a fines de 1834. La persecución de que eran objeto, las medidas cada día más arbitrarias y más crueles que se aplicaban contra ellos, la falta innegable de socorros, de ayuda económica y también de armamento y municiones, circunstancias eran que no podían suplirlas el solo entusiasmo de los voluntarios y la habilidad de un jefe. Cuanto más se piensa en la obra que realizaban los héroes del Maestrazgo, de mantener enhiesta una bandera que parecía condenada al fracaso, más se dá cuenta el observador que pesaba sobre los hombros del brigadier Carnicer una responsabilidad que no era para envidiarla. Sin embargo, Carnicer no veía la causa carlista fracasada, y aunque mal de su grado era forzoso reconocer que sus paisanos no rendían en volumen lo que podía esperarse de comarcas de tan aferrada tradición legitimista y católica, esperaba sin duda que

carlismo.es

al fin reaccionaran Aragón y Valencia y fueran dignos de la gesta realista de 1822-23, sin soñar, porque no era perceptible aún la granazón de las cosas que la que iban a realizar más tarde, dejaría en la oscuridad la realizada por los voluntarios de Fernando VII.

Pero los acontecimientos andaban de mal en mal, y en busca de una ayuda material y moral emprendió su marcha al Norte el coronel Cabrera, acompañado del capitán García y de una intrépida mujer, María Orós, conocida por "María la Albeitaresa", contra la cual no han faltado hombres que la hayan difamado, presentándola como mujer perdida, unos, y otros, como si fuera una especie de marimacho, al pintarla a las luces de la literatura y de la fantasía, hasta llegar a decir que era "de unos treinta y seis años de edad, mujer desgarrada y feota, de lengua expedita y modales viriles, que con la misma desenvoltura meneaba la aljofifa en la casa, que agarraba un trabuco para despeñar a un cristino en el campo" (1). Y como si fuera necesario remachar el clavo para fijar, sin que nadie lo mueva, tal cuadro en el caballete, el mismo autor, echando a vuelos su imaginación, nos la presenta en un mesón paseando "de un lado para otro, con la escopeta, al brazo", sin decirnos de donde sacó la escopeta, porque en el arte de equivocar no está demás que se emperejile la verdad con cierta lógica. Todo lo cual, perdonaríamos a este escritor, si no leyéramos en aquellas mismas páginas que "María la Albeitaresa" era "la coima" del guerrillero, lo que supone en éste, después del retrato de tal mujer, gustos bastantes anormales, y en la entusiasta carlista liviandades que no están probadas ni tienen asomo ninguno de verosimilitud, y son opuestas a la honradez de la mujer aragonesa y mucho más grave todavía cuando esta mujer aragonesa es católica y carlista. Bien esperamos que un día "Julio Romano", que no abandona su seudónimo, en la España en que se hace ya justicia a la causa carlista, confiese su nombre y hablando también en nombre de muchos, rectifique errores para hacernos olvidar su pasado al servicio de la causa liberal. Y mientras tanto, restablezcamos nosotros la buena fama de la atrevida confidenta carlista que, tantas veces, con riesgo de su vida, pasó los vados del Ebro, para llevar los pliegos al general Zumalacarregui o al Cuartel Real y regresaba con otros. Llamábase María Orós y así era conocida en el cuartel general y en el Cuartel Real, donde era justamente estimada su colaboración.

---

(1) Julio Romano.--"Cabrera, el Tigre del Maestrazgo".

carlismo.es

En los preparativos del viaje y en el propio viaje del coronel Cabrera, acontece una época en que la forzosa inacción, más la ausencia del ya famoso guerrillero hacen languidecer las operaciones. Si estaban mal carlistas, levantinos, esto nos lo dice el propio Cabrera en su exposición a Carlos V (130); si Cabrera falta para animar a sus voluntarios; si la persecución es implacable, y el terror pretende acabar con aquellos leales de la mejor cepa, y se une a ello una serie de accidentes desgraciados ocurridos a fines del año anterior, tal como la captura y consiguiente fusilamiento del intrépido coronel Vallés, uno de los más destacados jefes del corregimiento de Tortosa, fusilamiento cruel e inhumano, pues con el expresado coronel fueron pasados por las armas en Tortosa 16 de sus voluntarios carlistas, el 29 de Diciembre de 1834; la captura de otro jefe de guerrilla, Don Rafael Cardona, conocido por "El Porgado", que también fué víctima de las ansias de sangre que distinguían al brigadier cristino Colubi; la desafortunada acción de Alcorisa (Teruel), para el brigadier Carnicer, ventajosa para el cristino, coronel Nogueras y que tuvo lugar el 31 de Diciembre de 1834, y de la que se logró compensación por la entrada de los carlistas mandados por Montañés, el 25 del mismo mes, en el pueblo de Mazaleón (Teruel), comprenderemos la incómoda postura en que se hallaban los fieles a la legitimidad en Aragón, Valencia y Tortosa. La persecución rabiosa de que eran víctimas, esterilizaba el esfuerzo que hacían todos los jefes, comenzando por el brigadier Carnicer, para organizar militarmente los mozos que se le unían.

Los cristinos fijan precio por los asesinatos de los jefes carlistas

Mientras que el coronel Cabrera estaba en el Norte, la guerra se desenvolvía en Aragón y Valencia con iguales características que en los últimos meses del año anterior. Carnicer y Quílez operaban en el Bajo Aragón; Miralles y Forcadell, por las provincias de Castellón y Valencia; Torner por el corregimiento de Tortosa y muy particularmente, en la comarca de Gandesa. Pero las acciones son de escasa importancia, escaramuzas de poca monta, en las que no siempre eran favorecidas las armas cristinas. Así, el 12 de Enero, vemos subir por el barranco de Vallivana (Castellón), desde San Mateo con dirección a Morella, un destacamento cristino. Forcadell le espera emboscado y sorprende a sus enemigos cuando más confiados estaban; éstos se dejan dominar por el pánico, se dispersan con un "sálvese el que pueda", y como los fusiles cuando no sirven para combatir estorban

(1) Véase tomo VI páginas, 21-23.

carlismo.es

para correr, Forcadell pudo recoger dieciséis en el campo de aquel encuentro. Otra partida carlista, mandada por el comandante Escardó El Cura de la Puebla, luchó el 23 de Enero en las inmediaciones de Ballestar (Castellón), contra las fuerzas cristinas, mandadas por el comandante del fuerte de Rosell, Rosillo, escaramuza también sin trascendencia, y de la que no se puede decir que hubiera vencedores ni vencidos.

No mejoraba la situación de los carlistas, pese a su celo combativo. Los cristinos apelaban a toda clase de procedimientos para combatir a sus enemigos. No sólo el terror, sino el indigno soborno de traidores para que agredieran alevosamente a los jefes carlistas. Un asesino estipendiado por los cristinos, puso fin a la vida del valiente brigadier Conesa, que tanto se iba distinguiendo en Aragón, asesinándole cobardemente cuando el jefe carlista se hallaba en Almonacid de la Cuba (Zaragoza), el 1 de Febrero.

Forcadell supo por sus confidentes que el 2 de ese mes debía pasar por la cañada de Fortanete (Teruel), una partida de miñones de Zaragoza, por lo que preparó una sorpresa que resultó favorable a sus armas, pues dispersó a los servidores del cristinismo, causó entre ellos varios heridos y muerto, y obtuvo como botín diez fusiles, cananas y capotes, sin haber tenido más que tres heridos en sus fuerzas. El 12, un destacamento cristino procedente de Beceite (Teruel), tenía un pequeño encuentro con otra pequeña partida carlista en una casa de campo de los alrededores, que costaba a éstos un muerto y varios heridos, y a aquéllos, un soldado herido del 9.º de línea y tres Urbanos de Beceite también heridos.

La guerra se había ido enconando y era constantemente agravada en crueldad por los cristinos. No conviene olvidar, para lo que ocurrirá en lo sucesivo, las órdenes dadas por Nogueras y fechadas el 12 de Enero en Belmonte de Mezquin (Teruel). Por ellas, se disponía que ningún pueblo de cien vecinos diera raciones ni auxilios a núcleo de carlistas que estuviese formado por número menor de diez, y veinte al pueblo de 200, y así proporcionalmente; pues que si la partida era menor de lo que se indicaba, debían ser echadas las campanas a todo vuelo, llamando a somatén, y reunirse en un punto señalado los varones de dieciséis a sesenta años, cerrando todas las puertas, y se imponían penas a los que alojaran a los carlistas y a los que entregaran o facilitaran la intercepción de los partes cristinos. Esto, en ley de guerra es admisible. No lo es el mandar prender a las mujeres e hijos

carlismo.es

de los carlistas, como ordenaban las disposiciones cristinas, y menos proclamar y recordar la oferta de mil duros por la prisión o la muerte de Carnicer, y de trescientos por la de cualquier otro de los jefes carlistas; ni el violentar a los párrocos para que predicaran contra la guerra carlista y en pro de la obediencia al gobierno cristino de Madrid, imponiendo multas, destierros y fusilamientos por dejar de cumplimentar semejantes instrucciones.

Por lo que antecede, se ve que no era solo en el Norte, donde Quesada prendía a las mujeres de los carlistas; no era sólo en Cataluña, donde Llauder aterrorizaba por el mismo procedimiento; ni en el corregimiento de Tortosa, donde Colubi prendía a la madre de Cabrera. Ocurría también en Aragón y en Castilla y en Galicia, y era en Extremadura y era en todas partes, donde disposiciones como las que firmaba Nogueras, se dictaban. Era el ejército cristino el que aceptaba el cumplimentarlas y era el gobierno liberal el que las aprobaba. Y añadíase a esto, la avilantez de tratar de bandoleros a los que en defensa de la España católica y monárquica cerraban con su heroísmo y con sus vidas el avance de la revolución liberal que debía sumir a España en el caos, en la verguenza y en la ruina. Pero los carlistas lo sufrían todo, con renunciamiento de comodidades personales, a cambio de no caer en el vilipendio de traicionar sus ideas y, tratados de bandoleros, de criminales y de asesinos, podían levantar la cabeza orgullosos de su fe y de su conducta, pues sin uniformes, sin entorchados, sin condecoraciones y sin la pompa exterior de un ejército, eran ellos el verdadero ejército de España, los herederos de los viejos almogávares, que entonces fundían de nuevo en Aragón y Valencia soldados de temple de hierro, que serán más tarde el glorioso ejército conducido a repetidas victorias por el camino del honor, bajo el mando genial de Cabrera. Con injuria a la nativa lealtad aragonesa, no faltó quien quisiera buscar, cobrando el precio de la sangre, el estipendio ofrecido por Nogueras, sectario sin escrúpulos que, no pudiendo vencer en los campos de batalla, buscaba el puñal asesino que le permitiera obtener lo que él por sus medios no era capaz de conseguir. De aquí el asesinato del bravo y valiente brigadier Conesa, al que nos hemos referido anteriormente.

Pequeños encuentros del infatigable Forcadell

El 15 de Febrero, los carlistas mandados por el intrépido Miralles, tuvieron un encuentro con una fuerza mandada por el teniente Eced, en el pueblo de Miravete de la Sierra (Teruel), durando el fuego más de hora y media. Murió en esta acción el carlista Don Joaquín Bayona,

(9)

carlismo.es

a quien los liberales calificaban de cabecilla, por lo que es de suponer que tuviera alguna graduación, y quedaron prisioneros de los cristinos dos carlistas, que fueron fusilados en el lugar del combate. Esta pequeña acción o escaramuza desgraciada, fué seguida pocos días después por una acción de mayor importancia, indudablemente la más importante de los dos primeros meses de 1835. Nos referimos a la de La Portellada (Teruel). Carnicer iba al frente de su pequeña fuerza, pequeña en número, pero grande en el valor, cuando se encontró a otra también minúscula columna de carabineros que mandaba el comandante Dessy. Este, que había entrado confiado en el pueblo, fué sorprendido y circunvalado por los voluntarios del brigadier aragonés. Pudo Dessy al fin romper la línea carlista y lanzarse en socorro del destacamento que, mandado por el teniente Mayor, se había aposentado en la altura de la ermita. Los cristinos se defendían con tesón de las valientes embestidas de los voluntarios de Don Carlos, y antes de que Dessy pudiera auxiliarlas, el jefe cristino se enteraba de otra desgracia que le acababa de ocurrir: su retaguardia había caído en una emboscada de los carlistas, y los bagajes fueron cogidos por éstos. Por fin alcanzó a socorrer a los que mandaba el teniente Mayor, y todos juntos se replegaron al pueblo, donde pudieron descansar de las fatigas de la desafortunada jornada, mientras que Carnicer se retiraba con el botín adquirido, que, además de los bagajes, se componía de once fusiles y cuatro caballos. Dice el historiador de Cabrera que "en ambos partes (se refiere al de Dessy, publicado en la "Gaceta de Madrid" del 27 de Febrero, y al de Carnicer); hay conformidad respecto al valor que todos desplegaron, leyéndose en el de Dessy que los carlistas cargaron a la desesperada, y en el de Carnicer, que los carabineros se defendieron heroicamente" (1).

Si bien la acción de Portellada no puede darse como una rotunda victoria de Carnicer, y sólo como una acción afortunada, todavía esta característica es más manifiesta en la sorpresa que dió el valiente Forcadell en el barranco de Vallivana, donde, como hemos visto, no hacía mucho que el mismo jefe carlista había obtenido otro éxito. Era el 25 de Febrero, cuando supo Forcadell que una partida bastante numerosa de fuerzas cristinas debía pasar por dicho barranco, en ruta a Morella. Forcadell tomó las medidas oportunas para preparar la emboscada, para cuyo arte estaba demostrando poseer las mejores y

(1) Córdoba.--"Vida militar y política de Cabrera".--Tomo I.

carlismo.es

más difíciles cualidades de excelente guerrillero: elección de terreno, sigilo, preparación, rapidez en el ataque y aprovechamiento de la sorpresa. Una vez más, Forcadell prueba todas sus cualidades, y en dicho día la partida cristina es sorprendida y batida cuando subía por dicho barranco, sus hombres dispersos y perseguidos por los carlistas, dejando en manos de éstos, cincuenta muertos, diez caballos, la caja de los fondos, algunos equipajes y las armas correspondientes a los muertos cristinos, sin que costara a los carlistas no más que un muerto.

Como veremos, aquel primer vientecillo de la carlistada en los linderos de Levante, más de una vez va soplando con signos de viento fuerte. En estas acciones, los carlistas aragoneses y valencianos van recogiendo algunas armas, pequeñas cantidades de fusiles, que al detalle poco significan, pero que, sumadas unas con otras, representa cada cantidad, nuevos voluntarios que se lanzan a la lucha, nuevos defensores de la legitimidad que combaten contra la usurpación, y con ella, al liberalismo. En realidad, lo que piden estas provincias son armas, porque corazones para arriesgarse con ellas y manos para empuñarlas no escasean en el Maestrazgo aragonés y valenciano. Desde el barranco de Vallivana, obtenida su victoria, Forcadell se dirigió a los montes de Benifasar, como si fuera a Puebla de Benifasar, más con objeto de distraer la atención de sus enemigos, para poder hacer incursiones en la parte llana que tiene a Rosell por centro y cuyos pueblos estaban en su mayoría fortificados. Rápido en sus movimientos, el coronel Forcadell emprendió el 3 de Marzo la sorpresa del pueblo de Canet lo Roig (Castellón), entrando en el pueblo los carlistas, mientras la guarnición cristina se replegaba en el fuerte. Recogidos los recursos de guerra y víveres que se había propuesto obtener Forcadell, se retiró, sin más daño para el vecindario que el quemar las puertas de la villa para que no pudieran cerrarla a los carlistas. Pocos días después entraba Forcadell en Chert (Castellón), de la que sacaba abundantes provistones, y de allí, internándose hacia el monte Turmell, buscaba el amparo de sus naturales cuarteles del monte de Benifasar y de la sierra de la Mola. La persecución contra él era activa, pero no tanto que llegara a poner en peligro la seguridad de Forcadell y sus voluntarios. Sorpresas y emboscadas que fueron manteniendo el entusiasmo del carlismo, y éste renacía para recuperar el prestigio, que aparentaba estar amortiguado en los últimos días del año anterior y primeros meses de 1835.

La respuesta cristina era siempre cruel y sanguinaria: Forcadell

carlismo.es

en Chert y en Canet lo Roig no comete tropelías ni derrama sangre, fuera de los choques en guerra. El cambio, los cristinos aprovechan toda ocasión para verter friamente la sangre de sus enemigos. Cerca de Segura, el carlista Francisco Piou, al que titulan los cristinos cabecilla, es aprehendido por un destacamento de lanceros de Isabel II, mandado por el alférez Barreras, y pasado por las armas. Como en tantos otros casos, lo mismo en el Norte que en el Centro, lo mismo en Levante que en Andalucía y Extremadura, al mismo tiempo que se mata al hombre se pretende arrojar a los cuatro vientos, hecho cenizas, su honor. Se fusila al "cabecilla" Piou y se anuncia que era muy conocido por sus crímenes y asesinatos. No hubo entonces un Papiniano que se levantara para proferir aquellas palabras que le costaron la vida al ser pronunciadas ante Caracalla: "es mancharse con otro asesinato, acusar a un inocente después de haberle quitado la vida."

El 9 de Marzo el capitán Ortiz Gómez con fuerzas del regimiento provincial de Burgos, tuvo un encuentro seguido de algún tiroteo en Alloza contra una partida carlista que había estado en Andorra (Teruel), unas horas antes.

Incidente dramático en el viaje de Cabrera

El 18 de Febrero había emprendido su regreso de Navarra a Aragón el coronel Cabrera. Le acompañaba la intrépida "María la Albeitaresa" y el capitán García. Después de un viaje bastante fácil, Cabrera penetró, disfrazado siempre de arriero, en la ciudad de Zaragoza, para depositar en manos seguras unos pliegos que le confió el Ministro de la Guerra, Conde de Villemur. Era atrevido el paso que daba Cabrera, pues al peligro de ser reconocido bajo el disfraz su propia persona, había que añadir el de que, descubierto él, fuera sorprendido con los papeles del ministro de la Guerra de Don Carlos, causándose, naturalmente, perjuicios a terceros y al interés que él defendía. Quizá por esto prefiere Cabrera que la valiente aragonesa y el capitán carlista que le acompañaban no entraran en la ciudad del Pilar, pues era menor el riesgo si iban separados y, en todo caso, quedaban más seguros sus acompañantes. Córdoba señala que se quedaron en una casa de campo que el conde de Villemur poseía cerca de la ciudad, y precisa la finca diciendo: "Dista un cuarto de legua de la ciudad saliendo por el puente de San José hacia el camino de la Cartuja Baja, que conduce a Alcañiz y junto a la era llamada del Rey" (1). Habiendo sido confiscados los bienes del conde de Villemur por su lealtad a la causa

(1) Córdoba.--"Vida militar y política de Cabrera".--Tomo I.

carlismo.es

de Carlos V, esta finca fué puesta a subasta y adquirida por un relator de la Audiencia de Zaragoza, llamado Latre.

Terminada la misión de Cabrera en Zaragoza—y como hace notar Córdoba, era sumamente peligrosa, por cuanto abundaban en la ciudad quienes podían reconocerle, y hasta parece que hubo alguien que llegó a sospechar—, el entonces coronel tortosino se reunió a sus compañeros en la finca donde le aguardaban, y allí recibió todavía algunas visitas de carlistas zaragozanos que trataron de cuestiones relacionadas con la guerra.

Pero no queriendo estar alejado más tiempo de los combatientes de su comarca y advertido de que la estancia en las proximidades de Zaragoza era cada vez más comprometida, los tres caminantes emprendieron la marcha hacia Belchite, deteniéndose en una Venta cerca de esta población en donde llegaron a reunirse, al azar, de catorce a dieciséis arrieros. Mezcláronse Cabrera y García con ellos, atentos sin embargo, a cualquier instante en que pudieran ser reconocidos. Mas ocurrió, en efecto, que uno de los allí presentes, natural de Montalbán, tuvo sospechas de quién fuese el disfrazado, y le reconoció sin duda por Cabrera. El biógrafo de éste, Córdoba, nos describe así el incidente: "Hablóse de cosas indiferentes, y Cabrera reparó que uno de los arrieros le miraba con mucha atención. Fingió no hacer caso, y cuando el importuno arriero se levantó para dar agua a su recua (según dijo), siguióle hasta la cuadra y le preguntó: —"¿De dónde es usted? —De Montalbán—contestó el arriero. —He observado que usted me ha mirado mucho cuando estábamos sentados a la lumbre, y quisiera saber si usted halla en mí alguna cosa particular que llame la atención. —Toma—dijo el arriero, ¿pues no he de mirar a usted con atención si le conozco? Usted es Cabrera." Oír esto y lanzarse sobre el arriero fueron actos instantáneos. "Chitón (dijo Cabrera), si usted habla, muere. Vuélvase enseguida a la cocina, y siéntese allí como antes." El pobre arriero protestó mil veces que callaría, pero Cabrera no hizo caso. Siguió al arriero hasta la cocina, entró para examinar si tenía otra salida además de la puerta, llamó a la Albelteresa y a García, y apoderándose de la puerta, dijo: "Señores, de aquí nadie sale hasta mañana, y el que intente hacerlo, muere sin remedio." Sin esperar contentación cerró la puerta, y se puso de centinela, alternando con García. Pero luego le ocurrió que los arrieros podían volver del estupor que tan inesperado lance les causara, y además, que a muy corta distancia había un destacamento de Urbanos y era fácil

carlismo.es

que alguna partida fuese a la venta como otras veces lo habían verificado. Esto obligó a los viajeros a seguir su marcha hacia Belchite antes de amanecer" (1).

Cuando resume este episodio Mariano Tomás, lo hace parcamente. La única fuente histórica que existe sobre tal hecho de la vida de Cabrera, está en esa historia escrita por Don Buenaventura de Córdoba, pues fué personalmente a él a quien Cabrera dió el relato. Por esto, Mariano Tomás sólo lo refleja como un incidente que perfila así: "Están en la posada del pueblo ante la lumbre, en compañía de arrieros y trajinantes, cuando Ramón siente sobre sus ojos la pesadez de una mirada inoportuna y tenaz. El hombre que lo mira sale al patio para cuidar de su ganado y el coronel realista, disfrazado de recuero, lo sigue y, bruscamente, le pregunta el motivo de su curiosidad.

—"Porque le conozco a usted—le contesta—porque es usted Cabrera.

—"El cabecilla le obliga a volverse a la cocina y le encierra allí en compañía de los demás trajinantes; después, huye al través de la noche y de los campos, seguido por la mujer animosa y por su compañero García" (2).

Cualquier hecho que tenga un natural dramatismo, es importuno aderezarlo con imágenes caprichosas, porque pierde su lozanía o su vigor. Dramático es el relato de Córdoba, porque se ajusta a la realidad, según el propio protagonista la refirió al historiador. Más ágil, pulero y vivo estilo el de Tomás, comparado con el de Córdoba, y está el hecho bien recogido y sintetizado. Pero, en otra pluma, el adorno lo deforma, hasta convertirlo en grotesco: "El caudillo se lanzó sobre el arriero, y apretándole el pescuezo, le dijo lanzándole una mirada homicida...", "pero Cabrera, desconfiando del gañán"—ahora el arriero, que tal ha venido siendo hasta este momento, deja la cuadra por la gañanía—"él se dedicó a examinar la casa..." Y después de este cuadro extraordinario, el de María Orós: "La albeitaresa se paseaba de un lado para otro con la escopeta al brazo" (3). Escopeta que andaba por algún sitio de la alforja escondida, pero que aparece ahora repentinamente... Con lo extraño que a todos parecería ver a una mujer haciendo la guardia, como a la puerta de un calabozo... Que el literato use y abuse de lo pintoresco en escritos imaginativos, bien

(1) Córdoba.--"Vida militar y de política de Cabrera".--Tomo I.
(2) Mariano Tomás. "Cabrera. Historia de un hombre".
(3) Julio Romano.--"Cabrera. El Tigre del Maestrazgo".

carlismo.es

está y hasta es comprensible, si hace historia novelada o novela histórica, que se tome ciertas libertades, porque su objeto es entretener y no enseñar, todo puede pasar. Pero en el caso del libro de "Julio Romano", que quiere ser una biografía del héroe del Maestrazgo, está en su lugar nuestra extrañeza al ver al arriero convertido en "gañán" y observar la "mirada homicida" de Cabrera al sujetar éste al de Montalbán por el pescuezo. Con todo, dispensaríamos también tales licencias, porque otras enormidades mayores se han escrito por los autores liberales. Lo que ya no es admisible, es la extravagante postura de la aragonesa, montando la guardia con una escopeta a la puerta de la habitación donde estaban los arrieros. Mas cuando se resbala, nunca el tropiezo viene solo, y así, aquella fuga tan comprensible en las negruras de la noche, antes del amanecer que nos describe Córdoba, aquella fuga a través de los campos, que quizá con un poco de latitud vió, al leer Tomás el relato del confidente de Cabrera, se convierte en algo que roza el ridículo y entra en el patrón del sainete, opuesto a toda realidad en el libro de "Julio Romano": "Ya de madrugada, aderezaron sus bestias, se despidieron amablemente de los arrieros, y siguieron su marcha a Belchite" (1). Realmente, nada hay más cómico que figurarse los estrechones de manos de los que se despedían de los arrieros, quizá hasta el ofrecimiento de servicios y los deseos de que tuvieran buen camino. Sin embargo, toda la comicidad desaparece al ponerla en contacto con la realidad. No podían Cabrera ni García dar a conocer su marcha para evitar que se avivaran sospechas, de que se sintieran alentados a denunciarlo cuando su presencia no imponía el silencio. El relato de Córdoba y el seguido por Tomás, concuerda con el que debía forzosamente suceder, y toda interpretación más o menos literaria, adolece del defecto de alejarse de la realidad, y por lo tanto, de su natural patetismo.

Cabrera marchó de la Venta de Belchite a esta próxima villa, y luego a Lécera (Zaragoza), donde se encontró que entraba en el pueblo la partida carlista que mandaba "Josepón". Se entretuvieron los partidarios escuchando la narración del viaje que acababa de realizar Cabrera, pero no pudo éste saber exactamente donde podría encontrar a Carnicer, a quien le urgía ver para entregarle los pliegos que le habían sido confiados para él el conde de Villemur. Cuando se dirigía a una casa de confianza donde debía despojarse de su traje de

(1) Julio Romano.—"Cabrera. El Tigre del Maestrazgo".

carlismo.es

arriero, fueron los carlistas sorprendidos por una partida cristina, y con gran valor rompieron aquéllos por entre las filas de sus adversarios, pudiendo escapar de ser copados, aunque con la pérdida de tres hombres. Cabrera, vestido todavía de arriero, pudo también salir con García y cuatro hombres, y, según su biógrafo, cuando estuvo ya a salvo, dijo a García: "Vaya un lance; si creyésemos en agüeros era cosa de decir que nuestra entrada en Aragón debía desalentarnos; pero tengo otros presentimientos. Allá veremos. Lo que ahora importa es ver a Carnicer" (1). Marchó Cabrera a Ejulbe (Teruel), que es donde creía, por lo que le había dicho "Josepón", saber el paradero de Carnicer; más tampoco lo encontró, y marchó a Villarluengo y a las Cuevas de Cañart, donde sólo pudo conocer que Carnicer se mantenía con un corto número de voluntarios por aquellos alrededores Por fin supo el 7 de Marzo en Ladriñán que Carnicer se dirigía a aquel punto. No quiso esperarle. Cabrera, sino que impaciente de llenar su cometido, el 8 por la madrugada salió a su encuentro. Entre Ladriñán y Villarluengo halló a Carnicer con 22 infantes y siete u ocho caballos. Carnicer quería que Cabrera le explicara las visicitudes de su viaje, pero Cabrera le hizo notar que convenía leer los pliegos que traía del Cuartel Real. Al terminar de leerlos, dijo Carnicer a Cabrera: Manda S. M. que entregue el mando al jefe de más graduación y que me presente en Navarra a recibir sus soberanas instrucciones. Mañana será usted dado a reconocer como jefe accidental de todas las fuerzas que operan en el Bajo Aragón y confines de Valencia y Cataluña (2). Así se hizo, y el 9 de Marzo se dictaba la orden general por la que quedaba interinamente de comandante general del Bajo Aragón el coronel Cabrera (3).

Una Junta de Jefes y oficiales

Quedaban solo los preparativos para el viaje de Carnicer, y al efecto, marchó éste a Josa, de donde debía emprender el camino que le condujera hasta cerca de su meta; pero la muerte que le acechaba desviaría al ilustre viajero tras el martirio, por el camino que va a la eternidad. Cabrera, al frente de los 20 voluntarios y siete jinetes que le dejó Carnicer, se dirigió hacia los puertos de Beceite, y al mismo tiempo, circulaba comunicaciones a Quilez, Forcadell, Miralles y Torner para que se le reunieran en la ermita de San Cristóbal

(1) Córdoba.--"Vida militar y política de Cabrera". Tomo I.
(2) Córdoba.--"Vida militar y política de Cabrera". Tomo I.
(3) Documento n.° 13 en el Apéndice Documental.

carlismo.es

de Hervés (Castellón), el 17 de Marzo (1). Mientras tanto, Cabrera aumentaba sus fuerzas, y llegado a Corachar (Castellón), el 15, se hallaba al frente de 80 voluntarios de infantería y 16 de caballería. Habían contestado los jefes carlistas, diciendo que acudirían (2), pero no pudo hacerlo Miralles, que quedó en el Maestrazgo valenciano. Con todas las partidas reunidas, Cabrera formaba un pequeña columna de 240 infantes y 30 caballos, y marchó a Tronchón (Teruel). El 19 de Marzo, cuando estaba en las cercanías de este pueblo, Cabrera supo que la columna cristina de Nogueras había entrado en él. Los carlistas se situaron en las alturas de la sierra de Palomita, y luego avanzó una parte de la fuerza al pié del monte. Entablóse algún tiroteo, pero Nogueras, á pesar de llevar 700 hombres, con lo que triplicaba el número que tenían los carlistas, no se decidía a atacar. Era que conocía el terreno y sabía que las posiciones ocupadas por Cabrera eran inmejorables. También lo sabía el jefe carlista, pues según Córdoba, dijo así a los suyos; "muchachos, tened confianza en mí, y estad seguros de que si el enemigo intenta hacernos abandonar el puesto, cara le costará la empresa, si tenéis unión, como lo creo" (3). También refiere el mismo historiador que "avanzó de frente hacia Nogueras, hasta llegar á distancia que pudiesen ser oídas estas palabras: "Nogueras, ¿por qué no atacas? ¿Crees que siempre hemos de correr? Desde hoy en adelante te recibiremos a balazo limpio donde quiera que nos halles" (4). Cabrera no quería abandonar aquellas posiciones. Nogueras esperaba recibir refuerzos, pero como nadie se los presentaba, se retiró por la noche a Cantavieja, y los carlistas por su parte marcharon a Mirambel, y cuando estaban en las proximidades de este lugar, al saber que el enemigo había tomado posiciones, contramarchó a Zorita (Castellón), encontrándose en la ruta, en el sitio conocido por barranco de Pardos, a la columna de Martínez de Junquera el 20 al amanecer. Nada ocurrió, porque el jefe cristino se retiró a Aguaviva (Teruel), por lo que Cabrera pudo proseguir su camino, y en la marcha que hizo a Hervés, Todolella, Mirambel, Mosqueruela y Fortanete, llegó el 24 a las masías situadas cerca de Villarroya de los Pinares. Aquí fué donde, según todos los biógrafos, estalló el conflicto entre Cabrera, designado por Carnicer

(1) Documento n.° 14 en el Apéndice Documental.
(2) Documentos n.° 15 y 16 en el Apéndice Documental.
(3) Córdoba.—"Vida militar y política de Cabrera". Tomo I.
(4) Córdoba.—"Vida militar y política de Cabrera". Tomo I.

carlismo.es

para el mando interino y Quílez, que, siendo más antiguo, era el que se creía con mayor derecho para mandar. Es interesante recoger las palabras que Córdoba pone en boca de Cabrera, puesto que ellas han de tener su importancia para dilucidar falsas acusaciones de que han sido víctimas ambos jefes, una de las cuales tendremos que examinar muy pronto. Mientras tanto, reproduzcamos del biógrafo de Cabrera: "¿Sabe el señor Quílez que si yo quisiera pagaría usted muy caras estas rivalidades y celos, que no son propios del hombre que blasona de militar y cuyo primer deber es la ciega obediencia? Yo no quiero chismes ni habladurías, y usted que habrá leído la Ordenanza, debe saber que no le toca interpretar o averiguar las razones que tendría el señor brigadier al conferirme el mando. Ahí está la orden general por la que fuí dado a reconocer, y a usted y a los demás jefes y oficiales sólo les corresponde callar y obedecer. Sin embargo, para que todos se persuadan que mis deseos no se reducen a mandar (aunque todo militar debe tener una noble emulación de progresar en su carrera), voy a reunir junta de jefes y oficiales a fin que decidan lo conveniente, y acabar de una vez estas cuestiones que tanto perjudican a nuestra causa" (1).

Al celebrarse la junta de jefes y oficiales, Cabrera pronunció el siguiente discurso: Señores: sin embargo de lo que manifestó el señor brigadier Carnicer al despedirse, dejándome la sustitución del mando, como aparece de la orden general, prescindiendo de ella y de las razones que pudieran obligarles a obrar así, no mentar mis constantes peligros y trabajos repetidos, no sólo para la reunión de las fuerzas, sino también para procurar la subsistencia y conservación, como a ustedes consta lo he hecho siempre, tan sólo se me ofrece llamar la atención de todos para que, teniendo presente el estado en que nos hallamos, conozcan la necesidad de vivir unidos, ya sea bajo mi mando, ya del jefe que se crea más capaz y digno de la confianza de todos. Yo acabo de llegar de Navarra, y estoy conforme con la opinión de los jefes de aquel país respecto a que los mismos enemigos nos proporcionarán el triunfo si marchamos unidos. Los inhumanos asesinatos de los religiosos en la corte y otras partes, la sublevación de la fuerza armada en la casa de Correos de Madrid, las sesiones de los Estamentos, los artículos de los periódicos y otros sucesos que ustedes saben como yo (y los que aún nos faltan ver), descubren la

(1) Córdoba.—"Vida militar y política de Cabrera". Tomo I.

carlismo.es

desunión de los cristinos y sus tendencias. Esto aumenta el número de los partidarios del Rey, que desmayarían si nosotros estuviésemos desunidos. Yo por mi parte abandoné mi casa, familia y estado, no por sobresalir en el mundo, y sí por el deber que tiene todo español de defender los derechos de la patria y el Rey. No dudo que iguales sentimientos han conducido a ustedes a estas filas y que mirarán con madurez las circunstancias de un momento, los males que se han ceñido por haber cada uno obrado a su antojo, y la necesidad en que nos hallamos de obrar de distinto modo, tanto para la manutención, cuidado y conservación de la fuerza, cuanto para escarmentar y batir al enemigo, pues aunque victoriosos en esas escaramuzas y hechos parciales, no hemos conseguido ventajas más decisivas por nuestra desunión; y como la guerra va tomando un carácter de duración mayor de lo que creíamos en un principio, repito señores, que es menester marchar acordes y obedecer al que nos manda. Si ustedes quieren exponer alguna razón contraria a estas ideas pueden hacerlo con la más amplia libertad" (1).

Los allí reunidos se manifestaron conformes con las palabras de Cabrera, diciendo que mientras no se comunicara alguna disposición declarando que cada partida debía ser mandaba por quien la había creado o por el que hubiese sido reconocido por jefe, ellos estaban dispuestos a mantenerse a las órdenes del coronel Cabrera, aunque no fuera más que por haberlo dispuesto el brigadier Carnicer.

Revestido con estos poderes marchó Cabrera a Miravete con el fin de recibir recursos en metálico, calzado y raciones, mientras ordenaba a Quílez que con el propio objeto recorriese las márgenes del río Guadalope. Así en realidad comenzaba el mando interino de Cabrera en el bajo Aragón y Valencia, más el corregimiento de Tortosa. Desgraciadamente, este período fué muy corto, pues la unidad del ejército del Centro quedó pronto deshecha, no por culpa de los aragoneses y valencianos ni de los jefes carlistas, sino por orden superior, como examinaremos en el capítulo siguiente.

Un combate inexistente

Y, sin embargo, los cristinos poseían escasos conocimientos de lo que ocurría en el campo carlista. Así vemos cómo el capitán general de Valencia comunicaba el 17 de Marzo que "en oficio del 14 me participa el segundo comandante general Don Marcelino Junquera, que el diligente y bizarro capitán de Almansa Don Antonio Buil, alcanzó en la noche del 12 al expresado cabecilla Carnicer en la

(1) Córdoba.--"Vida militar y política de Cabrera". Tomo I.

carlismo.es

Masia de Pitara, habiéndole causado algunos muertos y muchos heridos, y cogiéndole dos caballos, un mulo, todo el equipaje de Carnicer, lanzas, armas, municiones, bridas, víveres, una caja de guerra, varios papeles y todo cuanto llevaba" (1). Confesamos que no hemos tenido ni un instante el deseo de localizar la Masia de Pitara, a pesar de que la victoria de Buil pudiera ser considerada de suficiente importancia por el material recogido, que después de la breve enumeración acaba por ser "y todo cuanto llevaba"; y es debida nuestra falta de curiosidad a que nos asiste la íntima convicción de que el capitán Buil dejó obrar su fantasía y que sólo buscaba en su parte a Martínez de Junquera recomendar a un teniente, un subteniente y dos sargentos, sin que hubiese habido el menor combate.

Martínez de Junquera debió fiarse de Buil y hasta lo recomendó al capitán general de Valencia, y creemos que hubo buena fé en aquel jefe cristino, pues quizá no sospechara que la victoria de Buil era un simple invento para encubrir ambición y favoritismo. Y no creemos en tal combate, por cuanto Carnicer había trasmitido el mando de sus fuerzas a Cabrera tres días antes de la fecha en que supone Buil que lo ha derrotado, y sabemos también que al separarse Carnicer de Cabrera, aquél iba acompañado de García (2) y cuatro voluntarios con quienes marchó a Josa, y seis hombres que no son un núcleo tan importante para tener "algunos muertos y muchos heridos", pues pronto se habrían acabado los que habían de morir y los que habían de ceder. No era aquella patrulla tan aguerrida como para llevar "lanzas, armas, municiones, bridas, víveres, una caja de guerra", es decir, casi todo un convoy. Si Buil no hubiera olvidado que el arte de mentir es un arte muy difícil, y se han de dejar atados todos los cabos, al mismo tiempo que dejar abiertas las puertas para decir "donde digo digo, no digo digo", no hubiera colocado lo del equipaje de Carnicer, y entonces hubiera podido justificar que creía haber batido a Carnicer, pero que podía haber sido a Cabrera o al mismo Zumalacarregui. Mas lo del equipaje vino a incrustarse en medio de su parte para decirnos a los que examinamos posteriormente con frialdad los documentos de aquella época, que Buil no tuvo combate con Carnicer, pues el brigadier carlista estaba en tal fecha camino de Lécera, si es que ya no había llegado a Ateca.

(1) "Gaceta de Madrid" del 21 de Marzo de 1835.

(2) Francisco García.--Ascendió a Coronel en 1837 y mandó el Batallón Guías de Aragón. En 1838 mandó la 1.ª Brigada de Aragón y se distinguió en la defensa de Morella.--Era Brigadier al terminar la guerra y emigró en 1840.

carlismo.es

Pero si eran fantasías las victorias como las de Buil, no puede decirse lo mismo de la innegable crueldad de los cristinos en Aragón. Un carlista, Don José Cebrián, conocido por "El Cordero", fué aprehendido en este mismo mes de Marzo en las cercanías de Cariñena y fusilado despiadadamente en Daroca, y también lo era un prisionero que caía en manos del capitán Ortiz, del regimiento provincial de Burgos en una pequeña escaramuza en Cañada de Benatanduz (Teruel), el 26 de Marzo.

Rafales y Aguaviva

A últimos de aquel mes, sin que precisemos la fecha, debió ser atacado el destacamento de Urbanos de Alcoy que guarnecía Rafales, al mando del capitán Puigmoltó. El biógrafo de Cabrera dice, que "el día 6—se refiere a Abril—algunas partidas realistas de Aragón atacaron a Rafales, punto fortificado, cuya guarnición se componía de Urbanos de Alcoy. Aunque el ataque fué tenaz, los Urbanos de Alcoy se defendieron valerosamente, logrando rechazar a los carlistas que se retiraron con pérdida de cuatro heridos" (1). Pero ocurre que debe haber confusión de fecha en Córdoba, ya que este ataque, que según hemos visto habría sido efectuado el 6 de Abril, era objeto del parte del capitán general de Aragón del 1.º de Abril que decía: "el comandante general del Bajo Aragón me manifiesta que las facciones reunidas de los cabecillas Quilez, Cabrera y Torner, atacaron el destacamento de urbanos de Alcoy, que se hallaban en Rafales" (2). El día 7 de Abril este mismo combate es comunicado por el capitán general de Valencia, que dice: "que la facción catalana mandada por Torner, y la de Aragón por Quilez, ambas bajo las órdenes del clérigo Cabrera, fueron rechazadas por el destacamento de Rafales" (3). Como se vé, todo se refiere a un solo ataque que no puede ser en ningún caso el 6 de Abril como pretende Córdoba. Y hay error por parte de los cristinos al referirse a las fuerzas que atacaron. Córdoba nos dice que eran partidas aragonesas; en cambio, los cristinos aseguran que fué llevado a cabo el encuentro por catalanes de Torner y aragoneses de Quilez.

Dejemos aparte a Cabrera, porque éste no tomó parte ni en el ataque a Rafales ni en la acción subsiguiente de Aguaviva. Quilez tampoco atacó en Rafales, y nos quedaría sólo Torner, pero su inter-

(1) Córdoba.—"Vida militar y política de Cabrera". Tomo I.

(2) "Gaceta de Madrid" del 5 de Abril de 1835.

3) "Gaceta de Madrid" del 11 de Abril de 1835.

carlismo.es

cesión parece contradictoria, con lo que escribe el biógrafo de Cabrera. Resumiendo, pues, diremos que el ataque a Rafales, a nuestro juicio y por lo que llevamos expuesto, fué realizado por pequeñas partidas aragonesas en fecha anterior al 1 de Abril, que quizá se pudo establecer el 26 de Marzo, por confusión en las notas de Córdoba.

La acción subsiguiente al ataque de Rafales, se explica fácilmente. Persiguiendo a los que hostilizaron el destacamento, salen varias tropas, una de ellas compuesta de carabineros al mando del capitán Dessy, quien alcanza a un grupo carlista en Aguaviva. Pero esta fuerza carlista no era la que atacó Rafales, puesto que la mandaba Quilez, el cual se hallaba el 4 de Abril junto a las Parras (Teruel), y creyendo que Dessy se dirigía a dicho sitio le salió a su encuentro; sólo así se explica que en el periódico oficial de Madrid se diera cuenta del parte del capitán general de Aragón en el que aparecía que "las facciones del Bajo Aragón mandadas por los cabecillas Cabrera, Quilez y Torner, después de perseguidas por el comandante general y demás columnas, fueron batidas en la villa de Aguaviva, causándoles algunos muertos y bastantes heridos" (1). Podría alegarse que la acción de Aguaviva no tiene ninguna conexión con el tiroteo de Rafales, pero ya en el indicado parte del capitán general de Valencia del 7 de Abril, después de decir que habían sido rechazados los carlistas en Rafales, proseguía: Perseguidas aquéllas—se refiere a las fuerzas carlistas de Torner, Quilez y Cabrera—por la columna de carabineros al mando del teniente graduado de capitán, Don Bernardo Desis—se refiere al capitán Dessy—logró alcanzar las facciones en Aguaviva, dispersándolas y causándoles pérdidas, sin que haya por la nuestra parte más que la de un carabinero muerto." En realidad, tal victoria de Dessy, es algo parecida a la de Buil. El parte de Quilez dice que la columna cristina se retiró, dejando en el campo 22 muertos, un crecido número de heridos, 37 fusiles y muchos bagajes. Quilez confesaba 4 muertos y 13 heridos. Este parte lo daba el jefe aragonés a Cabrera, pues éste no había estado en la acción. Nosotros, sinceramente, creemos que ambos partes no responden a la realidad, porque si bien resultó más castigada la fuerza cristina que la carlista, nos parece exagerada la cifra de pérdidas que Quilez atribuye a sus contrarios, aunque indudablemente los carlistas llevaron la ventaja. Quilez marchó por la parte de Ejulbe y los cristinos prosiguieron su marcha a Aguaviva.

---

(1) "Gaceta de Madrid" del 9 de Abril de 1835.

carlismo.es

Hemos dicho que el brigadier Carnicer había partido para Josa en compañía del comandante García y de cuatro hombres de la escolta de caballería. Llegado a dicho pueblo se llamó a dos paisanos de Lécera, Don Francisco Sevil, comandante de caballería en el 3.º de Aragón durante la campaña realista de 1822-23, y el cabo Manero, de la misma procedencia. Puestos de acuerdo en casa del vecino de Josa, en la que se disfrazó de arriero, marcharon todos juntos a Muniesa, y de allí a Lécera. Aquí se obtuvieron los pasaportes, el del brigadier a nombre de Juan Esteban, y juntos el comandante García, Manero y el arriero Pedro Ibáñez, guiando tres jumentos cargados de alumbre, salieron de Lécera, llegaron a Alteca, y de allí, siguiendo por la ruta de las provincias de Soria y Segovia, procuraban buscar el amparo de las sendas frecuentadas por los arrieros. Llegaron a Fresnillo de las Dueñas (Burgos). Aquí se les dió a la mano el teniente de caballería carlista Don Joaquín Salbo, que estaba en aquel pueblo como vendedor ambulante de jabón, mientras atendía a la curación de las heridas que recibiera en campaña. Por indicación de Carnicer se agregó el teniente Salbo a la expedición, y al llegar a Sarracín (Burgos), se compró un mulo, mientras que Ibáñez y Manero iban a Burgos a adquirir los aparejos para el macho. Entre tanto, Carnicer, García y Salbo continuaron el camino hasta la Ventilla, donde debían esperar a los que regresaban de Burgos. Por Pancorbo marcharon al pueblo de Miranda de Ebro.

Viaje y fusilamiento de Carnicer

Oigamos como explica la detención de estos viajeros el comandante García: "Al llegar al puente de Miranda de Ebro, nos pidieron los pasaportes, y vistos, el centinela nos franqueó el paso hasta la caseta de los carabineros, donde se nos pidieron segunda vez los pasaportes, diciéndonos no llevábamos autorización para pasar a Provincias. Luego le preguntaron a Carnicer que qué tenía en la cara (pues con un parche y un pañuelo ocultaba un lunar), contestó que padecía una fluxión de muelas, a cuyo acto el oficial de carabineros le dijo sacando un oficio: descúbrete, niño, la cara; has venido a dar en las manos de tus mayores enemigos; haciéndole al mismo tiempo una relación del oficio, que decía sustancialmente estas palabras: Por uno de los vados del Ebro o puente de Miranda deberá pasar Carnicer, vestido de arriero, con otro. Vigilancia, vigilancia, redoblad la vigilancia" (1). Carnicer, reconocido por un corneta llamado Morito, que

(1) Documento n.º 17 del Apéndice Documental.

carlismo.es

había servido en las Reales Guardias Valonas en tiempo que el jefe carlista prestaba sus servicios en dicho cuerpo, fué fusilado en Miranda de Ebro el 6 de Abril, a las once de la mañana.

No parece que en el primer momento se conociera la identidad de los compañeros del brigadier Carnicer, ya que el general en jefe del ejército de reserva, desde Burgos y con fecha del 5, decía que "el comandante de armas de Miranda de Ebro, con fecha del día anterior, le daba parte de haber sido capturado en aquel punto el rebelde, Manuel Carnicer, que disfrazado de arriero se dirigía a Navarra acompañado de dos de los suyos, Mariano Mora y Antonio Serrano; añade que al cabecilla Carnicer se le han hallado 56 onzas de oro" (1). Por la misma relación del comandante García, se ve que la identidad de Salbo y suya tardó unos días en ser conocida.

Cabrera acusado de delator de su Jefe

El fusilamiento de Carnicer ha servido de nuevo pretexto para basar una acusación contra Cabrera. Se ha inventado que hizo la denuncia el propio jefe tortosino para ocupar su puesto. Si tal cosa fuera verdad, habría sido un monstruo de perversidad el guerrillero catalán, ya que desde el primer momento siempre había recibido pruebas generosas y patentes del cariño y la amistad de Carnicer. Parece que la versión es antigua: "Dijose en aquella ocasión (si bien de ello no existen pruebas), que no había sido la ambiciosa rivalidad de Cabrera completamente extraña a la prisión de Carnicer" (2).

La prueba que hasta ahora se ha presentado es de índole moral, y la resume muy particularmente una de las obras escritas con más saña y con menos objetividad que se conocen sobre la vida de Cabrera. "La opinión pública y cuantos sirvieron a las órdenes de aquél—se trata de Carnicer—señalaron a Cabrera como su asesino. Carnicer, carlista tolerante, y Cabrera apostólico furibundo. Carnicer, valiente, pero humano; Cabrera, sanguinario y feroz; Carnicer que no desenvainaba su espada sino en el campo, y Cabrera que se gozaba en ensangrentarla con los rendidos. El primero, jefe rígido y disciplinista; y el segundo, subalterno díscolo, no podían ser amigos. El que denostó la conducta y disposiciones de su jefe en la acción de Mayals; el que se sublevó en Castejoncillo (3), porque no eran fusilados todos los prisioneros, aún después de haberse recabado que lo fueran los nueve nacionales y

(1) "Gaceta de Madrid" del 9 de Abril de 1835.
(2) Burgos.—"Anales del Reinado de Doña Isabel II". Tomo II.
(3) Se refiere a la acción de Castejón del Arba en 1834.

carlismo.es

soldados que se defendieron en una casa; el que en público y en particular prometía a sus compañeros ascensos y protección para el día de su mando; el que habló tan mal de Gómez a la vista de Requena y en Villarrobledo, hasta que se le desertó en Extremadura; el que conspiró contra Quílez, vencedor de Terrer, en las Cabrillas y en Bañón; el que persiguió a muerte a Cabañero (1), que le ofreció la entrada y posesión de Cantavieja, después de haberle buscado en Almazán, y llevándole herido a sus guaridas, no ha debido luego extrañar que se le señalara entre sus enemigos imparciales como el pérfido traidor que vendió a Carnicer, avisando a las autoridades del gobierno la ruta que llevaba a Navarra y el disfraz con que se encubría. Conocemos, es muy amigo nuestro, el alcalde que dió estas noticias a Teruel y Zaragoza; y si bien no hemos querido, ni intentado siquiera arrancarle este secreto, porque conocemos su probidad, sabemos que la recibió del pueblo de Palomar el mismo día que estaba en él Cabrera. Sería infundada la creencia, sería una impostura, pero entre los facciosos, creció hasta el punto de prohibirse hablar de tal suceso. Hallándose Cabrera en Camarillas el 16 de Febrero de 1836, a la misma hora que su madre era fusilada en Tortosa, fusilaba él a Cristóbal Sevil, de Alcoriza, hermano de uno de los que acompañaban a Carnicer, porque tuvo la indiscreción de decir que éste había sido vendido por Cabrera. Tal rigor produjo, como era natural, el efecto contrario que quería; pues aunque pretextó que lo fusilaba por otras causas, como sus soldados sabían que eran falsas, se afirmaron más en la sospecha, que difícilmente podrán desvanecer los parciales y admiradores de este cabecilla.

"El trajo a Carnicer la orden de Carlos V, para que se presentara en Navarra, y a pretexto de que los capitanes Sevil y García conocían el terreno, particularmente el último, que acababa de llegar con él de aquella provincia, le aconsejó que le acompañase. Tendrían o no parte estos dos capitanes en la prisión de Carnicer, pero es lo cierto que a pesar de no darse aún cuartel en Navarra porque no se había ajustado el tratado de Elliot, no fueron fusilados como su jefe, y por el contrario, canjeados muy pronto. Esta calumnia, si realmente lo es, debía ser rechazada por Cabrera de todas maneras y en cualquier lance y posición; y sin embargo, que Cabañero se la echó en cara delante de

(1) Juan Cabañero.--Nació en Urrea de Gaen. Se distinguió en Aragón mandando la División de aquel reino, pero tuvo discusiones con Cabrera por lo que pasó al Norte.--Firmó el convenio de Vergara y luchó al final de la guerra a las órdenes de Espartero, contra los antiguos compañeros de armas. Sirvió contra los carlistas en la 2.ª guerra y murió en 1849.

carlismo.es

muchas personas en la Iglesuela, la sufrió muy resignadamente sin acordarse que ceñía una espada" (1).

Si dejamos algunos libelos, la mayor parte anónimos, y el novelón de Ayguals de Izco (2), la obra llamada "Historia", de los señores Cabello, Santa Cruz y Temprado, es la que más rezuma su odio contra el caudillo tortosino. La acusación que ellos presentan puede decirse que es la definitiva, pues aunque Pirala acude en su socorro, como veremos, es de poca importancia la ayuda. Si se demuestra que todas las presunciones de los señores Cabello, Santa Cruz y Temprado están basadas en lo que nosotros, con análisis y críticas objetivas, podemos calificar de falsedades, la acusación vá a caer por su base.

Se desvirtúa la acusación

Y también viene en nuestro apoyo una circunstancia. Sabido es que Cabrera, en el final de su vida, claudicó en sus opiniones y lealtades, y reconoció la dinastía usurpadora. No puede existir de nuestra parte el mezquino interés partidista para justificar á Cabrera á toda costa. Esto nos favorece ante los ojos del público, que ha visto y verá cómo los nuestros, les aplicamos la crítica histórica, sin buscar paliativos, ni tratar de imponer una acusación definitiva por pasión política, a través de todas las páginas de la presente Historia.

Dejemos aparte el paralelo entre Carnicer y Cabrera; no trataban así á Carnicer los escritores liberales mientras él vivía. Era considerado como un jefe de bandoleros, mandando una gavilla, dedicados á huir cobardemente y robar cuando había impunidad. No vale la pena de traer citas de los periódicos de la época; en cualquiera de ellos, abierto al azar, de Noviembre de 1833 á Marzo de 1835, se encontrará la plena prueba de lo que decimos.

Examinemos detenidamente los hechos sobre los que quieren fundamentar Cabello, Santa Cruz y Temprado la presunción moral del asesinato, pues no otra cosa menos sería la supuesta denuncia por Cabrera del viaje e itinerario de Carnicer.

Dicen dichos autores que Cabrera "demostró la conducta y disposiciones de su jefe en la acción de Mayals". En realidad, lo que ocurrió fué que Cabrera "deseaba que, pasando aquella fuerza a la derecha del Ebro para su instrucción, saliese la restante al encuentro del brigadier Bretón, que se dirigía con su columna a Benifallet para reunirse al gobernador de Tarragona Don José Carratalá... El plan de Cabrera

(1) Caballo. Santa Cruz y Temprado.--"Historia de la guerra Civil en Aragón y Valencia". Tomo I.

(2) Ayguals de Izco.--"El Tigre de Maestrazgo o de Grumete a General: Novela histórica".

carlismo.es

se reducía á atacar a Bretón en las montañas y desfiladeros que hay desde Tivenys a Ginestá... Carnicer no quiso adoptar el plan de Cabrera, alegando que debía cumplir la palabra dada a los comisionados catalanes, e internarse en el Principado, evitando una acción decisiva..." (1). Como se ve, se trata de una discrepancia muy lógica, cuando se piensa que Carnicer podía con razón cambiar impresiones sobre futuras operaciones con Cabrera. Y después, cuando se vá a librar la acción de Mayals, "Carnicer trataba de evitar la batalla", lo que en el fondo venía a corroborar lo que Cabrera sostenía, es decir, que no debían batirse contra las fuerzas enemigas conjuntas. Huelga, por lo tanto, la primera acusación que sirve de fundamento a aquellos autores liberales.

Hablan de "él, que se sublevó en Castejoncillo porque no eran fusilados todos los prisioneros, aún después de haber recabado que lo fueran los 9 nacionales y soldados que se defendieron en una casa". Nadie, á no ser los libelistas de que tratamos, han hablado de esta sublevación, y en cuanto á los 9 fusilados, basta recordar que lo fueron en las siguientes circunstancias: "Tan sólo una guerrilla que estaba fuera de la masa pudo refugiarse en Castejoncillo y apoderarse de una casa que defendían denodadamente. Cabrera la sitió, y reducidos sus defensores al último extremo ofrecieron rendirse. Con esta seguridad se aproximó acompañado de 4 hombres, y recibió una descarga a quemarropa que dejó muerto en el acto a un carlista, y acribillada la levita y el sombrero del mismo Cabrera" (2). Si no hubo sublevación y sí los fusilamientos respondieron a una felonía que siempre las leyes de guerra castigaron con la muerte, no hará falta decir que la segunda presunción moral también ha fallado.

La tercera no se puede rebatir como las anteriores, por cuanto es indecisa y no explícita. Dicen los autores citados: "en público y en particular prometía á sus compañeros ascensos y protección para el día de su mando". Organizada la guerra, los ascensos correspondían al Despacho de dicho ramo en el Cuartel Real; ahora bien, la protección la podía dispensar. Pero como esto no viene avalado por ninguna autoridad ni por ningún nombre, y teniendo en cuenta que los hechos específicos van quedando rebatidos, no podemos dar crédito alguno cuando se expresan con errores de enorme bulto, como veremos inmediatamente.

(1) Córdoba.--"Vida militar y política de Cabrera" Tomo I.
(2) Córdoba.--"Vida militar y política de Cabrera" Tomo I.

carlismo.es

Dicen Cabello, Santa Cruz y Temprado "que habló tan mal de Gómez á la vista de Requena y en Villarrobledo, hasta que se le desertó en Extremadura". De Requena no podemos decir nada, pero sí conjeturar que cuando salieron juntos Gómez y Cabrera con la intención de dirigirse a Madrid, no hay motivos para suponer que existieran discrepancias entre ellos. Con todo, se ha de tener en cuenta que el ataque a Requena fué una finta, sin designio de tomarla, como veremos a su tiempo, y sería muy de extrañar que pudieran haber disgusto por no haber llevado a buen fin una operación que no se proyectaba realizar. En Villarrobledo es innegable que hubo falta de Gómez, pues creyó que el enemigo estaba más lejos de donde realmente apareció, y el general andaluz no tomó las debidas precauciones. Esto, Pirala, lo reconoce, como reconoce que lo que se hizo para salvar el cuerpo expedicionario fué obra de Cabrera. A pesar de todo, Cabrera, aunque vió que su proyecto de entrar en Madrid había fracasado, y aunque no congeniaba con Gómez, continuó en la expedición acatando las órdenes de su jefe. Pero que Cabrera reprochara a Gómez su descuido en Villarrobledo, ni demuestra ingratitud ni de todos modos tiene nada de relación con el asunto de Carnicer, que era suceso atrasado.

Pero donde la falsedad en los autores que analizamos es patente y viene á ser el rayo de luz que nos descubra que todo lo que dicen es falso, es en la frase última: "desertó en Extremadura". Cualquiera que haya saludado la historia de este período en España, sabe perfectamente que Cabrera y Miralles fueron despedidos por Gómez en Extremadura, y una de las acusaciones contra Gómez en el sumario que se le incoó era justamente que había ordenado a Cabrera que marchara con una débil escolta, fijándole el propio Gómez el itinerario a seguir, que era de poblaciones ocupadas por el enemigo, y que sólo a la inteligencia de Cabrera y a su arrojo, y a la hidalguía de Jara (1), García de la Parra y Rodríguez Cano, y de sus abnegados manchegos, debió el poder encontrarse al frente de fuerzas suficientes para ir conquistando los puestos guarnecidos que le fijara el itinerario trazado por Gómez. Ante tal falsedad, pues, todo el artilugio de Ca-

(1) José Jara.--Nació en Alcantarilla (Murcia) en 1788. Luchó en la guerra de la Independencia y luego contra los constitucionalistas. Comandante de voluntarios realistas en 1835 entró en campaña en la Mancha, como coronel de caballería. Tuvo la Comandancia General de la Mancha a la muerte de Miro, ascendió a Brigadier y Mariscal de Campo y cayó prisionero en la acción de Béjar en 1838. Fué puesto en libertad en 1841, emigró a Francia y se acogió luego a la amnistía y regresó en 1847.

carlismo.es

bello, Santa Cruz y Temprado se hunde por sí solo. Por último, nos hablan de que "conspiró contra Quilez", cuando en realidad fué Quilez quien estuvo díscolo con Cabrera, rehacio á tomar sus órdenes, como lo había estado con Carnicer. Quilez, excelente jefe de caballería carlista, no parece haber sido persona grata a Cabrera. Quilez se creía, por otra parte, con mayores méritos y mayor antigüedad en el servicio para tener el mando de Aragón. Rivalidad sin duda, pero nadie nos dice ni podrá decir nunca que Quilez fuera asesinado. Y sobre este particular, cuando hablemos de la Expedición Real será ocasión de ocuparnos detenidamente.

Para coronar su obra alzan insensatamente Cabello, Santa Cruz y Temprado otro cargo, el de que "persiguió de muerte a Cabañero". Si se refiere á tiempo posterior al convenio de Vergara, cuando Cabañero, traidor a su Rey, marchó en contra de aquellos aragoneses que había mandado, se justifica lo que dicen. Si se refiere a Cabañero, mandando los isabelinos contra los carlistas en la segunda guerra civil, bien estaría. Pero si recordamos que al atacar Zaragoza, Cabañero fué salvado por la intervención de la caballería, gracias á la previsión de Cabrera, entonces no lo persiguió de muerte, porque ni siquiera le pidió la responsabilidad que le correspondía por haber abandonado en las calles de la ciudad heroica a las fuerzas carlistas mandadas por Don Pascual Aznar (1), que hubieron de rendirse al verse aisladas en manos de sus enemigos, porque Cabañero buscó en la fuga su propia salvación.

Por último, nos dicen que Cabañero, después de "haberle buscado en Almazán y llevado herido a sus guaridas"... Falsedad es tan evidente como la de la deserción desde Extremadura. Cabrera, herido gravemente en Arévalo de la Sierra, a fines de 1836, fué salvado por el coronel manchego Rodríguez Cano. Curado de sus heridas en casa del párroco de Almazán, cuando se encontró en situación de reincorporarse a las fuerzas carlistas lo hizo avisando á Forcadell, quien mandó al propio ayudante de Cabrera, Don José Domingo y Arnau

(1) Pascual Aznar. Conocido jefe carlista apodado "El Cojo de Cariñena". Famoso por su constancia, lealtad y abnegación: Sirvió en el Ejército Real de Aragón hasta que fué hecho prisionero en la desgraciada entrada de los carlistas en Zaragoza en 1838. Mandó fuerzas aragonesas en la segunda guerra civil o campaña montemolinista de 1847-49 y en el alzamiento de 1855. Fué uno de los primeros jefes que se levantaron en armas en la insurrección de 1872 preliminar de la tercera guerra civil. Por sus méritos ascendió a Brigadier del Ejército Real.

carlismo.es

(1), y al jefe de caballería carlista Don Pedro Beltrán (2) con cincuenta lanceros que fueran a buscarle, mientras Cabañero por orden de Forcadell, protegería la marcha. Como se ve, Cabañero obró por orden superior y, no él, sino Arnau y Beltrán, son los que llegaron hasta Almazán o sus cercanías en busca de Don Ramón.

Se deshacen otros falsos argumentos

Las otras acusaciones ya no pertenecen a este indicio moral que pretendían Cabello, Santa Cruz y Temprado. Si fué fusilado alguien por haber dicho que Cabrera había vendido a Carnicer, lo mismo pueda ser prueba afirmativa como negativa, pues en todo caso, se le fusilaría por sembrar la indisciplina entre los carlistas. El que trajera Cabrera la orden de Carlos V, no implica nada, pues si la había recibido del ministro de la Guerra, era natural que la entregara. En cuanto a que los dos "capitanes", como dicen los autores, no les pasará nada después de su prisión, tampoco es muy claro, por cuanto Don Francisco García explica cómo se las arreglaron para librarse. Si Cabrera mandó a García para que éste vendiera a Carnicer, nos parece burdo que éste no tomara otras precauciones. Pero en todo caso, se contradice con lo que afirman los autores que estamos analizando: "Conocemos, es muy amigo nuestro el alcalde que dió estas noticias a Teruel y Zaragoza; y si bien no hemos querido, ni intentado siquiera arrancarle este secreto, porque conocemos su probidad, sabemos que las recibió del pueblo de Palomar el mismo día que estaba en él Cabrera." Basta saber que Palomar está situado a corta distancia de Ladriñán, cerca del cual se separaron Cabrera y Carnicer, aquél, para marchar hacia los puertos de Beceite, y el último, para preparar su marcha a Navarra. En este caso, pudo ocurrir que algún vecino de Palomar mandara la confidencia, y se explica que el alcalde, al que hacen referencia los citados autores de la "Historia de la última guerra en Aragón y Valencia", no quisiera dar el

---

(1) Joe Domingo y Arnau. Era pasante del Escribano de Tortosa, Don Gregorio Melich de Buedo, su tío, cuando fué confinado a Benicarló por carlista. Marchó al campo saliendo a las órdenes de Miralles, ascendiendo a sargento de granaderos: Subteniente y Teniente a las de Forcadell, capitán y ayudante de Cabrera. Coronel Jefe de E. M. de la División de Murcia en 1837. Brigadier en 1839 y Comandante General de la División de Tolosa en 1839. Emigró en 1840 y residió en Marsella de donde se fugó en 1846, pasando a Cataluña, donde hizo la segunda guerra civil. Terminada aquella guerra reconoció a D.ª Isabel, acogiéndose a indulto. Había nacido en Tortosa en 1811, y casó con D.ª Teresa Calderó y Cegreñó. Germana octavisa de Cabrera.

(2) Pedro Beltrán.--Conocido por Peret del Ríu.--Mandó el Regimiento de Lanceros de Tortosa, ascendió a Coronel y en 1839 a Brigadier. Confiósele el mando de la plaza de Morella en 1840, capituló con Espartero, y al presentarse a Cabrera este le recriminó, por lo que huyó al campo cristino. Murió en Valencia asesinado en una asonada en 1843.

carlismo.es

nombre, para evitarle represalias. Pirala, que se inclinaba por la traición, aduce lo siguiente:

"En una carta, que es para nosotros un testimonio respetable por la categoría de la persona, a la cual conocemos, y por los motivos que entonces tenía para saber todo lo que en el Maestrazgo pasaba, leemos este párrafo notable.

"Cabrera fué portador de la orden del Pretendiente para que Carnicer se presentase en Navarra, y Cabrera le anunció con encargo del secreto a varias personas relacionadas con el capitán Dessy y conmigo, y tanto aquél como yo trasladamos la noticia al capitán general de Aragón en el momento que la supimos; cuya autoridad envió requisitorias a derecha é izquierda del Ebro, expresando el gran lunar que Carnicer tenía en su carrillo y en su consecuencia fué conocido y capturado al paso de dicho río por Miranda".

"El viaje de Carnicer estaba rodeado de peligros: la muerte le acechaba en todas partes, y la más leve insinuación era su fatal sentencia.

"En cuanto a García, creemos no tuviera la menor parte" (1).

Pirala es de mejor raciocinio que Cabello, Santa Cruz y Temprado. Comprendió que si se acusaba, aunque vagamente a Cabrera, debía quedar libre de acusación García. Así lo hizo. Pero Cabello, Santa Cruz y Temprado no fueron tan lógicos, porque después de acusar a Cabrera tan despiadadamente como hemos visto, y tan falsamente, acabaron por sospechar de Sevil y de García, lo cual era demasiado. Pues si hubo un delator, resultaría así que había tres delatores distintos, lo que parece ya exagerado. Por esto, Pirala, descarta inmediatamente a García, aunque nada dice de Sevil, para concretar la sospecha en Cabrera.

Entremos ya en la presunción en que se apoya Pirala. Es una carta de "un testimonio respetable", pero del que no dá el nombre. Cuando se trata de Pirala, son siempre muy sospechosos todos estos anónimos que él aduce como prueba. Al tratar de la muerte de Zumalacarregui, hemos tenido que ocuparnos de escritos sin firma recusables y recusados, y de cartas sin nombre al pie ni destinatario (1). No tiene Pirala suficiente autoridad para imponernos un criterio basado en un "testimonio respetable", porque podía serlo para él, por sus vínculos políticos o sectarios, pero no para nosotros, ni para el lector impar-

(1) Pirala.—"Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista".

(2) Véase el capítulo I en el presente volumen.

carlismo.es

cial y desapasionado. Mas donde se deshace la tramoya es cuando ya nos hablan de dos denunciantes, que al parecer reciben directa o indirectamente de Cabrera noticias del viaje de Carnicer. Dos o tres; el alcalde, de que nos hablan Cabello, Santa Cruz y Temprado; las personas relacionadas con "el testimonio respetable" y las que lo estaban con el capitán Dessy. Es decir, que, por lo visto, no le faltó a Cabrera más que llamar al pregonero e invitarle a dar una vuelta por todos los ámbitos de la tierra aragonesa. Se ha querido demostrar demasiado y nada ha quedado demostrado. Es como aquella supuesta acusación de Cabañero en Iglesuela del Cid, de que hablan Cabello, Santa Cruz y Temprado, y que debieron escuchar de labios del traidor Cabañero, como bravata de sus pretendidas proezas, y que no aporta consigo el testimonio de "muchas personas" que debían vivir en Iglesuela cuando se escribía la obra, y que era fácil obtener cuando el Sr. Santa Cruz era gobernador civil de Teruel.

Por lo que antecede, vemos que el deseo de acusar a Cabrera ha inducido tanto a los escritores de la "Historia de la última guerra en Aragón y Valencia", como al autor de la "Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista", a prodigar las pruebas, dándonos dos dispares versiones, de que cualquier modo soplan el rescoldo de leyendas sobre el medio empleado para la denuncia, y no tienen base seria, ni apoyo firme, sino indeciso, indefinido y sin más recomendación, inatendible, que el empleo de anónimos

Los escritos liberales de ayer

Hemos de convenir que la idea de que Carnicer fué víctima de Cabrera, abundó en los autores liberales de la primera mitad del siglo. Rosell, escribía: "se presume que se debió esta casualidad a los celos de su rival Cabrera, quien disimuladamente dió aviso a los nuestros de su marcha y dirección" (1). Sin embargo, la presunción del continuador del P. Mariana olvida que cuando Carnicer estaba en la Ventilla, entre Burgos y Pancorbo, se le habló por sus acompañantes de que, dirigiéndose por la parte de Reinosa y puesto de acuerdo con el general Merino o el coronel Villalobos, el paso a las Provincias sería menos peligroso, y que el propio Carnicer, demostrando una vez más su carácter arrojado, que no quiso hacer caso de estos consejos. El itinerario seguido por Carnicer era mucho más largo que el seguido por Cabrera, y aunque sería más prolongado, pues pasaba por Reinosa, sin duda era más seguro. Mas viéndose cerca de la meta el

(1) Rossell.--Continuación de la "Historia de España" del Padre Mariana.--Tomo XXIV.

carlismo.es

brigadier carlista despreció los temores, y se atrevió a arrostrar el peligro de un camino más corto hacia el país vasco. Ahora bien; de haberse hecho como indicaba el comandante García, no hubiera corrido tal riesgo, puesto que de la zona burgalesa, en que Merino imponía su autoridad, se hubiera adentrado en la Montaña, donde Villalobos ejercía la suya, y de allí a la parte de Santander, en que dominaba Andéchaga; con ese itinerario el paso era fácil y el peligro reducido a la mínima expresión.

Y ocurre esta otra consideración: si los viajeros discrepaban respecto al lugar por donde vadearían el Ebro, ¿qué sabía de esto Cabrera para denunciar el seguro paso por Miranda? Si Carnicer hubiera seguido el consejo de sus acompañantes, hubiérase librado, y; en tal caso, adiós leyenda. Otro historiador liberal escribe: "era este cabecilla el famoso Carnicer, a quien delató Cabrera, según fama, para perderle y colocarse en su lugar" (1). Chao también pertenece a este grupo: "el ambicioso estudiante supo desacreditarlo en el Real de Don Carlos por su excesiva lenidad, y Carnicer fué llamado a Navarra. El ejército de la Reina, tuvo noticia anticipada, no sólo del punto, día y hora por donde debía pasar, sino hasta de los más minuciosos detalles de su persona y disfraz, con una exactitud que no permitió duda alguna al presentarse el delatado en el puente de Miranda. ¿Quién lo delató? La opinión pública acusó a Cabrera de esta horrible traición" (2). Y repetimos nosotros: Si los viajeros no sabían si iban a pasar por Miranda, ¿cómo tuvo noticia exacta el ejército cristino de que por allí precisamente pasarían?

El caso es que también se pierde el que fué Ministro en la primera República por querer fundamentar demasiado la acusación: Nada induce a creer que Carnicer fuera desacreditado por Cabrera ante los ojos del Rey o del conde de Villemur. Sabemos, en cambio, que Zumalacarregui le tenía en alto aprecio y que no hacía mucho se le había ascendido a brigadier del ejército Real. Pero Cabrera, suponiendo lo inconcebible de que hubiera sido él el denunciante, no podía conocer más que el traje y el falso nombre de Juan Esteban que usaba en su pasaporte; sólo vagamente la ruta, pues, como hemos visto, fué indecisa, pero nunca el día y la hora en que iba a pasar por Miranda de Ebro. Esto sólo lo conocían los que le acompañaban y ni siquiera

(1) "Panorama Español. Crónica contemporánea". Tomo III.

(2) Chao.-Continuación a la "Historia de España" del Padre Mariana.-Tomo V.

carlismo.es

en firme, según acabamos de indicar, puesto que discutían sobre el punto de acceso a las provincias del Norte.

Otro historiador liberal se mantiene más electivo y escribe: "Los señores Cabello, Santa Cruz y Temprado, en su Historia de la guerra última en Aragón y Valencia, acusan a Cabrera de haber avisado por medio de segunda persona a las autoridades de la Reina el viaje, disfraz y ruta de Carnicer para que fuese fusilado. Se comprende que la ambición de Cabrera le precipitase a cometer esta infamia para deshacerse de su rival; ciertas apariencias parece como que le condenen. Se citan hechos y pormenores notables y hacen sospechar la verdad de aquella grave imputación; pero nuestra imparcialidad no nos permite, sin mejores datos, arrojar sobre Cabrera este feo borrón. Los documentos que contiene la historia del célebre cabecilla, escrita por el señor Córdoba, le vindican alguna cosa, pero no enteramente, de dicha acusación" (1).

Como se ve, todos ellos parten del principio de que Carnicer fué denunciado por Cabrera para éste satisfacer su ambición y mandar en el Bajo Aragón. Pero es el caso que el mando de Aragón parecía que debía recaer en Quilez, en el caso de no intercalarse otro candidato oficial mediante un jefe de mayor graduación que el alto mando hubiese designado. Si, pues, creía Cabrera ser él el beneficiario de la muerte de Carnicer, demostraba conocer poco el ambiente que él tenía, puesto que en el cuartel Real eran los militares profesionales o los antiguos jefes y oficiales de la campaña anticonstitucionalista en tiempo de Fernando VII, los que mayormente influían, y no se ha de olvidar que no podía Cabrera sospechar que le dieron preferencia a él, que hacía sólo quince meses había dejado el traje escolar del Seminario de Tortosa, entre tantos militares y antiguos jefes del ejército realista: junto a él estaba el citado Quilez; su fiel Forcadell; el intrépido Miralles..., ¿quién le aseguraba que Sampere o Badals, realistas convencidos, que habían logrado laureles en Valencia y Aragón contra los liberales de 1822-23, no se iban a presentar para pedir un lugar en el combate? El mismo Saperes, que aparecía de vez en cuando por la parte de Jaca, ¿no hubiera sido un probable o cuando menos posible competidor en el mando de Aragón, de no haber sido tenido en poca estima por Zumalacarregui? Pero lo que más demuestra todo error de cálculo, es el famoso decreto dado en Mayo desde el Real de

(1) "Historia pintoresca del reinado de Isabel II". Tomo IV.

carlismo.es

Iturmendi, que tuvo como consecuencia el que Cabrera se quedara sin un solo hombre á quien mandar. No; no es posible admitir, sin más ni más, este motor que impulsara á Cabrera a tan odioso delito. En la encarnizada guerra que siguió después en Aragón y Valencia, y en la campaña montemolinista de la segunda guerra civil, de haber ocurrido lo que se ha pretendido que hizo Cabrera, se hubiera empleado con carácter oficial por sus enemigos el tal procedimiento para desacreditarle, y nada se hizo, porque nada existía. Pero, ¿qué más? ¡Si Carnicer no quería el mando Superior! ¡Si era él primer convencido de las condiciones superiores de Cabrera y en éste había confiado, espontánea y generosamente, para que asumiera la dirección superior en el Bajo Aragón! ¿Cómo iba a considerar que era su estorbo, el que de propia iniciativa, le había encumbrado?

Dice Ovilo: "Carnicer, poco diestro para aquella marcha, errante y a la ventura, no fué tan feliz como Cabrera; quiso también ir acompañado del fiel y leal guía que el caudillo de Morella había llevado, pero "María la Albeitaresa" no fué hallada por entonces, empezando así la primera desgracia de Carnicer, que, seguida de otra, le llevaron a ser fusilado en Miranda de Ebro" (1). Y el autor acepta plenamente la prueba que ofrece Córdoba con el documento del capitán García, que reproduce íntegro y que nosotros acompañamos en el Apéndice Documental del presente volúmen como hemos indicado. También lo acepta el historiador Víctor Gebhardt, diciendo: "Se ha atribuído por algunos la captura de Carnicer a delación de Cabrera, pero el biógrafo de éste, Don B. de Córdoba, le vindica plenamente de semejante infamia, y manifiesta que Carnicer debió su desgracia únicamente a la poca previsión de que rodeó su viaje y a su mala ventura" (2).

Razonamientos de Córdoba

Sirvan ahora como de mordaza a los calumniadores estos razonamientos de Córdoba: "Mientras que en el campo de Cabrera tenían lugar los sucesos hasta aquí mencionados, Carnicer disfrazado de arriero seguía su viaje a Navarra; y es preciso consignar aquí algunas particularidades de este viaje por haberse dicho que Cabrera envió un anónimo a las autoridades de la Reina, denunciando el itinerario y el disfraz de Carnicer. Aunque no se ha dado ninguna prueba de esta imputación, y siempre se ha calificado de simple sospecha, existen

(1) Ovilo.--"Vida de Don Carlos Marín Isidro de Borbón e Historia de la Guerra Civil". Tomo II.

(2) Gebnardt.--"Historia de España" Tomo VII.

carlismo.es

datos y razones que demuestran la inexactitud de un hecho tan vil y horroroso, que haría abominable la memoria de Cabrera, aún a sus más ciegos partidarios y admiradores. Dos motivos podían obligarle a acometer esta alevosía: la ambición o la venganza. Se ha visto ya que Carnicer le invitó desde un principio con el mando, y lo rehusó; que Cabrera gozaba en el campo carlista más prestigio y ascendiente que todos los demás jefes, y sin embargo, no se valió de estos elementos para sobreponerse a Carnicer; y que en la Junta de Villarroya, se mostró dispuesto a resignar su comandancia accidental en la persona que la misma Junta nombrase. Tampoco podía tener Cabrera el menor resentimiento con Carnicer. Era éste su amigo predilecto, le honraba con su confianza, le distinguía entre todos, y acababa de darle una prueba de singular aprecio prefiriéndole a los coroneles más antiguos. Esto bastaría para probar que ni la ambición, ni la venganza, ni otras pasiones innobles podían inducirle a proceder tan villanamente con Carnicer y envolver en su suerte al fiel García, que le acompañaba. La captura de Carnicer fué ocasionada tan sólo por su poca previsión o por su infausta suerte. Mas de 20 personas vieron cómo salía de Ariño acompañado de García, Sebil, Manero y Pedro Ibáñez; en el camino encontraron a seis arrieros del mismo pueblo, e Ibáñez se detuvo a hablar con uno de ellos; cerca de Ateca dijo Ildefonso Oroz a García que había conocido a Carnicer. Particularidades son estas que, unidas a las que expresa la declaración número 19 del Apéndice (1), demuestran que no era un secreto el viaje de Carnicer, y quizás indican la persona que le delató. En Miranda de Ebro fué reconocido y fusilado el día 6 de Abril" (2).

Todavía Córdoba no apuró el razonamiento: el viaje de Cabrera al Norte se hizo con gran sigilo. El tortosino convocó a su partida y les ordenó diseminarse en grupos de ocho a diez hombres. No indicaba ni lugar ni sitio donde debían reunirse de nuevo. Sólo el comandante García supo a donde pretendía dirigirse Cabrera. Córdoba, incluso supone que ni el mismo Carnicer se enteró del viaje, en lo que nosotros discrepamos, pero siempre demuestra la forma callada en que fueron llevados los preparativos. Acompañado de sólo dos personas: García y María Orós, nadie se enteró a ciencia cierta del viaje de los tres más que el labrador de Allosa, en cuya casa se disfrazó.

---

(1) Se refiere al documento n.° 19 del tomo I de la "Vida militar y política de Cabrera" que nosotros reproducimos en el Apéndice Documental del presente tomo con el n.° 17.

(2) Córdoba.--"Vida militar y política de Cabrera" Tomo I.

carlismo.es

Repasemos ahora la salida de Carnicer: los voluntarios aragoneses, y por ende, los vecinos de los pueblos de aquellas comarcas, se enteran que Cabrera ha regresado de Navarra, y es más que probable que se diga que fué disfrazado de arriero y que se comentara y hasta entre los carlistas se celebrara el ardid del coronel tortosino. En cuanto a Carnicer, es muy distinto. El 9 de Marzo daba una orden general para que se reconociera "al coronel Cabrera como comandante general interino de Aragón." Lo natural y lógico en una orden de esta clase, es que sea conocida por los jefes y por los partidarios carlistas que empuñan las armas, pero muchas veces puede ocurrir que la discreción no acompañe al valor personal. Sigue a esto la orden de Cabrera fechada el 10 de Marzo, llamando a una reunión en San Cristóbal de Hervés a los jefes carlistas para que con todas las fuerzas se le unan, porque "durante su ausencia ha recaído en mí el mando superior de ellas". Orden a la que contestan Quilez y Torner, como hemos registrado, respectivamente, el 14 a las once de la noche y el 15 de Marzo. En aquella fecha no sabían todavía los liberales la entrega de mando, por cuanto el 14, el cristino Junquera aceptaba como bueno el parte del capitán Boil (a) "Curro", que se atribuía una victoria sobre Carnicer. No es que queramos suponer que la traición partiera de Quilez ni de Torner, como tampoco de Forcadell, ni de Miralles. El carácter de Quilez, brusco y testarudo como aragonés, a pesar de su rivalidad con Cabrera, muy propia del puntillo jerárquico del profesional y con quien rivaliza en valor y acometividad heróica, no se aviene con tal villanía. Quilez era incapaz de ello. Más intrigante era Torner, pero éste sabía que nunca podía pretender el lugar de Carnicer, pues era la primera vez que empuñaba las armas en una guerra. Miralles no era tampoco sospechoso. Era de clase más humilde y sus conocimientos tan limitados, que no le pudo pasar por la imaginación sustituir a Carnicer. Además, él mandaba a los valencianos y el mando de Carnicer era el del Bajo Aragón. En cuanto a Forcadell, su honradez, que hasta le sale, por así decirlo, a la expresión de su cara noblota de labrador acomodado, está fuera de duda que se hacía refractario a tamaña deslealtad.

La despreocupación de Carnicer

Lo evidentemente cierto, es que Carnicer no guarda el sigilo de su marcha, porque no puede. Cabrera era un subalterno; los demás dependían de Carnicer. Al marchar, en Josa se enteran del disfraz, Manuel, dueño de la casa donde se hospedan, y la mujer de éste, y a la reunión que celebran en casa del amigo no sólo asisten para tratar

carlismo.es

del viaje Sevil y Manero, llamados de Lécera por otra persona que pudo sospechar algo, el citado Manuel y su mujer. Carnicer salió de Lécera con tres o cuatro horas después de aparecer el sol, a la vista de todo el mundo, "pudiendo asegurar que nuestra marcha incógnita era sabida en el referido pueblo por más de veinte personas"—afirma García. Los seis arrieros que encuentran en la ruta, "nos miraban con mucha atención", e Ibáñez se "paró a hablar con un cuñado suyo que venía entre ellos. En el camino entre Ateca y Alhama de Aragón, un vecino de Calatayud, Oroz, "me dijo había conocido a Carnicer, que él le creía carlista por haber servido la otra época, y siendo sujeto de mi confianza, por tener un hermano que había servido en nuestras filas de capitán de caballería en la época de la anterior Constitución, y prometiéndome sigilo, le descubrí el secreto", lo que justifica García porque quiso saber si le sería factible reunirse con el general Merino. En la posada de Fresnillo de las Dueñas, hablaron con el teniente Salbo, al que se dieron a conocer; "éste nos dijo no había que tener cuidado con los posaderos, pues eran de toda satisfacción". Como se vé, no era lo bastante incógnito el disfraz de Carnicer, puesto que se le conocía, y además, se enteraban demasiadas personas. Manero e Ibáñez van a Burgos... Se podría tener sospecha si supiéramos que la denuncia se ha formulado en Burgos. En todo caso, a uno de los dos, y probablemente al segundo, se refiere Córdoba cuando dice "quizás indican la persona que le delató". Además, son los dos únicos que no llegan a Miranda de Ebro.

Juicios de los escritores modernos

Los historiadores modernos no aceptan la traición de Cabrera. El Sr. Oyarzun escribe: "No ha faltado quien haya acusado a Cabrera de haber comunicado al enemigo detalles sobre la marcha de Carnicer, que facilitaron su captura, pero en las diversas obras que hemos leído, no hemos encontrado prueba alguna de tan graves afirmaciones. Parece que Carnicer no llevó su viaje con la reserva necesaria y siguió un trayecto mucho más largo y peligroso que el de Cabrera" (1). "Julio Romano", dice: "los enemigos de Cabrera achacaron la muerte del jefe carlista a los manejos tortuosos del ex seminarista, que habría delatado a Carnicer para desembarazarse definitivamente de su amigo. Pero, justo es decirlo: Carnicer fué víctima sólo de su propia desdicha" (2). Don Mariano Tomás, es más afirmativo todavía: "En lugar de la hembra animosa y discreta, van otros hombres que se llaman

(1) Oyarzun.--"Historia del Carlismo".

(2) Julio Romane.--"Cabrera. El Tigre del Maestrazgo".

carlismo.es

Sevil, Manero y Pedro Ibáñez. El brigadier no es tan cauto como Ramón Cabrera, y cuando sale de Ariño, se deja conocer por un gran número de personas, entre las cuales hay acaso algún enemigo de la Causa o del mismo Carnicer. En el camino hacia Navarra, se le agregan otros arrieros, e Ibáñez se une a ellos y habla abierta y confiadamente. Al comandante García le saludan cerca de Ateca por su nombre, y le confiesan que han conocido a casi todo el grupo de oficiales disfrazados. Van al andar, hundiendo los pies en el blando camino de los recelos ajenos, de tal manera, que es huella profunda la que labran, y ellos mismos tropiezan en el hoyo abierto por sus plantas imprudentes..., en Miranda dan el traspiés final, y caen ante el pelotón vindicativo o justiciero.

"Con el fin de Carnicer, queda Cabrera por jefe único y efectivo de las fuerzas aragonesas, y este resultado motiva el que sus detractores lo señalaran como padrino de aquella muerte, trayéndola a la pila de sangre con pañales de denuncias anónimas. Piensan que en todo fin violento hay que buscar a quien con él se beneficie, pero la herencia de Carnicer pudo haber sido bien propio de Cabrera meses antes, cuando ambos se disputaban la generosidad de ofrecerse el mando; y si pensamos de tal modo, también hubiéramos de creer culpable al tortosino de los otros fusilamientos que en final de cadena trágica van a poner en sus manos el Maestrazgo, preso y en obediencia a sus mandatos algunos años.

"Cabrera no toma en la muerte de Carnicer más parte que la que pudo tomar en la de Covarsí, Hervés y otros jefes, y sin este final de todos ellos, no hubiera sido el estudiante de Tortosa árbitro de los destinos de una región española; no es padrino en este bautismo que salpica sangre unas cabezas, ni pone sobre algunos labios las sales amargas de una denuncia, porque en las ocasiones anteriores, con Covarsí y Carnicer, sobre todo, ha dado pruebas de respeto y amor hacia los que tiene por jefes suyos" (1).

Dejemos aparte algunas inexactitudes del Sr. Tomás, por haber seguido demasiado ciegamente el texto de D. Buenaventura de Córdoba. Tal por ejemplo, la salida de Carnicer de Ariño que lo dice el biógrafo de Cabrera, pero no lo confirma el relato de García, pues éste señala que al partir de Josa pasó a Muniesa y luego a Lécera—Ariño queda aparte de la ruta indicada—Lécera está más cerca de

(1) Mariano Tomás.—"Cabrera. Historia de un hombre".

carlismo.es

Zaragoza. También cuando dice que Sevil acompañó a Carnicer en la ruta de Navarra, hay confusión, pues, poco después de alojar a este último en casa de su hermana en Lécera, Sevil deja al brigadier carlista. Pero en lo que se refiere a la participación pretendida de Cabrera en la prisión y muerte de Carnicer, en las páginas de D. Mariano Tomás hay tal acento de sinceridad, que sólo la convicción plena de que no existe la menor traza de prueba que pueda fundamentar la acusación, puede haberla dictado. También moderno es el catedrático D. Antonio Ballesteros, quien escribe: "Los enemigos de Cabrera le acusan de haber denunciado a su jefe. No hay prueba para sostener este aserto" (1).

De todas las grandes figuras carlistas, quizá ninguna como la de Cabrera está pidiendo un estudio justo e imparcial. Sobre nuestra propia opinión, razonada, objetiva, ceñida a los hechos, hemos puesto en contraste las ajenas, autorizadas y serenas unas, sin patente de solvencia otras. Y nos quedamos tranquilos, bien seguros de que el lector desapasionado verá diáfanamente dónde está la leyenda y dónde la verdad.

(1) Ballesteros.—"Historia de España y de su influencia en la Historia Universal". Tomo VII.